

PIERRE HENRI

LA VIDA Y LA OBRA DE LUIS BRAILLE



 ONCE

PIERRE HENRI

LA VIDA Y LA OBRA DE LUIS BRAILLE

Traducido del francés por Julio Osuna



Dedico esta versión española a mi querido amigo Fernando Martínez Garrido que, con su afectuoso interés, ha contribuido tanto a hacer realidad el deseo del autor y el de quien traduce.

Julio Osuna

© by Organización Nacional de Ciegos
Dirección General. Servicio para Afiliados
Sección de Cultura
Prado, 24
28014 – Madrid

ISBN: 84-404-3581-9
Depósito Legal: M-44350 – 1988

Impresión Grafidogo
Veza, 34
28029 – Madrid

INDICE

Prefacio del traductor a la versión española

Apunte biográfico de Pierre Henri (1899-1986)

Prólogo

CAPITULO I.- Años de niñez

CAPITULO II.- Alumno y profesor

CAPITULO III.- Génesis del sistema braille

CAPITULO IV.- La originalidad del sistema braille. Su difusión

CAPITULO V.- Ultimas invenciones y últimos años de Luis Braille

CAPITULO VI.- La personalidad de Luis Braille

APENDICE I.

APENDICE II.

APENDICE III.- En torno al sistema braille en España

PREFACIO DEL TRADUCTOR A LA VERSION ESPAÑOLA

En 1952, con motivo de cumplirse el centenario de la muerte de Louis Braille (*), se publicaron en Francia dos libros acerca de su vida y su obra: "La vie et l'oeuvre de Louis Braille" de Pierre Henri (objeto de esta traducción) y "Les doigts qui lisent" de Jean Roblin. Ambos son interesantes y en cierto modo se completan, de manera que quien los lea podrá tener una idea bastante exacta de lo que fue aquella vida y el ambiente en que transcurrió.

Pierre Henri se propuso desde el primer momento que su obra tuviese un carácter estrictamente histórico, sin dar a "la loca de la casa" el menor respiro. Por eso su libro está cuajado de notas a pie de página donde se indican las fuentes utilizadas.

En cuanto al libro de Jean Roblin, sin tener el carácter rigurosamente histórico que Pierre Henri da al suyo, respeta completamente los hechos que, en rigor, no quedan en nada desfigurados por los pequeños vuelos que el autor permite a su fantasía.

Desde que apareció el libro de Pierre Henri, el autor y yo -viejos y buenos amigos desde mucho tiempo atrás- planeábamos con ilusión esta versión española. Hacia fines de la década de los 50, pareció que nuestro deseo se iba a poder realizar y, a ruego mío, Henri redactó y me envió en 1958 un breve apéndice en el que reseña los actos con que se conmemoró en junio del año 52 el centenario de la muerte de Braille, actos que culminaron con el traslado de sus restos al Panteón de Hombres Ilustres de Francia, apéndice con el que comenzaré a actualizar esta versión.

Un conjunto de circunstancias desdichadas impidió que la obra se publicase por entonces, con lo que nuestro proyecto quedó aletargado -que no muerto- en espera de mejores tiempos.

Ahora, al cabo de no pocos años, las circunstancias parecen mucho más propicias y la publicación del libro inminente, por lo que, más aún que antes, es preciso actualizarlo. La técnica y la informática han aportado al braille, a su empleo y a su difusión un espléndido concurso: piénsese, por ejemplo, en la informatización de las imprentas braille, en la transcripción instantánea de un texto en negro a dicho sistema, en el braille sin papel -digicassette y versabraille-, y bien pronto se advertirá su extraordinaria importancia.

(*) Creo que no estará de más decir ya desde ahora, para quienes no lo sepan y quieran saberlo, cómo se debe pronunciar el nombre del inventor del alfabeto de puntos usado por los ciegos en el mundo entero. Para un lector español, me parece que la grafía que da una idea más cercana a la pronunciación de esa palabra es "Brall". Para el nombre completo sería pues "Lui Brall".

Claro que también es admisible que quienes no lo sepan pronuncien a la española todas las letras y digan simplemente Braille, pero lo que a mi entender no lo es en absoluto es la manía en que han dado algunos locutores de pronunciar la palabra a la inglesa, diciendo "Breily" o algo parecido. El probo y modesto Louis Braille, tan tradicional y tan apegado a su patria y a su pueblo, si lo hubiera oído, no sé si habría reconocido su nombre (N del t)

Por último, puesto que esta edición se destina a lectores de habla española, ¿cómo no dedicar un capítulo a tratar del braille en España y las vicisitudes por que pasó?.

Estimo que, en tales condiciones, la obra vendrá a constituir un verdadero libro de consulta, lleno de datos fidedignos.

Desgraciadamente, Pierre Henri murió en noviembre del año pasado (1986), y no podrá alegrarse conmigo viendo al fin realizado nuestro deseo. Por mi parte, quiero aunque sea a título póstumo, que se cumpla lo que ambos deseábamos juntos, y por ello pido a Dios que me dé tiempo para terminar este trabajo antes de seguir ese inexorable camino que nadie puede eludir y al que mi avanzada edad y el creciente deterioro de mi salud me acerca, pensando lógicamente, a pasos agigantados.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

APUNTE BIOGRAFICO DE PIERRE HENRI (1899-1986)



Este modesto título es el único que me parece adecuado para encabezar las siguientes líneas, ya que, a pesar de estar Pierre Henri y yo unidos por una sincera y ya vieja amistad, como era tan modesto y casi nunca hablaba de él, ha resultado que al pensar en escribir una breve biografía suya, me he encontrado con que apenas si tenía datos suficientes aparte de los que, con motivo de su muerte, publicó "Le Louis Braille".

En vista de ello me dirigí a su hijo Bernard, quien me envió los que ahora utilizo, unidos a algunas impresiones y recuerdos personales.

Bueno sería que este modesto apunte biográfico, por ser plenamente fidedigno, pudiera servir un día como punto de partida para un trabajo más extenso y detallado que es lo que a mi entender merece aquel hombre, por su interesante, atractiva y ejemplar personalidad.

Nació en un barrio extremo de París, donde su padre era agricultor, el 5 de enero de 1899, y allí pasó sus primeros años.

Marta Henri fue no sólo una excelente compañera de su marido todo el resto de su vida -ella murió poco tiempo antes que él-, sino además una excelente colaboradora en todos sus trabajos, principalmente en los tiflológicos.

Como ya he dicho, y si el recuerdo no me engaña, fue perdiendo paulatinamente la poca vista que le quedaba, pero tuvo tal acierto en irse adaptando a su nueva situación que era realmente sorprendente ver como se desenvolvía: guisaba, lavaba, planchaba, cosía a mano y a máquina...

Cierto día en que estábamos invitados Jacques Mamy (pianista solista en la Radiodifusión Francesa) y yo entre otros, fue digno de ver la destreza con que nos atendió a todos. A mi pregunta de cómo había logrado adaptarse de aquel modo me contestó: "Con voluntad y tesón", porque yo no quería que faltase nunca nada a mi marido". Tuve también la oportunidad de presenciar una de sus clases en la Escuela de Rehabilitación de la *Association Valentin Haüy* y pude observar cómo enseñaba a las alumnas ciegas a coser a máquina, incluyendo el enhebrado de la aguja. Me decía riendo que todo estaba en buscar en cada circunstancia el truco conveniente.

Aquel mismo año, 1926, Pierre Henri fue nombrado Administrador en la *Association Valentin Haüy* a instancia de Pierre Villey, cargo que desempeñó hasta 1978.

En 1934 y sin perjuicio de su labor como profesor en la Institución le encomiendan allí la coordinación de la Enseñanza General.

Doce años después, en 1944, y tras haber publicado en diversas revistas numerosos artículos sobre cuestiones tifológicas publica en las "Presses Universitaires de France" su primer libro: *La vie des aveugles* (La vida de los ciegos) en la colección *Que sais-je?* Y en la misma editorial, en 1952, con motivo de cumplirse el centenario de la muerte del inventor de nuestro sistema de escritura, *Le vie et l'oeuvre de Louis Braille*, de cuya traducción ahora nos ocupamos.

Por aquellos días trabajó mucho para conseguir el traslado de los restos del inventor al Panteón de Hombres Ilustres de Francia. Yo tuve la fortuna de asistir, en junio de 1952 a todos aquellos actos (véase mi artículo "El centenario de Louis Braille" publicado en "ABC" el 12 de julio de ese año), e incluso estuve entre los que velaron los restos de Braille, en la Institución Nacional de París en la noche del 21 al 22 de junio. A la mañana siguiente tuvo lugar el traslado.

Doce años después, en 1944, y tras haber publicado en diversas revistas numerosos artículos sobre cuestiones tifológicas publica en las "Presses Universitaires de France" su primer libro: *La vie des aveugles* (La vida de los ciegos) en la colección *Que sais-je?* Y en la misma editorial, en 1952, con motivo de cumplirse el centenario de la muerte del inventor de nuestro sistema de escritura, *Le vie et l'oeuvre de Louis Braille*, de cuya traducción ahora nos ocupamos.

Por aquellos días trabajó mucho para conseguir el traslado de los restos del inventor al Panteón de Hombres Ilustres de Francia. Yo tuve la fortuna de asistir, en junio de 1952 a todos aquellos actos (véase mi artículo "El centenario de Louis Braille" publicado en "ABC" el 12 de julio de ese año), e incluso estuve entre los que velaron los restos de Braille, en la Institución Nacional de París en la noche del 21 al 22 de junio. A la mañana siguiente tuvo lugar el traslado.

En cuanto al acto que se celebró en la Sorbona, escuché el magnífico discurso de Pierre Henri ante el Presidente de la República, para lo que había sido designado oficialmente, y a continuación le impusieron las insignias de Caballero de la Legión de Honor.

Por aquellos días también la UNESCO le había nombrado miembro del Comité Consultivo para la unificación de la Escritura Braille. Por cierto, tal unificación, a lo que parece, presenta grandes dificultades: véase, si no, la nueva escisión que ahora plantean y en cierto modo imponen algunos ciegos españoles y uruguayos, so pretexto de que es necesario para que los ordenadores puedan hacer debidamente las transcripciones de tinta al braille... Pero volvamos a Pierre Henri.

En 1957 sostiene una tesis doctoral en Psicología Social: *Les aveugles et la société* (Los ciegos y la sociedad), editada también por *Presses Univesitaires de France*, obra realmente importante a la que hay que añadir otra tesis complementaria: *L'adaptation des déficients visuels á la vie sociale et professionnelle*.

En 1960 pide el retiro, sobre todo a causa de la mala salud de su mujer, y fija su residencia en Normandía, desde donde viaja a París frecuentemente para continuar ocupándose desinteresadamente en sus habituales quehaceres, sobre todo en la *Association Valentin Haüy*, y muy especialmente en su querida Biblioteca Braille, de la cual fue director desde 1962.

El Estado quiso premiar toda esta labor nombrándole Oficial de la Legión de Honor ese mismo año, orden de la que ya ostentaba, como he dicho antes, el grado de Caballero.

En 1984 publica *La vie et l'oeuvre de Valentin Haüy*, y otra obra complementaria: *Le Siécle des Lumiéres et la Cécité: de Molyneux á Valentin Haüy*, su última obra, editada por el "Groupement des Intellectuels Aveugles ou Amblyopes", del que era presidente fundador.

Es sorprendente la actividad que desarrolló hasta en sus últimos años, y aparte de otras muchas, la de Conservador del Museo Valentin Haüy, del que siempre se ocupó con el mayor cariño, y la redacción de *Le Valentin Haüy*, cargo en el que sucedió a Pierre Villey, con quien mantuvo siempre cordial amistad.

Su mujer murió en Caen el 8 de marzo de 1985 a la edad de 84 años, y él en Orsay el 24 de septiembre de 1986 a los 87.

Y al terminar de leer las notas que Bernard Henri me mandó con vistas a esta breve biografía, encuentro un párrafo cuya lectura me emociona y que suscribo sin reservas:

"Si se me permite añadir una impresión personal a la vida y obra de mi padre, será el testimonio de un hijo profundamente marcado por la rectitud, la honradez incomparable, el sentido del deber, el rigor y la bondad, la abnegación y la modestia, la entrega a los demás: ha reunido en él para sus cuatro hijos el modelo de las mayores cualidades morales y humanas".

Julio Osuna

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

PROLOGO

La presente obra no es una vida novelada, sino un ensayo histórico y crítico. Es oportuno dejar esto ya bien claro desde el principio en una época en que periodistas y cineastas no van más que a distraer y emocionar, a expensas no pocas veces de la verdad.

El inventor del sistema universal de escritura de los ciegos fue ciego también. Esta circunstancia y lo modesta que fue su vida hacen que su personalidad quede muy expuesta a ser deformada, ya que la ceguera sigue siendo para los que tienen vista algo misterioso e impresionante, esto es, algo curioso (*).

En 1909, con ocasión de conmemorarse el centenario del nacimiento de Luis Braille, Pierre Villey (**) declaraba: "La vida de Braille, por los hechos que constituyen su trama, tiene poco interés. Es una existencia oscura" (***).

Humilde acaso; oscura, no. La vida de Braille sólo carece de interés si se la contempla separada del ambiente en que transcurrió. Vista en él, se advierte bien pronto que esa vida no es más que una emanación, una consecuencia de tal ambiente.

Por eso, este volumen representa al propio tiempo una aportación a la historia de aquella *Institution Nationale des Jeunes Aveugles* (Institución Nacional de los Jóvenes Ciegos) de París, que, en rigor, fue la segunda patria de Luis Braille, así como un ensayo sobre la psicología de la pequeña falange que allí pugnaba por superar su hándicap.

Dos fuentes de documentación han sido para nosotros particularmente preciosas: la Biblioteca Valentín Haüy y el Museo Valentín Haüy.

(*) Entre las especulaciones sobre la simpatía que la ceguera inspira a los que ven, hemos de denunciar el libro que el americano J. Alvin Kugelmas ha publicado bajo el título: "The first complete story about the Man who opened the doors to Learning for blind People all over the World" (Julian Messner, New-York, 1951). Fruto de una imaginación desbocada, no es más que una sarta de errores, puras invenciones, anacronismos e inverosimilitudes, que ni siquiera tiene el mérito de dar al lector la impresión exacta y apropiada del ambiente. Es verdaderamente lamentable que ciertos periódicos franceses nos hayan salido con ese Braille "made in Hollywood", teniendo como tenían a su lado la simple verdad, tan emotiva e interesante por sí misma.

(**) **Pierre Villey**.-Notabilísimo intelectual y tiflófilo francés (1879-1933). Fue secretario de la Association Valentín Haüy desde 1918 hasta su muerte. Sus trabajos sobre Montaigne y en general sobre el XVI francés permanecen vigentes.

(***) *Compte rendu de la fête du Centenaire de Louis Braille*, París, 1909, p. 8. (Reseña de la fiesta del centenario de Luis Braille).

Ambos departamentos de la *Association Valentin Haüy* para el bien de los ciegos, reúnen en sus colecciones todo cuanto se ha escrito o realizado para o por ellos. Séanos, pues, permitido rendir aquí público homenaje a la previsión de sus respectivos fundadores: Maurice de la Sizeranne y Edgard Guilbeau (****). Demos también gracias al señor alcalde de Coupvray y a todos cuantos de Francia o del extranjero han tenido a bien atender nuestras peticiones de informes.

(****) **Maurice de la Sizeranne.-** Fue un ciego muy eminente. Fundó la *Association Valentin Haüy pour le bien des aveugles*, que se inició en lo que el llamó "Conferencias Valentin Haüy", que eran unas reuniones periódicas que tenían lugar en su propia casa y a las que asistían ciegos distinguidos y sus amigos. Allí se trataba de las cuestiones inherentes a su defecto físico, intentando así paliar el aislamiento en que los ciegos quedaban cuando salían de las instituciones. Fundó el primer periódico francés en braille, "Le Louis Braille", que mensualmente les informaba de todos esos asuntos, así como "La Revue Braille", entonces semanal, que se ocupaba de temas generales. Fundó asimismo el Museo Valentin Haüy y la Biblioteca Valentin Haüy, cuyo contenido ya queda explicado por el autor y, por último, creó el "Abrégé orthographique français".

Edgard Guilbeau.- Fue profesor de Historia y Geografía en la Institución Nacional. Creó el Museo Valentin Haüy, partiendo de cosas que había podido reunir y que, para los que por estos asuntos se interesan sigue siendo muy importante. (N. del t.)

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

CAPITULO I

AÑOS DE NIÑEZ

Luis Braille, a quien los ciegos del mundo entero deben su alfabeto, vio la luz en Coupvray (departamento de Sena y Mame), el 4 de enero de 1809. El domingo siguiente, 8 de enero, recibió el bautismo en la pequeña iglesia del pueblo, siendo su madrina la hija de un labrador de la vecina parroquia de Jabline, y cuarenta y tres años después, casi día a día, fue inhumado su cuerpo en el cementerio de dicho pueblo.

Parece, pues, que Braille siempre estuvo muy apegado a su pueblo natal, y si la Institución de los Jóvenes Ciegos de París, donde, a partir de 1819, vivió como interno, fue su segunda patria, en Coupvray pasaba todas sus vacaciones y allí vivió varias veces largas temporadas cuando, por su enfermedad, se sentía obligado a tomarse prolongados descansos (1). En el testamento que otorgó once días antes de morir (2), no expresa desde luego el deseo de que trasladen sus restos a su pueblo; pero tampoco pide que le dejen en París, cerca de sus amigos que, sin embargo, tanto lo hubieran deseado (3).

Uno quisiera, pues, poder evocar aquellos sitios que Braille, aunque hijo adoptivo de la capital, nunca olvidó; pero la cosa, al cabo de siglo y medio, no es nada fácil. La casa en que nació, aunque ya viejísima, sigue en pie. Ha sufrido algunos cambios; allí no aparece resto alguno del taller del padre de Braille; además, ni siquiera pertenece ya a la familia desde hace tiempo, así que nada recuerda allí a aquél a quien todos los ciegos del mundo veneran (4).

La pequeña iglesia, por otra parte muy antigua, donde Luis recibió el agua lustral, allí sigue y aunque el campanario y el coro fueron algo transformados hacia 1886, la pila bautismal felizmente sigue como estaba.

(1) Parece que Braille viajó poco. Christopher Morley (*The Saturday Review of Literature*, jan. 11th, 1930) habla de una estancia de Braille en Auvergne, de la que no hemos hallado el menor vestigio. Pignier (*Notice biographique sur trois professeurs anciens élèves de l'Institution des Jeunes Aveugles*, p. 23) sólo dice que Braille interrumpía sus clases para irse con su familia o para "buscar distracciones en los viajes".

(2) Sobre ese testamento, véase, más adelante, cap. V.

(3) Cf. Hipólito Coltat, *Notice biographique sur L. Braille* (Inauguración del busto de Luis Braille, 25 de mayo de 1853), p. 25 y 26.

(4) Acerca de la casa natal de Braille, véase más adelante el segundo apéndice. (N. del t.)

Lo que sí es cierto es que Coupvray, municipio del cantón de Lagny y administrativamente dependiente de Meaux, situado entre ambos pueblos, a 7 Km. del primero, a 10 del segundo y a unas ocho leguas al este de París, parece haber perdido bastante de la importancia que tuvo a principios del siglo XIX. Era por entonces un pequeño centro rural bastante activo, en los confines de la Brie, uno de los dos graneros de París. Tenía su médico y su farmacéutico, que hoy están en Esbly, antaño tributario de Coupvray, y que debe su desarrollo a la construcción del ferrocarril.

Hace 150 años, todavía se cultivaba la viña allí, y viñador fue precisamente uno de los dos testigos que firmaron en el registro civil la declaración de nacimiento de Luis Braille. A juzgar por las profesiones que figuran en los documentos de aquel tiempo, en Coupvray, hacia 1810, había todas las clases de oficios que gravitan en torno a las actividades agrícolas: carrero, herrador, guarnicionero, etc.

En el Primer Imperio, el guarnicionero se llamaba Simón Renato Braille. Había nacido allí el 6 de septiembre de 1764. Su padre, que no parece que era del pueblo, allí se había casado, y Simón Renato, el 5 de noviembre de 1792, allí casó también con Mónica Baron, paisana suya y cinco años más joven que él. Tuvieron cuatro hijos: en septiembre de 1793, Catalina-Josefina; en marzo de 1795, Luis-Simón, en enero de 1798, María-Celina, y once años más tarde, en enero de 1809, Luis.

Si lo que afirma Hipólito Coltat, gran amigo de Luis Braille y a quien habremos de recurrir a menudo, es algo más que un lugar común de retórica, el benjamín, el que tan tarde había llegado, fue "el predilecto" y "su padre gustaba imaginárselo como el consuelo, el apoyo y el compañero de su vejez" (5).

Pero... un accidente, estúpido como lo suelen ser todos, desolador para aquellas gentes, providencial para los ciegos (6), iba a disponer las cosas de modo bien distinto.

Durante el año 1812 -es todo lo que sabemos de la fecha- el niño de tres años que era Luis entonces, jugaba en el taller de su padre. Quiso sin duda imitarle y cogió un tranchete que éste utilizaba a veces en su trabajo, con el cual trató a su vez (¡pobre niño, aún sin la fuerza y la destreza necesarias!) de hacer lo que veía, intentando cortar una correílla. Pero el cuero es duro y elástico y ...

(5) Coltat, op. cit., p. 14.

(6) Justamente, el carácter providencial que atribuye Le Guével al accidente, fue lo que le inspiró el soneto que tituló *La Serpette*.

¿Cómo ocurrió el accidente? ¿Acaso un pedacito de cuero le saltó al ojo hiriéndoselo? ¿Será más bien que, como nos dice Coltat, el tranchete resbalaría oblicuamente? ¿o acaso, como sucede tantas veces con un simple bramante, la punta de la herramienta dañó el ojo del niño, porque éste hacía presión al revés sobre la correílla tensa que cedió de pronto? ¡Cualquiera sabe! (7).

¿Quién hubiera podido pensar entonces que tan pequeños detalles iban un día a interesar a un biógrafo preocupado de buscar la estricta verdad de los hechos?.

También ignoramos cómo evolucionó la enfermedad ni cuánto tiempo siguió el niño gozando de la luz. A buen seguro, nos encontramos ante uno de tantos casos de oftalmía por simpatía, en los que, si no se practica a tiempo la enucleación del ojo enfermo, el otro no tarda en infectarse, ya que el microbio marcha por las vías nerviosas, y entonces el resultado es la ceguera a plazo más o menos largo.

A pesar de haber en el pueblo médico y boticario y no obstante los cuidados y atenciones que, según asegura Coltat (8) rodearon al niño, lo cierto es que Braille iba a quedar pronto sumido en la oscuridad.

Sin duda, como siempre ocurre cuando la ceguera sobreviene antes de los seis o siete años, el niño no conservó ninguna imagen visual clara, ni siquiera el recuerdo del rostro maternal o el de los sitios en que transcurrió su infancia. Bien pronto, además, su propia cara debió perder lo esencial de la viveza y movilidad expresiva que son en los niños efecto natural de la imitación espontánea. Pignier (9), que le conoció a los doce años, nos dice que su cara se parecía entonces a la que suele observarse en la mayoría de los ciegos de nacimiento.

"Cuando llegó a la casa, escribe Pignier, pudo observarse en él cierta gravedad infantil que iba bien con lo delicado de sus rasgos y con el aire dulce y espiritual de su fisonomía. Al hacerse mayor, conservó siempre y hasta el final esa misma expresión de dulzura amable, de delicadeza y serenidad; pero, en la conversación solían animarse sus gestos y tomaban

(7) A mi entender, lo más digno de crédito es lo que dice Coltat, ya que, como amigo de Braille, debió oírsele contar más de una vez (N del t)

(8) Desde luego, no hemos hallado prueba alguna de tales cuidados, ni de la prontitud con que se prodigaron al niño, más, si lo que Coltat dice (op. cit. p. 14) de la solicitud del padre por su benjamín es cierto, hemos de pensar que nada se omitió por salvar la vista de Luis

(9) Pignier, *Not biogr*, p 9

a veces cierta viveza siempre espiritual que contrastaba con la tranquilidad que habitualmente tenía su semblante".

Coltat, por su parte, nos dice (10) que Braille llevaba la cabeza un poco inclinada hacia delante; otra consecuencia de una ceguera precoz que, si no se tiene cuidado a tiempo, tiende a marcar toda la personalidad.

Aunque tampoco la historia nos revela cómo el niño fue dándose cuenta de lo que le pasaba, lo que sabemos del fenómeno nos permite, también en este caso, inferir que debió ser poco a poco y sin sufrimiento, ya que a tal edad se acepta como natural cualquier particularidad física, normal o no: ser muy alto, muy delgado, estar muy grueso... lo que sea (11).

¿Braille llegó alguna vez a considerar su ceguera más bien como una bendición? Coltat, al evocar el accidente que dejó ciego a su amigo, exclamará en la ceremonia de inauguración del busto que a éste se erigió: "¡Ya está! ¡La suerte está echada! ¡su destino va a cambiar por completo, ya que nace a una nueva vida! Pasará de la oscura ignorancia y profunda y funesta indiferencia en que, desgraciadamente tantas veces viven los campesinos, a una vida intelectual y activa, en el seno de las luces de la gran ciudad; su alma arderá en el fuego de la ciencia y de las virtudes sociales, morales y religiosas. Se va a entregar plenamente a buscar el bienestar de aquéllos que pertenecen a la interesante clase de la que va a formar parte. ¡Oh ceguera! ¿eres tú de verdad una desgracia cuando produces semejantes resultados? (12). Pero Coltat, ciego como Braille, lo que en rigor expresa aquí es su afán por hallar una compensación a su propia inferioridad física, y nada nos da pie para creer que el modesto y humilde muchacho haya nunca compartido tal sentimiento, ni se haya enorgullecido de su defecto, del puesto a que le permitió elevarse ni del bien que, gracias a él, pudo hacer.

Es muy posible que, más adelante, los padres de Braille hallasen cierto consuelo en los éxitos escolares y en la elevación social de su hijo; pero, al principio, los momentos que siguieron a la certidumbre de que la ceguera del niño era irremediable, debieron ser verdaderamente terribles para ellos.

(10) Coltat, op. cit., p. 22.

(11) Tan es así que, muchas veces, al niño que padece algo tan grave como es la carencia de vista, le molestan las palabras compasivas -siempre bien intencionadas, pero a menudo imprudentes- con que hablan de él los demás, y reacciona violentamente porque no alcanza a medir ni la importancia de lo que le ocurre, ni el efecto que en los otros produce. (N. del t.)

(12) Coltat, op. cit., p. 14.

Sin embargo, Simon Braille y su mujer no se dejaron abatir. Por una feliz intuición que no siempre comparten los padres de niños ciegos, supieron dirigir perfectamente la primera educación de Luis, ya que sabemos que fue a la escuela de su pueblo. Aunque el niño no pudiera sacar en limpio de allí más que algunos conocimientos puramente verbales, muy de acuerdo -por otra parte- con la pedagogía de la época, por lo menos sacó el provecho y la ventaja que siempre procura a un niño ciego el contacto con los demás niños de su edad. Sabemos también que su especialidad en la casa era confeccionar flecos para los arneses, lo que había de desarrollar mucho su habilidad y destreza manuales.

Un gran peligro le anduvo rondando, sin afectarle, no obstante: la presencia en casa de dos hermanas mayores. La "hermana mayor" puede ser para un niño ciego lo mejor o lo peor. Es lo mejor cuando se limita a intervenir discretamente, compensando el inocente egoísmo y la necesidad de libertad de los chicos que juegan con su hermana, y que, a veces, le dejan solito porque, sin querer los frena un tanto en sus correteos; y es lo peor cuando, por un equivocado exceso de cariño y de solicitud, le rodea de su "hiperprotección", no dejándole hacer prácticamente nada y anulando así su personalidad, con el consiguiente perjuicio que esto conlleva para el desarrollo del niño. Hay chicas que no han querido casarse nunca porque, a su parecer, su obligación era ocuparse maternalmente toda la vida de su "pobrecito" hermano o de su "desgraciada" hermanita.

Luis Braille, a lo que parece, no fue nunca objeto de tanta abnegación, y su ceguera no cambió en nada el ritmo normal de los acontecimientos familiares, puesto que sus dos hermanas se casaron a la edad de 20 años: la mayor, en 1813, es decir, en el año siguiente al que le ocurrió el percance a Luis, y la otra, en 1819, cuatro meses apenas después del ingreso de su hermano como alumno interno en la Institución de Ciegos.

¿La perspectiva de esa última boda fue la circunstancia que decidió, por fin, a los Braille a consentir en separarse de aquel hijo al que, justamente por ser minusválido, querían más que a ninguno? Tal vez; pero, de todos modos, había llegado la hora de pensar seriamente en aquello. En un medio familiar en que todos sabían leer y escribir -lo que por entonces no era tan corriente, en que los mayores habían ido todos a la escuela y, de generación en generación habían ganado siempre el pan con el sudor de su frente, no era cosa de dejar al más pequeño sin instrucción y sin oficio ni beneficio, lo cual hubiera significado condenarlo a la ociosidad, a la desesperación, a la mendicidad y... ¿quién sabe? Posiblemente hasta a la degradación.

En 1815, esto es, cuando Luisito tenía seis años, la escuela que Valentín Haüy fundara en 1784 con carácter particular y de la que el Gobierno se había hecho cargo siete años después (13), acababa de recuperar su independencia al separarse del hospicio de los "Quinze-vingts" (los trescientos) al que Bonaparte, primer cónsul, la había relegado de un plumazo en 1800 (14), matándola así en tanto que centro de educación y elevación por el trabajo...

El 10 de Febrero de 1816, o sea, un año después, la resucitada escuela se instalaba en el viejo seminario de San Fermín, calle San Víctor, entre el Barrio Latino y el Jardín Botánico.

Cuando pensamos que, en los medios rurales, hace aún poco tiempo, ciertas familias apenas si sabían que los ciegos pueden instruirse, dejándolos en casa hasta muy mayores, cabe preguntarse por qué milagro la familia Braille se enteró de la existencia y la dirección de la *Institution Royale des Jeunes Aveugles* de París.

Sobre esto, a falta de documentación (15), nos vemos reducidos a las conjeturas. ¿Sería que el padre de Braille o cualquier persona culta del pueblo o sus alrededores recordaba los artículos publicados cuarenta años antes (16) sobre los primeros resultados logrados por Haüy?

¿Algún apasionado por la Historia que viviera por aquellas cercanías y se interesara por el niño ciego, tendría en su biblioteca las famosas "Memorias secretas" de Bachaumont, donde se narran la presentación de los primeros alumnos del filántropo al rey, en Versalles, en la navidad de 1786, y otros hechos relacionados con la vida de la escuela?

¿El eco de las manifestaciones revolucionarias en las que el fundador hizo participar a sus alumnos llegó hasta Coupvray llevado por cualquier jacobino (17)?

(13) Decretos de la Constituyente de los días 21 de julio y 28 de septiembre de 1791.

(14) Disposiciones del 4 de nivoso y del 23 de ventoso, año IX.

(15) Muchas veces, en este trabajo, habremos de lamentar la destrucción del archivo de la Institución Nacional, por ello, la desaparición de los "dossiers" de alumno y de profesor de Luis Brille. El de profesor debía existir aún en 1887, cuando se inauguró el monumento erigido en Coupvray, puesto que el director de la Institución alude a él en su discurso (cf el folleto consagrado a esa inauguración, op. cit. p. 15).

(16) Sobre estos documentos y los que después citaremos, véanse las referencias (cap. II, p. 33).

(17) Sobre estas manifestaciones véase más adelante, cap. II, p. 34.

¿Algún artículo del *Constitutionnel* o de cualquier otro periódico de la época informaría a algún suscriptor local acerca de la organización de la Institución de Ciegos? O, más sencillo aún, ¿había ya en la Institución o en los Quinze-Vingts algún ciego de la región de Meaux?

O acaso, por último, ¿el alcalde, al ir a la subprefectura, habló del niño ciego y se enteró por una circular administrativa de las condiciones de admisión en la escuela de la calle San Víctor?

Todas estas hipótesis se formulan sin tener motivo alguno para preferir una de ellas. ¡Es tan poca cosa, a menudo, lo que hace falta para decidir el porvenir de un niño!

Lo que sólo sabemos por Pignier (18), es que el padre de Luis escribió varias veces al director de la Institución para informarse de lo que allí hacían y tener la seguridad de que "aquello era beneficioso (*sic*) para el niño".

Más tarde y sólo "tras muchas dudas" (*sic*) empezó Simon las gestiones para que admitieran allí a su hijo.

Así, el 15 de enero de 1919, Luis Braille fue "nombrado alumno de la Institución Real", donde ingresó el 15 de febrero siguiente, para su propia rehabilitación y para el mayor bien de todos los ciegos, a quienes iba pronto a proporcionar los medios de acceder a la cultura.

(18) Pignier Not. Vigor. , p. 8-9

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

CAPITULO II

ALUMNO Y PROFESOR

¿Cuál iba a ser, pues, el marco de aquella "nueva vida" en que al decir de Coltat, Braille acababa de entrar?

La casa en que vivió de 1819 a 1843 ya no existe. Era entonces el número 68 de la antigua calle de San Víctor y estaba exactamente a la altura de la puerta del mismo nombre, que había sido derribada en 1684. (19)

Poco antes de 1860, cuando se abrió la calle de Las Escuelas y se acondicionó la unión de la de Jussieu con la del Cardenal Lemoine, echaron abajo las viejas edificaciones que formaban la fachada del establecimiento (lám. I A), disminuyendo en más de la mitad la superficie de la finca. Lo que quedaba fue adjudicado por decreto del 18 de enero de 1860 a los Dominios Estatales, sirviendo como almacén de la Sala de Ventas en Pública Subasta del Mobiliario del Estado.

El inmueble, por acta del 21 de junio de 1921, se puso a disposición del Servicio de Correos, Telégrafos y Teléfonos (en francés P. T. T.), el cual, después de derruir los dos pisos superiores que estaban demasiado estropeados, instaló en el resto un depósito de material.

En 1935, los últimos vestigios de los edificios en que estuvo la Institución Real de Jóvenes Ciegos, cayeron bajo la piqueta demoledora, y en el solar se construyó el inmueble que ocupa hoy la estafeta de Correos número 28, en la esquina de la calle de Las Escuelas con la del Cardenal Lemoine. Así, pues, si hubiera que señalar con una placa el sitio en que fue concebido el alfabeto de los ciegos, habría que ponerla en esa casa.

Aquello, por otra parte, abunda en recuerdos. Por allí pasaba la antigua muralla que circundaba el París de Felipe Augusto, y adosado a una de sus puertas, la de San Víctor, se edificó en el siglo XIII -ya existía en 1247- el Colegio de los Niños Buenos (Collège des Bons Enfants) (20), también llamado de Los Escolares Pobres, denominación que muestra bien la poca estima en que, ya entonces se tenía a aquel local, situado en un barrio bajo y húmedo.

(19) Sobre la calle y la puerta de San Víctor, cf. Félix Lazare, *Dict. admin. et historique de París*.

(20) Sobre les *Bons Enfants*, cf. Dulaure, *Hist. de París*, t. I, p. 352; Lebeuf, *Hist. de la ville et du diocèse de París*, adición por Bournan, 1890, t. I, p. 346; P. Schoenher, *Hist. du séminaire Saint-Nicolas du Chardonnet*, t. I, París, 1909, cap. II, p. 96.

El 6 de marzo de 1624, Vicente de Paul (21) y su discípulo Portail fueron a ocupar aquel viejo caserón, por entonces casi abandonado, que por orden del cardenal de Gondí, primer arzobispo de París, les había sido adjudicado.

Allí fue donde, el 27 de abril de 1625, se fundó la Congregación de los Padres de la Misión, y durante la permanencia de San Vicente en los Niños Buenos, fue cuando conoció a Luisa de Marillac, la fundadora de la Orden de las Hijas de la Caridad, que residía no lejos, en la calle de los Fosos de San Víctor.

San Vicente que, un año después de instalarse, había hecho reconstruir el edificio, sólo estuvo allí hasta 1632, fecha en la que pasó a ocupar el Priorato de San Lázaro, al lado de París, al norte de la capital, donde estuvo después la Cárcel de Mujeres. Su recuerdo, a pesar de que estuvo muy poco en los Niños Buenos, allí perduró. Por acta del 19 de mayo de 1707, el cardenal de Noailles, arzobispo de París, instaló en los Niños Buenos un seminario que tomó el nombre de San Fermín, en el que precisamente los Lazaristas, hasta la Revolución, formaron y prepararon sacerdotes para la diócesis de París. Entre 1778 y 1783, los Lazaristas hicieron construir al noroeste de la finca un edificio nuevo que, en 1792, pasado el 10 de agosto, serviría de cárcel para los eclesiásticos con fama de reaccionarios, hasta que, desde las ventanas del cuarto piso, el 3 de septiembre, los tirasen al patio, donde acabaron la masacre (22).

Después de esta sangrienta jornada ocuparon los locales las mujeres de los "defensores de la patria", que, según se dice (23), los convirtieron en un lupanar.

En 1794 establecieron allí la "sección" de los descamisados; en el 95, un pritaneo; en el 97, sirvieron para pagar deudas que el Estado tenía con uno de sus proveedores, pasando luego al señor Huin, quien los alquiló por 7500 francos anuales, con promesa de venta, a la Institución Real de Jóvenes Ciegos (contrato del 4 de septiembre de 1815, firmado con autorización ministerial de 24 de agosto). Sin embargo, la Institución no fue propietaria del edificio hasta 1818, fecha en que adquirió también la casa nueva, la que había servido de teatro a la defenestración de los sacerdotes, que estaba desde la Revolución separada del Colegio.

(21) Acerca de San Vicente de Paul en los *Bons Enfants*, cf Coste, *Monsieur Vincent*, t I, cap IX, p 172 y ss , y Schoenher, op cit t I, p 96 y ss

(22) Sobre estas masacres cf *Histoire générale et impartiale des erreurs, des fautes et des crimes commis pendant la Révolution Française* por L. P. , t. IV, en París, año V de la República (1797, en el calendario tradicional), p. 109 Cf P Schoenher, op. cit. , París, t I, 1909, cap. VIII, p 563 y ss

(23) Dr Guillié, *Rapport sur l'état de l'Institution Royale des Jeunes Aveugles* (1818-19), París, 1820, p. 8

Tal era el pasado del sitio en que iba a entrar Luis Braille. Entre todos aquellos recuerdos, el de San Vicente de Paul había de quedar unido a la escuela. Cuando en 1818 se instaló una capilla en el piso bajo del edificio nuevo, se puso bajo la protección del Capellán de las Galeras; frente al púlpito se instaló un cuadro que representaba una escena de la vida del apóstol (24).

El 24 de diciembre de 1843, cuando el abad Dupanloup, Superior entonces del seminario de San Nicolás, fue a bendecir la capilla de la nueva Institución; ya en el bulevar de los Inválidos, la ceremonia tuvo lugar también bajo la advocación de San Vicente. Y después, todos los años, en julio, se sigue celebrando una misa en honor de aquel que ha venido a ser como el santo patrón de la escuela desde que estuvo en los Niños Buenos.

Más adelante veremos cómo Luis Braille, al final de su corta vida, había de volver a encontrarse con San Vicente.

Pero, entretanto y ya desde ahora nos sale al paso una cuestión que atañe justamente a las causas de la brevedad de aquella vida: Braille, como es sabido, murió tísico a la edad de 43 años, y no tenía más que 26 cuando empezó a sentir los primeros síntomas de la enfermedad que había de acabar con su vida. Ahora bien, ¿llevaba consigo el germen cuando ingresó en la Escuela?, ¿o fue allí donde lo cogió?.

Problema realmente insoluble, aunque parece más verosímil la segunda posibilidad del dilema.

Aunque no podemos asegurar si hubo o no tuberculosos en la familia del guarnicionero de Coupvray, sabemos que él murió en 1831, a los 67 años; su mujer, que tenía 82, y su hijo mayor que iba a cumplir 57, vivían aún en 1852 cuando falleció Luis. Además, en las actas del Registro Civil nada nos dice que los Braille hubiesen perdido alguno de sus hijos pequeñito. Por último, el retrato de Luis Braille niño que debemos a Pignier y que anteriormente hemos reproducido, no da el menor indicio para pensar que aquel alumno fuese enfermizo.

Sea como quiera, tanto si Braille a su ingreso en la escuela, llevaba ya el germen de la enfermedad que acabaría con su vida, como si lo cogió allí, es indudable que lo vetusto e insalubre de aquellos locales, la promiscuidad con otros chicos de salud dudosa (25), el intenso trabajo que allí se exigía a los alumnos y que ellos mismos se imponían por afán de salir adelante, de dominar su deficiencia física, todas las condiciones favorables al desarrollo de la tuberculosis se daban en el antiguo seminario que, sin embargo, había parecido suficientemente bueno para meter allí a los ciegos.

(24) Cf. Dr. Guillié, *Rapport* 1818-1819, op, cit., p. 11.

(25) Entre éstos estaba Gabriel Gauthier, de quien Braille se hizo amigo desde su ingreso en la escuela, y que también murió bastante joven (1808-1853). Se distinguió como profesor de música, maestro de la capilla y compositor.

La preferencia que se dio a San Fermín entre otros locales (el hotel de Lorges, en la calle de Sévres, por ejemplo) parece deberse, en gran parte, a la preocupación de separar totalmente los sexos (26).

Si el guarnicionero de Coupvray o alguien enviado por él fue a visitar aquello, se comprende bien que vacilase un poco, como Pignier nos da a entender (27), antes de mandar allí a su hijo.

No sólo los edificios eran en su mayor parte muy viejos -200 años por lo menos las tres cuartas partes- sino que además eran exiguos, y tan es así que, en 1819, hubo que alquilar los pisos segundo y tercero de una casa de al lado, que formaba parte del antiguo colegio del Cardenal Lemoine, para instalar allí al capellán, la biblioteca, la imprenta y las clases de instrumentos de viento (28).

Construidos en un solar de menos de 24 áreas, tenían cuatro pisos, de 775 m² en la base (29).

Un centenar de jóvenes ciegos, chicos y chicas, además del personal de servicio, tenían que vivir y trabajar en aquella casa (fig. 1) en la cual, además de todo lo habitual en un internado, había una capilla y un salón para los ejercicios públicos. Era éste el antiguo refectorio del seminario arreglado para recibir a 400 personas. El comedor de los alumnos era una galería con una escalera a cada extremo. El taller principal, el telar, era un patio cubierto, con lo cual se privaba de luz a los pisos bajos contiguos; los siete talleres restantes, en el primer piso, estaban separados de las clases por una simple balaustrada. Las habitaciones, por todas partes, daban unas a otras. Ciertamente había un cuarto de baño, pero los chicos no se bañaban más que una vez al mes.

Quince estufas que gastaban por año 200 estéreos de leña (30) caldeaban aquello, lo que no parece excesivo, y los dos muids (31) de agua del Sena que, para todos los usos, se gastaban diariamente por término medio, tampoco eran un lujo.

(26) Cf Reglamento de 1815, art 122, y Guillié *Rapport* 1816-17.

(27) Pignier, *Notice biogr*, p. 8.

(28) Dr Guillié, op. al. , p.14 y 15 Calvino, en 1535 parece ser que vivió en las habitaciones del segundo piso.

(29) A título comparativo indiquemos que la actual Institución ocupa un solar de 11.800 m², y que la superficie edificada es de 3.480.

(30) Estéreo= 1 m³.

(31) Muid = 1,75 m³.

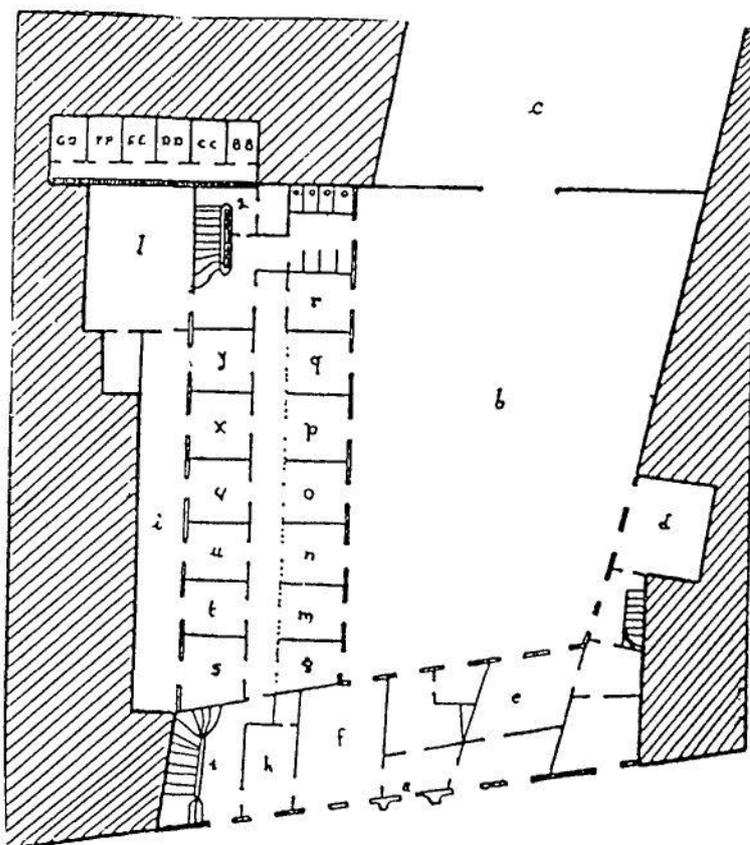


Fig. 1.- Plano de San Fermín, sacado del Informe del Dr. Guillé, para los años 1818-1819, que permite observar la complejidad de los locales.

Para describir lo incómodo e insalubre que aquello era, habría que citar *in extenso* los informes que los médicos de consulta emitieron el 8 de mayo de 1821 (32) y el 4 de diciembre de 1828 (33). En ambos se declara que "la casa está emplazada en un barrio bajo, mal aireado y sujeto a muchas emanaciones más o menos infectas". En el primero dicen: "Lo que más nos ha chocado en el aspecto de aquellos infortunados chicos es su tez lívida y su apariencia caquéptica. Muchos tienen predisposición manifiesta a la escrófula, y algunos, hasta ganglios inflamados". Uno tiembla al pensar que Braille pudiera ser uno de éstos.

(32) Pignier, *Essai hist.*, n. 41, p. 265.

(33) *Ibid.*, n. 42, p.266.

Para completar el cuadro, habría que sacar también del *Moniteur* parte del informe presentado en la sesión de la Cámara de 29 de febrero de 1832. En la memoria que la Comisión discutió aquel día se lee textualmente (p. 28): "La casa ocupada por la Institución de jóvenes Ciegos es muy malsana, y el índice de mortalidad que se da entre los alumnos, muy alto". Y en la p. 45: "Ciertamente los chicos ciegos mueren (*sic*) en la casa que les ha sido designada y su existencia está en gran peligro (34).

Habría también que reproducir íntegra la intervención del diputado Meilheurat en la sesión del 14 de mayo de 1838 (35). Mas nos contentaremos con copiar la breve alocución que Lamartine improvisó aquel día en la tribuna de la Asamblea y que, por fin, iba a decidirla a votar el crédito de 1.600.000 francos que reclamaba Montalivet, ministro del Interior, para la compra de un solar y la construcción de una escuela nueva.

«SEÑORES,

"Ayer he ido a visitar el establecimiento de Jóvenes Ciegos y puedo aseguraros que no hay la menor exageración en la descripción de aquel lugar hecha por el señor Meilheurat, ya que, ciertamente, no hay descripción que pueda daros idea de aquel local estrecho, infecto y tenebroso; de aquellos pasillos partidos en dos para hacer verdaderos cuchitriles que allí llaman talleres o clases; de aquellas innumerables escaleras tortuosas y carcomidas que, lejos de estar preparadas para desgraciados que sólo pueden guiarse por el tacto, parecen - permitidme la expresión - un reto lanzado a la ceguera de aquellos niños. Se ha hablado de Versalles o de los Quinze-Vingts (36). Si la Comisión se presenta y los propone, me opondré porque unir un hospicio de ancianos lisiados a una escuela de niños sería a la vez peligroso y cruel; pero como la Comisión no dice nada de esto, yo tampoco tengo nada que decir, así me limito, señores, a afirmar a la Cámara que nunca se empleará mejor el dinero del presupuesto que en devolver el sentido moral a unos niños a quienes la naturaleza ha privado del más precioso de nuestros sentidos. Si la Cámara hubiese ido allí en masa, unánimemente votaría el crédito que pide el ministerio, y si algunos contribuyentes demasiado roñosos os acusan, las bendiciones de centenares de niños restituidos al trabajo y a la inteligencia os absolverán (37)".

(34) *Moniteur*, 1 de marzo de 1832, p. 614, col. I.

(35) *Moniteur*, 15 de mayo de 1838, p. 1253.

(36) Así se llama el hospicio y clínica que San Luis fundó en 1260 El nombre significa "los trescientos", porque estaba destinado a albergar "quince veces veinte" ciegos pobres de París Todavía subsiste y los que allí viven disponen de pequeños apartamentos independientes (N del t).

(37) *Moniteur*, 15 de mayo de 1838, p. 1254, col 2.

Quince años después, echando una mirada retrospectiva y comprobando los excelentes efectos producidos por diez años de actividad en un establecimiento nuevo y mejor adecuado a las necesidades de los chicos ciegos, Dufau, a la sazón director de la Institución, pero que había sido antes maestro allí durante todo el período de San Fermín, recuerda con emoción: "Todavía hay entre los que estáis aquí algunos a quienes su recuerdo llevará al escucharme a la época en que la Institución residía en aquel vetusto caserón que, por desgracia, le habían asignado; sin duda no han olvidado aquellas clases, aquellos talleres, aquellos dormitorios sin sol, estrechos, húmedos, en los que ciertas enfermedades se iban haciendo endémicas. No han olvidado todas las miserias poco a poco acumuladas en aquella casa bajo el influjo de una falta de ánimo, de un pesimismo que quizá no se combatían lo suficiente (38)".

Aún entonces no se había comprendido que el saber académico y la competencia profesional no son los únicos factores del éxito en la vida, y que la conservación y la mejora de la salud y de una buena constitución física además de un excelente equilibrio nervioso han de preocupar en una escuela tanto o más que la concordancia de los participios pasivos, la reducción de quebrados al menor denominador común, la extracción de raíces o las reglas del contrapunto.

El estado de salud de los alumnos debía ser muy malo en San Fermín, y el índice de mortalidad considerable. Dufau, que se dedicó en este punto a una investigación estadística, llega a la conclusión (39) de que, desde la instalación en el Bulevar de los Inválidos "la mortalidad es menos de la mitad para una población casi doble". Y aún habría que observar que entre los que sucumbieron en el nuevo establecimiento no pocos habían vivido largos años en la calle de San Víctor. Braille y su amigo Gauthier, que le siguió de cerca en la tumba, parece que fueron las víctimas más ilustres de aquel régimen inhumano, pero ¡cuántos otros que fueron allí en busca de luz y de armas para conquistar su independencia no lograron sino comprometer para siempre su salud, condición primaria para conseguirla! (40).

(38) Reparto de premios del 6 de agosto de 1853, Palmarès, p. 7.

(39) Ibid , p. 7.

(40) Pignier nos confirma en esta opinión En la carta dedicatoria que precede a su *Essai historique sur l'Institution de Jeunes Aveugles* (París, 1860, p 9) escribe "esos informes habían hecho nacer en mí la idea de escribir una obrita en que, en efecto, habría consignado mis recuerdos sobre cierto número de alumnos entre los que no pocos habían sido arrebatados al afecto de sus discípulos y sus maestros, alumnos cuyas excelentes disposiciones e inmejorable conducta, hacían concebir las más dulces esperanzas"

Sin embargo, en aquella época, una sola persona desempeñaba las funciones de administrador, jefe de estudios y médico. El doctor Guillié, director de la escuela cuando ingresó en ella Luis Braille, había tomado aquella casa para evitar a toda costa que los chicos ciegos conviviesen con los ancianos hospitalizados en los Quinze-Vingts. La prueba de que Guillié no ignoraba lo malsano que era aquello es que una de sus preocupaciones era adquirir una casa de campo donde pudieran ir los alumnos a tomar el aire durante las vacaciones, deseo que nunca vio realizado, ni se realizó después.

Según el reglamento de 10 de octubre de 1815 (art. 131 y 135), las vacaciones empezaban después del último "ejercicio público" del mes de agosto, y las clases se reanudaban el lunes siguiente al día de Todos los Santos, así que los alumnos pasaban en París los meses más calurosos y más luminosos del año. En cuanto a las vacaciones de Navidad y Semana Santa, ni siquiera se mencionan, si bien posteriormente se concedieron con motivo de estas fiestas un par de días de permiso. No obstante, como entonces los viajes eran largos y caros, no eran muchas las familias que sacaban a sus hijos para tan poco tiempo, y hasta había muchos internos que pasaban en la calle de San Víctor incluso las vacaciones de otoño durante toda su escolaridad (41), saliendo únicamente de su encierro para dar en grupo algún que otro paseo por el cercano Jardín Botánico o quizá por las afueras de la ciudad. Si, por fortuna, la proximidad de Coupvray y la relativa holgura económica de los Braille permitían a Luis irse con los suyos durante las vacaciones largas, no es nada seguro que sucediese lo propio durante las más cortas, ya que su brevedad no parece justificar los gastos, la duración y las incomodidades de un viaje de diez leguas en diligencia.

El doctor Guillié no carecía de valor. Si comparamos el "Ensayo sobre la instrucción de los ciegos" que publicó en 1817 (42) con el "Ensayo sobre la educación de los ciegos" que Valentín Haüy hizo imprimir por sus alumnos en 1786, a poco de haber fundado su escuela, sorprende la diferencia. Aquí, consideraciones muy pobres y superficiales; allí, al lado de lugares comunes y errores heredados de Diderot y del sensualismo más puro, se hallan observaciones no carentes de profundidad que, si no agradaron a los ciegos de su tiempo (43), porque los halagaban poco, no están lejos de los puntos de vista modernos sobre la influencia de la ceguera en la formación de la personalidad (44).

(41) Tan es así que se preveían clases para aquellos infortunados (art. 132 del Reglamento del 10 de octubre de 1815, art. 73 de los Reglamentos de 1853 y 1889) "Las vacaciones se combinan por los profesores de manera que siempre queden los necesarios para dar clases y lecciones que se estimen convenientes a los alumnos que no tomen vacaciones".

(42) De la obra se hicieron dos ediciones más (1819 y 1820) y se tradujo al inglés (*An Essay on the Instruction and amusements of the Blind*, London, R, Philips, 1819) y al alemán por Knie, director ciego de la Escuela de Breslau.

(43) Bien se advierte que fue contra Guillié contra quien Alejandro Rodenbach, que fue alumno de Haüy y que habría de ser uno de los campeones de la independencia de Bélgica, escribió en 1828 su "Carta sobre los Ciegos para continuar la de Diderot", documento interesante por ser la primera aportación de un ciego a la psicología de los ciegos. Acerca de Rodenbach, véase nuestro estudio publicado en *La canne blanche*, Bruselas, julio de 1947, p. 6.

(44) Algo semejante ocurrió con "En la ardiente oscuridad" de Antonio Buero Vallejo (N del t).

En el terreno práctico, en cambio, Guillié se muestra muy poco original. Los caracteres que hizo fundir en 1817 para imprimir en relieve el papel, casi no se diferencian de los de Haüy. Se pretendía que los ciegos leyese poniendo bajo sus dedos las letras ordinarias puestas de bulto, sin advertir lo mal que responden a lo que el tacto exige. Hoy día que, gracias a Braille -que también tuvo que aprender a leer por aquel procedimiento-, disponemos de un sistema mucho más práctico y mejor adaptado, el cual, si se aprende bien y se usa lo suficiente permite una lectura corriente, quedamos maravillados y hasta un tanto escépticos cuando nos aseguran -desde luego sin citar la menor cifra, ya que los test no estaban entonces de moda- que la lectura era satisfactoria (45). Además, aquel método tenía el grave inconveniente de no prestarse a la escritura, de suerte que los deberes, los dictados ortográficos, las redacciones, etc., quedaban reducidos a ejercicios de composición tipográfica, forzosamente lenta, por mucha que fuese la destreza del sujeto, y además de esto, irremisiblemente condenados a desaparecer en seguida.

Para enseñar a escribir con lápiz, se usaban, al igual que en los tiempos de Haüy, unas placas que tenían grabada en hueco la forma de las letras, y también guía-manos o falsillas, el primer modelo de los cuales consistía en unos hilos tirantes colocados a conveniente distancia, que también databan del tiempo del fundador de la escuela.

Los resultados tenían que ser mediocres (46), porque si no, habrían utilizado el procedimiento para los deberes escritos.

Nada nuevo tampoco en el campo de la aritmética, ya que hacer una operación por escrito consistía en ir colocando en una cuadrícula tipos que tenían en relieve las cifras (47); ni en el de la geografía, puesto que los seis mapas que Guillié hizo fabricar participaban de las técnicas que Valentín Haüy había imitado de Weissembourg, el ciego de Mannheim.

(45) Todo depende de lo que se entienda por "satisfactoria" Como bien dice Pierre Henn, esa palabra sin cifra alguna que la cuantifique, no expresa sino un juicio subjetivo. En lo que toca a mi experiencia personal, puedo declarar que, durante todo el tiempo que asistí a las clases del Colegio Nacional de Ciegos (1913-1915 y 1919 a 1925); nunca conseguí leer los libros que allí quedaban impresos de ese modo, y eso que, cuando ingresé, ya conocía el alfabeto usual y sabía juntar las letras por haberlas aprendido con unas de marquetería que me hicieron Sólo he conocido, en todo ese tiempo, a un único ciego capaz de leer con relativa facilidad aquellos enormes librotos (N del t).

(46) Desde luego lo eran, puesto que el abad Carton, director de la escuela de Brujas, buen conocedor de todas estas cosas dice "En París no hay más que tres o cuatro ciegos que sepan escribir" (*Le sourd-muet et l'aveugle*, t. I, 1837, p. 223). Y no aclara si esos ciegos habían sido antes videntes y sabían escribir antes de perder la vista.

(47) Esto se hacía así también, en mi tiempo, en el Colegio Nacional de Ciegos, y que yo sepa, en algunos otros de España Aquello era en verdad muy lento, puesto que, además de lo dicho, había luego que "distribuir", esto es, ir quitando uno a uno los números de la cuadrícula e irlos poniendo de nuevo en sus respectivos "depósitos" Los números que eran de plomo o, mejor dicho, de "mezcla tipográfica" -plomo y antimonio-, ensuciaban mucho los dedos (N del t).

Respecto a los oficios que allí se enseñaban, de los cuales se describen quince en el "Ensayo sobre la instrucción de los ciegos" (48), la mayoría de ellos van ya enumerados en el libro de 1786.

Guillié se interesaba mucho por la música que anteriormente había practicado, pero renunció a toda anotación en relieve para que los ciegos pudiesen leer las partituras mediante el tacto, pareciéndole mucho más expeditivo que aprendiesen las obras oralmente o de oído. Tuvo no obstante el mérito de hacer que estudiaran el órgano y el fígle.

Conocida es la publicidad a gran orquesta con la que Valentín Haüy se creía en el deber de acompañar sus realizaciones. Presentó en seguida sus alumnos en la Oficina Académica de Escritura (49) y en la Academia Real de Ciencias (50); hizo luego en Versalles una exhibición ante Luis XVI y la Corte, el 26 de diciembre de 1786 (51). Después, como quiera que algo había cambiado en Francia, aquel hombre que, en 1786, buscaba el apoyo del rey y le dedicaba el libro que acababa de escribir, no vaciló, el 8 de junio de 1794 en hacer subir a sus músicos en una "plataforma móvil" y pedirles que fuesen tras Robespierre, vestido de gran sacerdote de la diosa Razón (52). Igual sucedía con los "ejercicios públicos" que los alumnos hacían en "su casa", donde se los podía visitar "todos los miércoles", primero, y "todos los decadís" (53), después; todo aquello evidentemente necesitaba una puesta en escena (54) y no siempre los que asistían se dejaban engañar por el carácter un tanto teatral y charlatanesco de tales exhibiciones (55).

(48) Todas esas ocupaciones, o casi todas, están basadas en el tejido. Sólo tres han sobrevivido a la evolución de la vida económica y a las técnicas industriales el punto, la reparación de los asientos de rejilla o de enea, y la cestería. Ya entonces no se enseñaba la imprenta como profesión para ciegos, a pesar de lo que interesó a Valentín Haüy. Y aún los oficios atados -añade el traductor- han caído o están cayendo en completo desuso, lo que es fácilmente explicable, dada su escasa rentabilidad.

(49) Cf *Mémoires secrets* de Bachaumont, en fecha de 29 de noviembre de 1784, t. XXVII, p. 26.

(50) Cf Acta de la Academia Real de Ciencias, memoria del duque de La Rochefoucault, 16 de febrero de 1785.

(51) Cf *Mém secrets* de Bachaumont, en fecha del 29 de diciembre de 1786, t. XXXIII, p. 207. Asimismo, *Journal de Paris*, 1 y 8 de enero de 1787.

(52) En la Biblioteca Valentín Haüy, en París, se conserva el programa de la participación de los ciegos en la Fiesta del Ser Supremo, programa "vendido por dos sous (veinte céntimos) en beneficio suyo". Aquel día un "pequeño coro" de la Institución cantó un *Himno al Eterno* y una *Invocación a la Razón*, cuya letra era de Avisse, el poeta de la Escuela.

(53) Escribo "decadí" con ortografía española para que, quien no sepa francés, lo pronuncie correctamente. Sabido es que era el décimo día de cada decena en el calendario republicano (N del t).

(54) La sesión en Versalles ante el rey, por ejemplo, había sido precedida por un "ensayo" cuarenta y ocho horas antes en París, ante los miembros de la Sociedad Filantrópica, que entonces mandaban en la escuela.

(55) Halem, en el informe de su visita a la Institución de los Ciegos (*Aspeas de París en 1790*, 16 " carta, trad. A. Chuquet, París, 1896, p. 280) nos pinta un divertido cuadro de una de aquellas sesiones, y, entre otras observaciones oportunas, dice textualmente "Hay tiene enteramente el tono petulante y la pinta de un sacamuelas".

Por nuestra parte, no hemos de ser demasiado severos con el que ingenuamente se presentaba como "intérprete de todos los gobiernos que ha tenido Francia sucesivamente", y que, convencido del valor de los resultados que obtenía con los ciegos, ponía todo su entusiasmo en persuadir de ello a los demás. En aquellos agitados tiempos, su versatilidad y su facilidad para adaptarse a las condiciones del momento fueron desde luego indispensables para la supervivencia de su obra. Demostraciones, exhibiciones, participación en oficios religiosos o en ceremonias profanas, todo se hacía con dos fines: por un lado, ir formando al público, preparándole para creer en las posibilidades de los ciegos (56), y por otro, obtener algunos fondos, ya directamente por la venta de pequeños trabajos que los alumnos hacían o cobrando las remuneraciones que percibían los músicos; ya indirectamente, haciendo ver a los que patrocinaban entonces la escuela y a los que podían conceder créditos, que sus sacrificios no eran estériles.

Hemos insistido bastante sobre este aspecto de la primera -en cuanto a fecha- de todas las escuelas de ciegos porque la Institución que acogió a Luis Braille en 1819 seguía muy apegada a las tradiciones que el fundador había establecido. Guadet (57) diría más tarde de Guillié que "era muy mañoso para hacer valer cualquier cosa".

Así, pues, seguían sacrificando mucho a la galería en la calle de San Víctor en aquel tiempo.

Todos los meses se hacían *Ejercicios públicos* en los que sólo actuaban los mejor preparados, y no faltó quien dijo (58) que siempre era el mismo alumno el que escribía -quizá uno que antes había tenido vista y sabía escribir cuando la perdió-.

Entre las catorce obras que cita Guillié (59) como constitutivas de la biblioteca clásica de la escuela no figura ningún manual de aritmética, y las páginas impresas en francés eran tan pocas que los alumnos, a fuerza de leerlas y releerlas, tenían que llegar bien pronto a "leerlas de memoria".

(56) Esa preocupación siempre será actual Edward Alien, director de la *Perkins and Massachusetts Institution for the Blind* de Boston, declaraba hace unos años "La educación de los ciegos implica la de los videntes".

(57) Gaudet, sobrino del célebre convencional del mismo nombre, fue primero maestro y luego jefe de estudios en la Institución desde 1840 hasta 1871. De 1855 a 1863 publicó *L'Instituteur des aveugles* (El maestro de los ciegos), primer periódico pedagógico de este tipo, muy estimado por los educadores extranjeros, a los que por otra parte, abría ampliamente sus columnas.

(58) Edgar Guilbeau, *Histoire de l'Institution Nationale des Jeunes Aveugles*, París 1907, cap. III, p. 42.

(59) *Essai sur l'instruction des aveugles*, 3ª ed. 1820, 3ª parte, cap. III, p. 169.

En cambio, entre esos 14 títulos, sorprende encontrar los 7 siguientes: Gramática griega; Gramática latina; Selección de textos latinos; Gramática inglesa; Selección de poesías inglesas; Gramática italiana, y Gramática española.

Cabe preguntarse qué tipo de cultura superficial pretendían dar con semejante material, en detrimento de las necesidades reales, académicas y profesionales de los muchachos ciegos, perdiendo un tiempo precioso. Evidentemente, allí tenían que formarse toda una serie de espíritus verbalistas y petulantes. Y, además, ¿qué se hacía con los desgraciados que se mostraban rebeldes para recibir semejantes estudios? La historia nada nos dice de esto.

Desde luego, tal pedagogía no disgustaría a los mejor dotados de los alumnos. Todo el que sabe hasta qué grado la aspiración hacia la cultura representa para los ciegos una de las formas de la necesidad de compensación, sabe también el afán que ponen para lograr ese fin. Después de todo, ¿no será ese sistema educativo, condenable en sí, pero que, quiérase o no, exhaltaba la personalidad de los más inteligentes, uno de los factores que influyeron sobre Luis Braille para inventar su alfabeto?.

Así eran las condiciones materiales e intelectuales de vida que se ofrecieron al niño de diez años que era Luis Braille cuando ingresó en la Institución Real de Jóvenes Ciegos. De hecho, él iba a asistir bien pronto a la transformación de tales condiciones y, un poco después, sin darse demasiada cuenta de ello, sería uno de los principales obreros de esa evolución lenta pero progresiva.

Apenas dos años después del ingreso de Luis Braille en el establecimiento, Guillié fue destituido por razones que no hubieran afectado más que a su vida privada si no hubiese cometido la imprudencia de mezclar ésta con la de la escuela.

Entonces se encomendó la dirección a otro médico, el Dr. Pignier (60), a quien ya hemos citado y seguiremos citando porque conoció a Luis Braille al que parece quiso mucho y sin él ciertos aspectos de la vida del inventor permanecerían oscuros.

(60) Pignier fue quien más adelante (en 1837), separó las funciones de médico de las de director, decisión que fue algo más que un simple acto administrativo, puesto que liberó definitivamente a la escuela del carácter hospitalario que había tenido desde su unión provisional con los *Quinze-Vingts*. A partir de entonces nunca se ha vuelto a encomendar la dirección a un médico.

Una de las primeras cosas que hizo Pignier fue abrir de par en par las puertas de la Institución a su fundador. Desde que había vuelto de Rusia en 1817, envejecido, desilusionado y amargado (61), Valentín Haüy vivía al lado de la calle San Víctor, compartiendo con su hermano René-Just Haüy el pequeño apartamento que éste ocupaba en el Museo de Historia Natural. Sabido es que René-Just Haüy fue un hombre cuya valía podía compararse sólo con su modestia (62).

Pese a las súplicas que Valentín hizo a Guillié, éste, prudente **realista**, se negó siempre a dejar entrar en la escuela al que se había comprometido durante la Revolución y había sido uno de los principales adeptos de la secta de los Teofilántropos. En su informe sobre el estado de la Institución Real para los años 1816-1817, solamente cita el nombre de Haüy (p.27) para hablar de su destitución, y además, injusticia notoria, pasa en silencio su calidad de fundador de la escuela. Pignier, menos timorato, el 21 de agosto de 1821, sólo unos meses antes del fallecimiento de Haüy acaecido el 18 de marzo del siguiente año, le abrió las puertas de la escuela y el fundador tuvo la suprema alegría de ser solemnemente recibido por sus queridos ciegos, los cuales cantaron para él la misma cantata que 33 años antes habían interpretado sus predecesores con ocasión del día de San Valentín, el 14 de febrero de 1788, con letra de un tal Huard, uno de los primeros alumnos de la naciente Institución y música de Gossec. Aunque habida cuenta de la disposición musical del joven Luis Braille sería muy posible que estuviese entre los coristas, no tenemos constancia de ello, aunque nos gusta pensar que sí.

Si no nos hubiéramos prohibido novelar ni en lo más mínimo la vida de Braille, ¡menudo diálogo podríamos poner aquí entre el anciano, ya en su ocaso, autor de la primera manera de hacer que los ciegos pudiesen leer, y aquel chico de 12 años portador -aunque en estado latente- de todas las futuras esperanzas de los faltos de vista, de todas sus posibilidades de aspirar a la cultura! Nos contentaremos sin embargo con pensar que aquel día el alumno unió su voz emocionada a las de los demás para ofrecer también su tributo de gratitud a aquel viejo maestro, a aquel Valentín Haüy a quien el programa de la ceremonia restituía su título oficial de "primer maestro de ciegos" que tanto merecía por su rango y por su anterioridad.

(61) El 28 de febrero de 1818, en una carta que se guarda en la Institución Nacional, expresa el deseo de que graven sobre su tumba las palabras con que termina la *Vida de San Atanasio* "Y el resto de su vida pudo comprobar que el malvado nunca perdona a su víctima que no sucumba bajo sus primeros golpes".

(62) El prestigio científico conquistado por el abad René-Just fue sin duda una circunstancia favorable para el desarrollo de la obra de su hermano. El hecho de que el eminente mineralogista fuese miembro de la Academia de Ciencias no dejó quizá de influir en el interés con que la ilustre Institución siguió los ensayos del filántropo en 1785.

En tanto que una inspiración genial -que en rigor no fue sino el resultado de una inagotable paciencia- haría que la fama del hijo del guarnicionero superase a la del propio iniciador, el joven Luis empezaba ya a distinguirse entre sus compañeros. Aplicado, inteligente, habilidoso, pronto se hizo notar en todas las ramas de lo que allí se enseñaba. Gracias a Pignier (63) tenemos la lista de las recompensas que ganó entre 1820 y 1828, y vemos que aparece mencionado sucesiva o simultáneamente en el palmarés por el punto, la confección de escarpines de orillo y de trenza, la gramática, la historia, la geografía, la aritmética, la retórica, el curso de ampliación, la gramática general y lógica, el álgebra, la geometría, el violoncelo y el piano.

Toda esta nomenclatura pone de manifiesto la variedad de las aptitudes de Luis Braille, pero igualmente nos hace ver el carácter un tanto superficial de las enseñanzas que allí se seguían dando entonces, a pesar de las conclusiones presentadas al respecto por dos sabios eminentes: el matemático y astrónomo Jacques Binet y el arqueólogo Jean-Antoine Letronne, a quienes Pignier había consultado (64). Seguían, pues, pese a todo, desarrollando el espíritu de los muchachos ciegos en el campo de lo abstracto, del formalismo intelectual y, lo que es muy de temer también, del verbalismo. Algún tiempo después, Dufau escribiría (65): "Son mendigos que saben latín y geometría..."

Evidentemente, cabe preguntarse qué provecho podría sacar un ciego "del montón" de las lecciones de retórica, de gramática general, de lógica y hasta de geometría y de álgebra; pero tratándose de un espíritu orientado como parece haberlo estado el de Luis Braille, se concibe que ese tipo de enseñanza pudiera dar algún fruto.

"Dotado de gran facilidad, nos dice Pignier (66), de una inteligencia viva y sobre todo de una notable rectitud de espíritu, pronto llamó la atención por sus progresos y sus éxitos en los estudios. Sus composiciones literarias o científicas sólo contenían pensamientos justos, distinguiéndose por una gran claridad de ideas expresadas en un estilo conciso y correcto, en que brillaba la imaginación, pero siempre dirigida por el juicio".

(63) Pignier, *Not biogr*, p. 9-10.

(64) Ver los textos de esos informes en Pignier, *Es. Hist.*, p. 234-240.

(65) *Livre des Cent un*, t. X.

(66) Pignier, *Not briogr*, p. 9.

Predominio de la imaginación y de las facultades lógicas... ¿Necesitábamos en verdad el testimonio de un contemporáneo para estar persuadidos de ello? No sólo su alfabeto, sino todos los sistemas que sacó de él, así como su procedimiento de correspondencia entre ciegos y videntes, esto es, toda su obra, proclama la existencia de esas cualidades que llamaron en seguida la atención de sus maestros y hasta de la Dirección de la escuela. Así, aún no había cumplido los quince años cuando ya le encargaban de comunicar a los más pequeños las cosas que había aprendido. Durante los cursos de 1823-1827, al propio tiempo que seguía sus estudios, desempeñó el puesto de "contra maestre" -así lo califica Pignier (67)- en el "taller de escarpines de orillo y de trenza".

¿Habrá en aquellos modestos trabajos manuales materia para ejercitar las facultades combinatorias tan propias de su mente? o, más bien, ¿sería su tranquilidad, su carácter apacible, lo que había en él de fundamentalmente serio, de poco proclive "a la loca alegría" (68), lo que se esperaba de un monitor? Es lo mismo. Lo cierto es que debió desempeñar muy bien su cometido, puesto que durante el curso de 1827-1828 le encomendaron verdaderas clases, y el 8 de agosto de 1828 le ascendieron a "repetidor".

El cuerpo de los "repetidores ciegos" había sido instituido por el mismo decreto que nacionalizaba la escuela de Haüy. Si aquel texto capital, confirmado cuatro años más tarde (69), garantizaba a los ciegos la preferencia en las "plazas que su deficiencia física y su talento les permitan desempeñar", los repetidores ciegos fueron siempre tratados como parientes pobres. Cuando Braille ascendió a ese grado, su situación era todavía bien miserable. En realidad no eran más que alumnos mayores. No figuraban entre los miembros del personal enumerados en el artículo 9 del Reglamento del 10 de octubre de 1815, entonces en vigor; pueden recibir castigos al igual que sus alumnos (art. 18); "comen en la mesa de los alumnos y no tienen más cuarto que el dormitorio común" (art. 46); el director lee su correspondencia; sólo pueden recibir visitas con previa autorización, en el locutorio y bajo la mirada del conserje.

Pignier, cuando le acusaron de estrechez espiritual para con sus repetidores, se justificaría escribiendo: "Hay ciertas lecturas, sobre todo las novelas, así como los bailes y ciertos espectáculos que son perniciosos a esa edad" (70).

(67) Pignier, *Not biogr.* p. 11, n. 2.

(68) Coltat, *op cit*, p. 15.

(69) Ley del 10 de termidor, año III, art. 8.

(70) Pignier, *Essai hist.*, p. 181.

El reglamento da a los repetidores ventajas muy pequeñas. Están dispensados de asistir a los talleres, lo que era obligatorio para todo alumno (art. 59); se les puede autorizar a salir el domingo, pero a condición de estar en el colegio a las horas de los oficios y de las comidas (art. 117); perciben "gratificaciones", 3, 5 u 8 francos al mes, según criterio del director y si "no han hecho nada malo" (71).

A raíz de la visita oficial que Thiers, a la sazón ministro del Interior en el gabinete Soult, hizo a la Institución en 1833, Pignier consiguió para ellos un "sueldo" de 300 francos al año.

Para distinguirlos de los alumnos -al principio llevaban exactamente el mismo uniforme- adornaron la solapa de su chaqueta con palmitas doradas o de seda. El retrato que poseemos de Braille (72) lo representa con ese uniforme, y, con semejante indumentaria de colegial, circulaba por la ciudad, iba a su órgano o a cualquier parte. Cuando dieron a los repetidores el título de profesores, Braille figuró en la primera promoción; pero, no obstante, su situación casi no cambió. Por 25 francos al mes, seguía enseñando -como lo venía haciendo desde 1827- materias tan diversas como la gramática, la historia, la geografía, la aritmética, el álgebra, la geometría, el piano y el violoncelo.

En una escuela donde el número de asignaturas hacía -y sigue haciendo- de la organización de alumnos y profesores un verdadero puzzle, debía ser desde luego comodísimo para la administración tener a mano profesores internos polivalentes e intercambiables; pero ¡cuánta abnegación exigía aquella vida claustral de los que se veían obligados a llevarla!...

Nada absolutamente se sabe de la vida afectiva de Braille (73), probablemente reducida por completo a la amistad. En primer lugar, el estado de su salud no le hubiera permitido aspirar a las satisfacciones del matrimonio y la consiguiente vida familiar; mas, aunque a pesar de todo lo hubiera deseado, no habría podido realizar tal proyecto sin dejar la Institución, los trabajos que tanto le interesaban y a sus queridos discípulos.

En una época en que la Psicología de ciegos estaba en mantillas y su pedagogía, totalmente dominada por los principios de Valentín Haüy, se confundía con la tradición, la ceguera, cuando iba unida a la inteligencia, la paciencia y la conciencia profesional, ¿no era ya una primera garantía de competencia? ¿Quién, entonces, mejor que un ciego, podría ponerse en el lugar de otro ciego, conocer las dificultades inherentes a su común deficiencia física, así como los medios de superarlas?

(71) Sobre la situación de los repetidores, véase Guadet, *Inst. des Jeunes Aveugles*, p. 98.

(72) Ese documento nos ha servido para hacer la viñeta que adorna la cubierta de este libro.

(73) La decepción y las aventuras amorosas imaginadas por Kugelmas (op. cit.) son puro cuento, como todos los demás episodios de la novela.

Haüy, desde el primer momento, debió observarlo, puesto que, indiscutiblemente bajo su inspiración, se redactaron los textos que hemos recordado antes y que encargaban a los ciegos de "transmitir a sus hermanos de infortunio" (74) los conocimientos y habilidades que había adquirido. Nadie mejor que Braille debía responder a esa esperanza. Espíritu metódico, apasionado por la investigación, sus clases, fruto de la reflexión y la experiencia, eran verdaderos modelos. Decía exactamente lo que había que decir, no perdiéndose jamás en rodeos ni distrayendo nunca la atención de sus alumnos con una digresión. Parece que sus discípulos tuvieron por él verdadera veneración, y no porque apenas castigase -cosa bastante notable en un tiempo en que la palmeta y el cuarto oscuro (75) formaban parte integrante de todo sistema educativo- sino porque sabía interesarlos, comprenderlos y aconsejarlos en las horas difíciles.

En este punto como en tantos otros, Pignier y Coltat, sus biógrafos, están de acuerdo. "Daba sus lecciones, dice este último, con tal habilidad y simpatía, que el deber de asistir a clase era para sus alumnos un auténtico placer. Para ellos, la emulación no consistía sólo en tratar de igualarse o superarse unos a otros, sino que venía a ser un constante y conmovedor afán de hacerse agradables a aquel profesor a quien todos querían como a un superior estimable y un prudente amigo, siempre dispuesto a aconsejar bien" (76).

Además de los libros en que expone sus diversos sistemas que son verdaderos modelos de concisión y exactitud, Braille compuso varios pequeños tratados para sus alumnos. En 1838, se imprimió en relieve lineal su *Petit memento d'arithmétique á l'usage des commençants, contenant les nombres entiers et les fractions decimales, suivi de 100 problémes* (Pequeño compendio de aritmética para uso de los principiantes, conteniendo los números enteros y los quebrados decimales, seguido de cien problemas). Si el título que, como está a la vista, pretende ser explícito, no es lacónico, la obra, por el contrario, no puede ser más corta. "Nuestros procedimientos de escritura e impresión, decía Braille, ocupan mucho espacio en el papel, así que hemos de procurar expresar el pensamiento con el menor número posible de palabras" (77).

Así fue Braille como alumno y más tarde como profesor, y así lo veremos en sus creaciones, sobre todo en el sistema de escritura de ciegos que combinó y que había de hacer pasar su nombre a la posteridad.

(74) Así, en términos bastante poco administrativos y que recuerdan el estilo propio de Haüy, se expresaba el artículo 8 de la ley del 10 de termidor, año III.

(75) El encierro en el cuarto oscuro figura aun en los Reglamentos posteriores de la Institución (Cf *régléments du 27 août 1853*, art 78, p. 16 y de 14 de junio de 1889, art. 80, p. 20).

(76) Coltat, op. cit , p. 16.

(77) Ibid., p. 16.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

CAPITULO III

GENESIS DEL SISTEMA BRAILLE

El mismo año (1819) en que Luis Braille ingresaba como alumno en la Institución Real de Jóvenes Ciegos, otro personaje, Nicolas-María-Carlos Barbier de La Serre, que siempre firmó muy democráticamente Carlos Barbier, empezó a interesarse por la escritura de ciegos.

Tratar con cierta extensión del innegable papel que desempeñó Barbier en la génesis del sistema braille, no es disminuir en modo alguno los méritos del inventor de nuestro sistema. Se ha acusado a veces a los ciegos y, en especial al cuerpo de profesores de la Institución de París, de haber pretendido, por espíritu corporativo, eclipsar al primero (vidente) en beneficio del segundo (ciego). Más adelante veremos lo que realmente hay sobre el particular. Pero, en todo caso, el reproche no puede hacerse a Luis Braille que fue la providad en persona, y no se le podría acusar de haber intentado usurpar la parte de gloria a que justamente tiene derecho su predecesor.

En la "advertencia" que pone al principio de cada una de las dos ediciones de la exposición de su sistema que se publicaron durante su vida, rinde homenaje a Barbier. En la primera (1829) escribe: "Si hemos indicado las ventajas que tiene nuestro procedimiento sobre el de ese inventor (Barbier), hemos de decir en su honor que debemos a su procedimiento la primera idea del nuestro". Y en la segunda (1837) proclama todavía con más claridad: "Y si hemos tenido la suerte de haber podido hacer algo útil para nuestros compañeros de infortunio, siempre nos complacerá repetir lo agradecidos que estamos al señor Barbier que, el primero (*sic*), ha inventado un procedimiento de escritura por medio de puntos para uso de los ciegos".

Así, pues, Braille no se enojará con nosotros porque en una obrita consagrada a su memoria dediquemos algunas páginas a Carlos Barbier, y porque llevados por nuestro afán de decir la estricta verdad destaquemos la parte que le corresponde en justicia en la invención del alfabeto de ciegos.

¡Curioso personaje, en verdad, el tal Barbier de La Serre! ¡Uno de esos utopistas que suelen hallarse en la base de tantas ideas fecundas!

Nació en Valenciennes, el 18 de mayo de 1767. Su padre, inspector de Fincas del rey, aprovechando una disposición que abría las escuelas militares "a los hijos de familia sin fortuna, pero que contasen por lo menos con cuatro generaciones de nobleza", hizo que le admitieran en 1782 en una de dichas escuelas (78) de la que salió oficial de "artillería.

Ya entonces era de carácter triston y le gustaba estar solo.

(78) Tenemos razones para pensar que fue la de Brienne, y si no estamos en error, tuvo por condiscípulo a Bonaparte que, como es sabido, estuvo en ella de 1779 a 1783.

Cuando estalló la Revolución, emigró a América, donde, según se dice, se ganó la vida como agrimensor y vivió algún tiempo con los indios pieles-rojas, no regresando a Francia hasta que el Imperio devolvió al país cierta estabilidad (79).

Es entonces cuando se apasiona por los problemas de la escritura rápida y secreta. Estamos en los tiempos heroicos del telégrafo óptico de los hermanos Chappe, en un país perpetuamente en guerra, donde hace falta obrar con tanta celeridad como discreción, informar a Napoleón que guerrea en España de que Austria ataca por el Rin.

En 1808, Barbier publica un *Cuadro de expeditografía* y, al año siguiente, sus *Principios de expeditiva francesa para escribir tan rápidamente como se habla*.

Hecho importante a tener en cuenta para el problema que nos interesa: este último folleto describe un procedimiento que llama de "escritura cortada para suplir pluma o lápiz y hacer varias copias a la vez sin trazar letras". Si en el opúsculo de 1809 no se trata para nada de los ciegos, se advierte que el autor se preocupa ya de lanzar una escritura tangible y sencilla, hecha con un cortaplumas. Barbier, cuando era capitán de artillería, acaso pensó lo útil que sería para los oficiales en campaña redactar mensajes en la oscuridad y eventualmente poder descifrarlos con los dedos.

No expondremos aquí todos los procedimientos que Carlos Barbier imaginó bajo diversos nombres (escritura cortada, escritura nocturna, tipografía privada de bolsillo y de ambulancia, etc.). Sólo nos interesa el principio, puesto que más tarde lo aplicaría a su sistema de escritura en relieve para ciegos.

Barbier colocó primeramente las 25 letras del alfabeto francés en cinco columnas de cinco líneas cada una, al estilo de una tabla pitagórica. Hizo después lo propio con los 36 sonidos que repartió en 6 columnas de 6 signos (véase fig. 2).

Así, cada sonido podía indicarse mediante dos cifras, la primera de las cuales marcaba el número de la línea, y la segunda, el de la columna en que estaba. Como la colocación de los 36 sonidos en la cuadrícula podía cambiarse a voluntad, era posible obtener muchísimas combinaciones diferentes, de "rejillas" distintas destinadas, según el pensamiento del Barbier de entonces, a guardar el secreto de los mensajes militares o diplomáticos.

(79) Para más detalles sobre la vida de C. Barbier, véase nuestro estudio "C. Barbier et la genèse du système Braille" (*Le V. Haüy*, marzo de 1947, p. 4 a 11).

	1	2	3	4	5	6
1	a	i	o	u	é	è
2	an	in	on	un	eu	ou
3	b	d	g	j	v	z
4	p	t	q	ch	f	s
5	l	m	n	r	gn	ll
6	oi	oin	ian	ien	ion	ieu

Fig. 2.

¿Cuándo pensó Barbier en sacar de sus múltiples inventos un sistema de escritura tangible para ciegos? No podemos saberlo con exactitud, aunque tenemos motivos para creer que si se le ocurrió antes de 1819, no lo llevó a la práctica hasta dicha fecha.

Las cosas debieron suceder poco más o menos así:

En 1819, Barbier expone en el Museo de Productos de la Industria, instalado en el patio del Louvre, una máquina "que graba, sin que haga falta ver, las láminas de la escritura secreta de combinaciones" (80). Ahora bien, sabemos por una memoria del *Mercure Technologique*, que la Institución Real exponía también en aquel "museo". Es probable que allí se exhibiesen alumnos y que éstos leyesen y trabajasen delante del público. Barbier debió de visitar su stand y observar con cuánto trabajo descifraban aquellos libretes impresos en caracteres ordinarios puestos de relieve y tan poco hechos para el tacto; debió de observar también que no podían escribir más que componiendo como los tipógrafos y debió de hacer comparaciones entre estos procedimientos y el suyo.

Si antes de 1819 Barbier hubiese pensado seriamente en aplicar su sistema a los ciegos, se encontraría alguna referencia a ello en la carta que hizo leer en la Academia de Ciencias, el 28 de junio de dicho año, carta en la que anuncia su "máquina para grabar sin que haga falta ver". En el informe presentado a la Academia el 15 de mayo de 1820 por Prony, Molard y Bréguet, sólo se menciona la posibilidad de utilizar los dedos para la comunicación de ciegos y sordomudos. Y, sin embargo, en ese documento se habla de dos sistemas de traducción mediante puntos de los sonidos: en el primero, los números de las líneas y columnas del cuadro se representan convencionalmente por tres puntos formando ángulos rectos u obtusos orientados de modos diversos; en el segundo, los puntos que hacían de números estaban colocados en unas líneas paralelas destinadas a facilitar su localización. Todo esto no se imaginó pensando en los ciegos.

(80) Dicha máquina, descrita y criticada en el informe hecho en el Instituto, el 15 de mayo de 1820, fue realizada por el mecánico Hetzel.

Barbier no tardó en percatarse de que este sistema convencional podía servir a los ciegos, y después de haberlo experimentado en la ciudad con algunos de ellos, le recibe Pignier en la Institución Real en marzo y abril de 1821 (81).

En el artículo del *Mercure technologique* (82) dedicado a las ventajas que la expeditiva francesa tiene "para el estado militar y la diplomacia", dice: "En la Institución Real de Jóvenes Ciegos ya se ha dispuesto que el procedimiento de escritura nocturna forme parte de la instrucción de los alumnos".

El año siguiente (1822), un nuevo artículo, se dedica esta vez especialmente a la "escritura nocturna para uso de los ciegos", en el cual el procedimiento y los aparatos se describen ampliamente.

La idea de clasificar las letras en un cuadro y de utilizar puntos para designar su emplazamiento no era nueva. El P. Lana (83), en 1670, en su obra: *Descripción de algunas invenciones nuevas*, que precede al *Arte magistral*, describe un sistema de esa clase (Fig. 3). Tal sistema nunca se había, aplicado al uso de los ciegos, quizá, pura y simplemente, porque entonces las escuelas para ellos no existían.

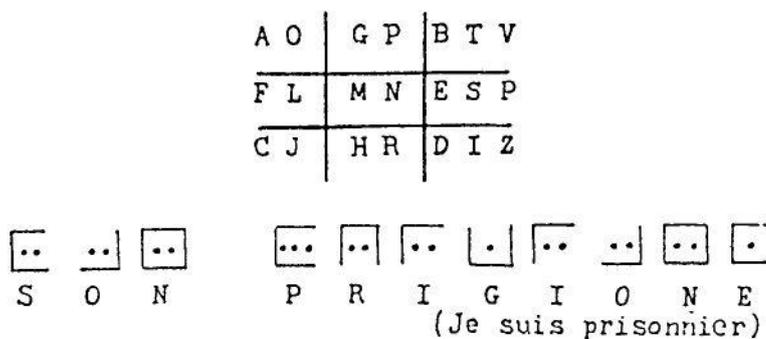


Fig. 3.- Sistema ideado por el P. Lana. Para escribir una letra el ciego tenía que: 1.º Trazar los lados de la casilla donde estaba esa letra. 2.º Y añadir 1, 2, ó 3 puntos según se tratase de la 1.ª 2ª o 3ª letra de dicha casilla.

(81) Pignier, *Essai hislorique*, p. 101.

(82) *Mercure technologique*, t. IV, 1821, p. 242.

(83) Físico italiano (1631-1687) El capítulo II de su *Prodromo overo saggio di alcune invenzioni nuove* (Brescia, 1670) lleva por título "De qué modo un ciego de nacimiento puede no sólo aprender a escribir, sino también a ocultar sus secretos bajo un cifrado y a comprender la respuesta bajo el mismo".

¿Barbier lo conoció? No nos extrañaría. En 1803, en efecto. Coste d'Arnobat publicaba una obra titulada *Essai sur de prétendues découvertes nouvelles dont la plupart sont âgées de plusieurs siècles* ("Ensayo sobre algunos descubrimientos aparentemente nuevos, de los que la mayoría tienen varios siglos de edad"), uno de cuyos capítulos (p. 87-99) no era sino la traducción del capítulo II del libro del P. Lana. Ahora bien, teniendo en cuenta la pasión de Barbier por las invenciones y el atractivo título que Coste d'Arnobat dio a su libro, bien raro sería que no hubiese llamado la atención del capitán Barbier cuando volvió de América o algo más tarde.

Parece, en todo caso, que el alfabeto Barbier que en rigor engendró el de Braille debe datar de 1822.

Es también a esa época a la que ha de atribuirse la invención de la regleta Barbier, madre de la regleta Braille.

Dejando en un segundo plano las disposiciones anteriormente examinadas, después de haber distribuido en dos grupos de líneas paralelas sus puntos indicadores, Barbier los ordena en dos columnas verticales paralelas: el número de puntos de la izquierda indica la línea, y los de la derecha, la columna (fig. 4).

					
A	I	O	U	é	è
					
AN	IN	ON	UN	EU	OU
					
B	D	G	J	V	Z
					
P	T	Q	CH	F	S
					
L	M	N	R	GN	LL
					
OI	OIN	IAN	IEN	ION	IEU

Fig. 4: Cuadro de la sonografía Barbier adaptada a la escritura de ciegos: para cada signo el número de puntos de la izquierda indica la línea donde está ese signo, en tanto que el número de los de la derecha marca su posición en la línea.

En cuanto a la primera regleta, consistía en una tablita que tenía 6 surcos, sobre la que se deslizaba un cursor metálico o "agrafe", cuyos dos montantes laterales limitaban la anchura del signo. Los surcos distaban entre sí 2 mm $\frac{1}{4}$; la ventanilla o cajetín tenía de ancho 4 mm $\frac{1}{2}$, y el punzón, que entonces se llamaba "estilete", también estaba indicado (fig. 5).

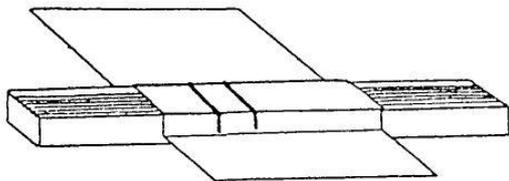


Fig. 5.- Regleta Barbier con cajetín móvil.

Con ese alfabeto y ese material hicieron en la Institución Real una experiencia decisiva: el 16 de octubre de 1823, Carlos Barbier escribe al secretario perpetuo del Instituto: "Tengo el honor de solicitar la intervención de usted acerca del Instituto Real (84) para pedir que me admitan ante él para hacer la experiencia práctica de un nuevo procedimiento mediante el cual la instrucción privada de los ciegos, que resulta así sencillísima, queda al alcance de los padres menos afortunados que podrán desde ahora instruir por sí mismos a sus hijos. Tales resultados que deben elevar la existencia moral de muchos ciegos, cuyas meditaciones podrán en gran parte ser útiles a la sociedad (*sic*), me permiten esperar, señor,... (85)".

El uno de diciembre, los comisionados que designó la Academia, de Lacépède y Ampère -dos nombres que se hicieron célebres- entregan sus informes. Habían hecho una experiencia estrictamente científica, porque habían separado en una habitación cercana a uno de los individuos presentados por Barbier; dictaron a otro un texto que el primero desconocía, y cuando dieron a éste la copia, la leyó sin dificultad. Las precauciones tomadas no eran superfluas porque en aquella época se armaba mucho jaleo interesado sobre los resultados que obtenían los jóvenes ciegos y, como hemos visto, las exhibiciones en que los hacían participar no estaban exentas de pequeñas trampas.

El informe fue concluyente y contenía una observación muy oportuna, digna del alto espíritu científico de sus autores: "La escritura ordinaria, dicen, es el arte de hablar a los ojos; la que ha ideado el señor Barbier es el arte de hablar al tacto". Era, pues, reconocer la superioridad psicológica del punto sobre la raya lisa, del signo sencillo sobre el complicado, formado por líneas rectas y curvas. ¡Y pensar que hubo que luchar cerca de 30 años en la propia Institución, y más de 50 en otras, para hacer triunfar ese principio cuyo descubrimiento será siempre la gloria de Carlos Barbier!

(84) Se trata aquí del Instituto de Francia, no del Instituto Real de Jóvenes Ciegos.

(85) En aquella época Barbier vivía aún en Versalles, en la calle de Santa Victoria, núm. 2. Dicha carta, que lleva la dirección del *Hotel des Francs-Comlois, rue de Miheu-des-Ursins, en l'Île de la Cité*, prueba sus frecuentes viajes a París, donde se instalaba cerca de la Institución de Ciegos para proseguir sus trabajos.

Tras esa crucial experiencia, la prueba queda hecha; los ciegos leen indiscutiblemente mejor el Barbier que el Guillié o el Valentín Haüy; pueden escribir, tomar notas, hacer deberes escolares. Barbier recibe estímulos: cartas laudatorias de la Dirección de la Institución y, en 1824, una subvención de 1.000 francos, importante para entonces, a fin de que continúe sus investigaciones. En 1827, Galliod, maestro de capilla en los *Quinze-Vingts*, imprime un *Recueil d'anecdotes, extrait de la morale en action* (Colección de anécdotas sacadas de la moral en acción). El museo Valetín Haüy (lámina I B) ha conservado un precioso ejemplar de dicho trabajo. La lectura de sus primeras páginas resulta instructiva porque nos enseña:

1. Que la escritura es fonética. Se escribe: "anegdote", "mossieu", "Galio", en lugar de "anecdote", "monsieur" y "Galliod". La articulación de la unión de palabras al pronunciarse queda representada: "en naction", "fai ten". Todo esto desde luego no facilita la lectura pero a todo se acostumbra uno.
2. Que, a partir de entonces, excepción hecha de la numeración de las páginas, se hace uso de un signo que da valor numérico a los caracteres a que afecta. Es el antepasado de nuestro actual signo de número.
3. Que no existen todavía los signos de puntuación. Se dice que fue un ciego de los *Quinze-Vingts* quien los imaginó algo después. Se llamaba Villa.
4. Que, sin embargo, se hace uso de un guión, pequeño trazo liso tomado seguramente del material tipográfico Guillié.
5. Que el texto se "justifica", es decir, que queda alineado tanto a lo largo del margen derecho como del izquierdo. Esta práctica la encontraremos en los primeros libros impresos en braille (86).

Cien años después de la muerte de Carlos Barbier, en 1941, cuando preparábamos la conferencia destinada a honrar su memoria, quisimos repetir la experiencia de 1823. Dimos a una persona completamente ciega y que no sabía nada de ese sistema, un cuadro de los signos Barbier y el *Recueil d'anecdotes*, impreso por Galliod. Menos de una hora después, dicha persona leía bastante bien las primeras páginas del primer cuento. A pesar de que antes de quedar ciega sabía leer en tinta, descifraba con mucho más trabajo las letras ordinarias en relieve.

(86) En España sucedió lo propio en los primeros libros que se imprimieron en braille, las líneas están justificadas (N del t).

No es extraño, pues, que los ciegos de la Institución Real se entusiasmasen en seguida por la sonografía Barbier. Sin embargo, no podían quedar satisfechos del todo. Claro que ya podían escribir, pero sólo fonéticamente. El sistema, por ejemplo, no podía servir para hacer en clase dictados ortográficos ni deberes de cálculo y, no hay que olvidarlo, estaban en una escuela. Además, pronto debieron darse cuenta de que doce puntos son mucho más de lo necesario para hacer los sesenta signos, poco más o menos, que hacen falta para representar las letras del alfabeto, los signos de puntuación, las cifras y los símbolos matemáticos elementales. Barbier, que cultivó las matemáticas superiores, tenía que saber que doce puntos colocados de modos diferentes, dan 2 a la 12.^a potencia, o sea, 4.096 combinaciones. Sin necesidad de aplicar ninguna fórmula, es fácil calcular que con cuatro puntos se obtienen 16 signos - contando con la ausencia de signo-; con 5, 32; y con 6, 64.

Hacia el año 1825, los alumnos más inteligentes que intentaban borrar los efectos de la ceguera en los viejos caserones de la calle San Víctor, debieron discutir, reflexionar y combinar muchísimo. Gabriel Gauthier, el amigo de Braille inventó un sistema que se ha perdido (87), y quizá otros también cuyos nombres no nos han llegado, se afanaron por perfeccionar la sonografía o hayar algo mejor. Por eso hemos escrito en otra parte que, si el accidente de Coupvray no hubiese dejado ciego al hijo del guarnicionero, algún otro habría ciertamente sacado algo de la sonografía (88). Seguramente habría sido menos claro, menos sencillo, menos genial en una palabra, que el braille, pero dada la efervescencia intelectual de los internos de la calle de San Víctor, a partir de Barbier y de su sistema, los ciegos debían tener su alfabeto.

(87) Pignier, *Not. Biogr.*, p. 34.

(88) "Charles Barbier et la genése du systeme Braille" Op. cit. Le Valentin Haüy 1946, n ° 2 p. 8.

El impulso innegable dado por el que fue oficial de artillería, no disminuye en nada, como luego veremos, los méritos del joven Braille. Este, modesto colegial, comenzó su obra por tímidas y prudentes sugerencias. "Había indicado al señor Barbier, nos dice Pignier (89), varios perfeccionamientos y resuelto algunas dificultades de aquella escritura, pequeños problemas que el señor Barbier no había solucionado". Pero quizá no era fácil colaborar realmente con el capitán para lograr que transformara su sonografía en un sistema mejor adaptado a las verdaderas necesidades de los ciegos, y para ello había varias razones: primera, la diferencia de edad -más adelante veremos la condescendencia con que Barbier escribe a Braille-, segunda, la dificultad que tantas veces experimenta un vidente para comunicar profundamente con un ciego, y el sentimiento de cierta heterogeneidad entre la mentalidad del primero y la del segundo, sentimiento que no siempre hace desaparecer por completo el trato entre ambos y que quizá era entonces más intenso que hoy, después de más de un siglo de trabajos sobre la psicología de ciegos (90); por último y, sobre todo, las ideas fijas que Barbier tenía al respecto le hacían intransigente para todo cuanto tocase el fondo de su invento. Espíritu sistemático, sigue aferrado a su tabla de sonidos y al método ciertamente ingenioso consistente en designar por un par de cifras cada uno de ellos. Seguramente pensaba que sólo aquella presentación tan sencilla de localizar dichos sonidos era lo que convenía al tacto de un ciego, y que éste tenía bastante con contar los puntos. No podía concebir -ya que la lectura en braille es la que ha permitido establecerlo- que un signo hecho de puntos pudiese formar imagen bajo el dedo, convirtiendo en sintética la lectura táctil. Aunque hubiera tenido más intuición psicológica, los mediocres resultados que daban los caracteres ordinarios puestos en relieve no eran lo más propio para orientarle mucho sobre el asunto.

Lo que detiene a Barbier en el camino de la evolución son, sin embargo, sus prejuicios un tanto aristocráticos sobre la inutilidad de la ortografía para los humildes.

(89) Pignier, *Not biogr*, p. 14.

(90) Esa impresión de heterogeneidad que muchas veces siente el que ve frente al ciego, éste la percibe pronto, a poco observador que sea. En unos casos se da y en otros no, y lo curioso es que el fenómeno no parece estar en función de la inteligencia o la cultura que el vidente tenga, sino de cierto matiz de su personalidad. A mí mismo, ciertas personas en las que no cabe suponer penuria de inteligencia o de cultura, me han dicho verdaderas tonterías, mientras que otras, presumiblemente peor dotadas no lo han hecho, y esto ocurre aún entre las personas de la misma familia (N del t).

Después de haberse ocupado de los ciegos, se ocuparía de los sordomudos y después de los niños de las escuelas maternas (91), y no ve en todo ello sino el lado práctico, la correspondencia, las notas personales, etc. Los ciegos, según él, no necesitan para nada la ortografía ni la cultura. Sigue, pues, aferrado a su sonografía, a pesar de que no responde plenamente a las aspiraciones de la pequeña falange que aprende a luchar en el Instituto Real, para la cual la cultura, conscientemente o no, viene a ser un arma, una compensación.

Si los nombres del precursor y del realizador no están más unidos, si el sistema de escritura de los ciegos no se ha llamado nunca el Barbier-Braille, la culpa, desde luego, no es de Luis Braille, sino de la intransigencia y los prejuicios de Carlos Barbier.

Los contemporáneos de Braille aseguran que no quería distraer absolutamente nada del tiempo que debía a sus estudios, para lo que quizá eran quimeras de la imaginación. Trabajaba en la elaboración de su sistema por las mañanas muy temprano, o durante las vacaciones, cuando estaba con su familia.

Desde 1825 -Braille sólo tiene entonces 16 años- el sistema está ya hecho en lo esencial. Sobre esto el único testimonio que tenemos es el de Pignier (92), pero no tenemos motivo alguno para dudar de él.

Sin embargo, no bastaba con imaginar; había que someter el sistema a la prueba de la experiencia. En 1827 se transcribieron en el nuevo procedimiento del joven Braille unos fragmentos de *La grammaire des grammaires* (93), y en 1829, *La Grammaire* de Noel y Chapsal. Ese mismo año se publicó la primera explicación del nuevo método de escritura, bajo el título:

"Procédé pour écrire les paroles, la musique et la plainchant au moyen de points, á l'usage des aveugles et disposés pour eux" Par L. Braille, répétiteur á l'Institution Royale des Jeunes Aveugles. París, 1829 (lámina II A).

(91) Cf nuestra conferencia "Ch Barbier et la genese du systeme Braille", *Le Val Haüy*, 1947, n^o 2, p 4 Cf igualmente C Barbier, *Notice sur les salles d'asile*, París, 1834.

(92) Pignier, *Essai historique*, p. 102.

(93) Ibid , p. 82.

Ese tomito de 32 páginas, que Pignier dice haber escrito al dictado del propio Braille, se imprimió naturalmente en relieve lineal, puesto que ésa era la clase de caracteres que entonces se enseñaban a los ciegos, y viene a ser la verdadera acta de nacimiento del sistema Braille. Contiene, páginas 14 a 16, el cuadro del alfabeto Braille original (láminas II B y C), que comprendía nueve series de diez signos, más seis signos suplementarios. No es igual a nuestro alfabeto de hoy más que en las cuatro primeras series que, con sus 40 signos metódicamente derivados unos de otros, vienen a constituir lo esencial. En las series siguientes se combinan puntos y rayitas horizontales lisas: la quinta, reservada a las cifras, se basa, según el propio autor confiesa (p. 9), en "un principio ajeno al resto del procedimiento"; la sexta se forma de los signos de la primera, con una rayita lisa debajo; la séptima, por una anomalía poco explicable, se forma de los mismos signos pero esta vez con la rayita lisa encima; en la octava, la línea lisa está puesta en medio y, en cuanto a la novena, reproduce los signos de la quinta subrayados por una rayita (94).

Más adelante indica el autor el modo de escribir con la "planchette" y el "stylet"; pero no dice cómo se hace con el punzón la rayita lisa. Desde luego, en una pauta (95) de surcos se puede trazar dicha raya; pero tanto si ese elemento está hecho tipográficamente como si se ha hecho a mano, se distingue muy mal de dos puntos puestos en el mismo sitio, así que la diferencia no se percibe al tacto rápidamente.

Los signos que tenían rayas, aún cuando no representasen más que caracteres secundarios (cifras, signos de puntuación y símbolos matemáticos), eran en realidad un defecto en la magnífica armadura del sistema. No eran, pues, viables, por lo que Braille iba bien pronto a renunciar a ellos.

Cuando se quiere explicar el carácter sistemático del alfabeto Braille, nunca se deja de hacer notar que los signos de las series II, III y IV de este alfabeto se forman de los correspondientes de la primera serie, a los que se añade debajo un punto a la izquierda (para la serie II), dos puntos también abajo (para la III) y uno igualmente abajo a la derecha (para la IV) (cf. fig. 9). Sin embargo, se sabe menos que los signos de la serie fundamental (primera línea del cuadro) tampoco fueron propuestos al tuntún. Braille, en la explicación de su procedimiento indica con todo detalle y exactitud la posición de los puntos que forman los signos de esta serie (p. 3), pero no le pareció útil revelarnos el principio en que basó dicha formación, a pesar de que, como veremos, también está metódicamente realizada (96).

(94) Para más detalles sobre este alfabeto Braille de 1829, véase el estudio que le consagró F. Le Guével en la revista *Le Valentin Haüy*, n.º 3, p. 54 a 61, 1931.

(95) En España se llama pauta al aparato que se usa para escribir en braille, si es de una hoja entera. (N. del t.).

(96) En la segunda edición de su *Procedimiento*, Braille no aclara tampoco cómo formó esos signos. Que nosotros sepamos, Guadet (*Instituteur des aveugles*, t I, 1855-56, p 93) fue quien dio a conocer el modo de generación de los signos de la primera serie del alfabeto braille.

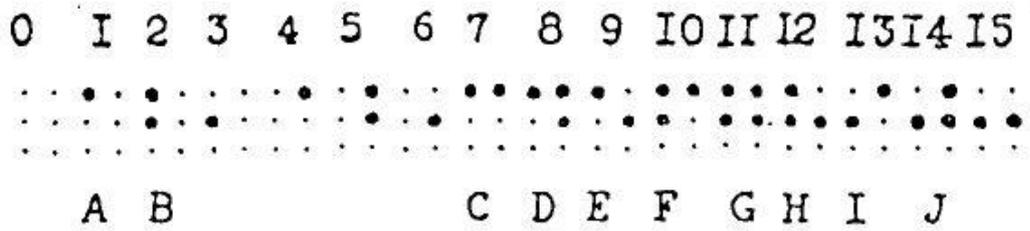


Fig. 6.- Generación de la 1.^a serie según Guadet.

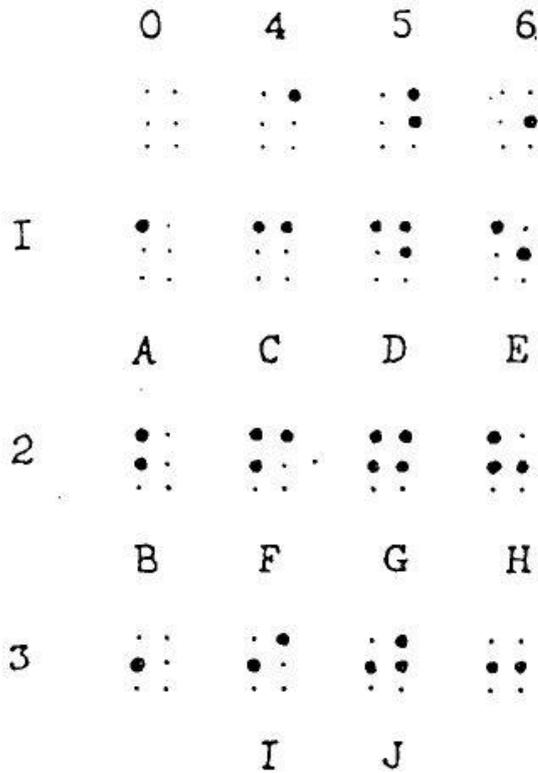


Fig. 7.- Cuadro con doble entrada que muestra claramente la generación metódica de la 1.^a serie del sistema Braille.

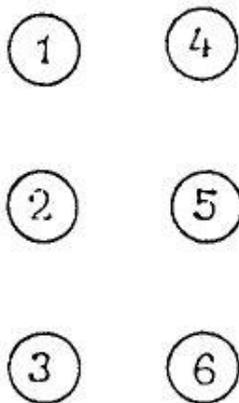


Fig. 8.- Numeración clásica de los puntos que emplea el sistema Braille.

Comenzó por formar tres signos en la parte izquierda del cuadrado que constituye el "molde" de la primera serie, y repitió la misma operación en la parte derecha (97). Obtuvo así seis signos que, para entendernos mejor, vamos a numerar

1 2 3 4 5 6

Fue después combinando sucesivamente los signos 1 y 4, 1 y 5, 1 y 6; 2 y 4, 2 y 5, 2 y 6, y, por último, 3 y 4, 3 y 5, y 3 y 6, obteniendo así otros nueve signos:

7 8 9 10 11 12 13 14 15

La serie de 16 signos (fig. 6), contando con la ausencia de signo, que se obtiene siguiendo el principio de combinación adoptado por Braille, se encuentra en el cuadro de la figura 7 (98).

Si Braille no hubiera sido más que un combinador, su primera serie se hubiese presentado de modo muy distinto. Los cuatro primeros signos no hubieran estado formados más que por cada uno de los puntos 1, 2, 4, 5 (fig. 8), y los siguientes se habrían obtenido combinando dos y luego tres de esos puntos. De igual manera, el cuadro completo de sus signos hubiera podido comprender cuatro series de 16, las tres últimas de las cuales provendrían de añadir el punto 3, luego el 6 y luego los 3 y 6 a los de la primera.

Pero Luis Braille, aunque tenía un espíritu muy inclinado a lo abstracto, no era matemático: era pura y simplemente "ciego". Por todo instrumento de investigación de las imágenes espaciales no tenía más que sus dedos, y, por intuición, descubrió lo que convenía al tacto. Actuando sin saberlo como primer psicólogo de la edificación de las estructuras táctiles, desechó todo signo que pudiese prestarse a confusión con otro, y sólo conservó para formar su serie fundamental las combinaciones que hacían bajo el dedo imágenes claras. Y así desechó los signos que hemos numerado, 3, 4, 6, porque aislados podían confundirse entre sí y con el signo 1; desechó igualmente los signos 5 y 15, porque el primero recordaba demasiado al signo 2, y el segundo al 7. Por eso la serie fundamental se presenta en definitiva bajo la forma que conocemos.

Consideraciones semejantes, es decir, el cuidado de lograr una lectura ágil, explican por qué Braille formó su tercera serie añadiendo dos puntos en la parte baja de la primera, cuando hubiera podido añadir primero el punto a la derecha del rectángulo generador, posibilidad que no usó más que para su serie cuarta (cf. fig. 9). Temió seguramente confusiones entre ciertos signos (por ejemplo, entre el primero y tercero de la serie II y el primero y tercero de la serie IV) y, más generalmente, entre un signo de una de esas series y el correspondiente en otras, en los casos de escritura algo defectuosa. Quizá pensó que el inconveniente sería menor si la serie formada con el punto de abajo a la derecha se reservaba a las letras acentuadas.

(97) Evidentemente P. Henri alude al braille en el sentido en que se lee (N del t).

(98) Tomamos esta disposición del señor Dechaux. Históricamente nada nos asegura que Braille realizase semejante cuadro.

Los buenos lectores a quienes la práctica de la música y de los diversos sistemas de abreviatura han acostumbrado a distinguir todos los signos simétricos o parecidos, se reirán de tales temores; pero los que por haber perdido tarde la vista tienen dificultad al leer con los dedos comprenderán y agradecerán que se pensara en disminuir las posibilidades de confundirse. No olvidemos que Braille, cuando hizo la primera edición de su *Procedimiento* sólo lo había experimentado con algunos ciegos desde pequeños, cuyo tacto estaba perfectamente ejercitado. No podía saber de qué modo las otras categorías de ciegos iban a reaccionar, sobre todo, los que perdieron la vista ya adultos (99).

Tal como estaba, con sus imperfecciones, con la complicación que suponía la mezcla de puntos y rayas en las últimas series, el alfabeto de 1829 representaba ya un indiscutible progreso sobre lo hecho por Barbier. Iba a proporcionar, sobre todo, una base excelente de experimentación para la segunda edición del *Procedimiento*, publicada, en 1837 que tendría en cuenta sus resultados.

Entre ambas fechas parece que trabajaron mucho, ensayaron mucho y experimentaron mucho los internos de la Institución, y en tal fermentación, la parte de actividad y las aportaciones propias de Braille seguramente fueron las mayores. Sin embargo, siempre escrupuloso y honrado como era, en la *Advertencia* que pone al principio de la edición de 1837, escribiría: "Aprovechamos esa circunstancia (la de que la primera edición se había agotado) para añadir aquí observaciones útiles e ingeniosas aplicaciones debidas a la amabilidad de varios ciegos distinguidos".

(99) Cómo el propio Braille leía el braille, es una pregunta a la que no podemos responder. Si hemos de creer a Guilbeau, *souvenirs de ma vie d'élève* (inédito). Coltat, el amigo de Braille, lo leía con trabajo, cosa que se explica por la edad en que lo aprendió.

Carecemos de documentación para jalonar las etapas de esa evolución; pero, sin embargo, el Museo Valentín Haüy posee dos interesantísimos folletos, titulados uno *Géographie de l'Asie*, y el otro *Géographie de la France*, ambos fechados en 1832 y con la indicación de "Imprimerie mobile de M. Hayter" (100).

Las letras son muy grandes: la distancia entre la parte alta de dos puntos es por lo menos de 3 mm, en tanto que en la actualidad es sólo de 2,4 ó 2,5 mm. El braille de dichos folletos es el del alfabeto de 1829, y así, los signos de puntuación están representados por los de la primera serie con una rayita lisa debajo (quinta serie del cuadro, *lámina II C*). En cuanto a los números, no están representados por los signos de la quinta serie, formados en su mayoría por rayitas, sino por los de la primera, precedidos del signo que hoy llamamos "de número o numérico".

Braille, para hacer posible la escritura con punzón de las series que llevaban rayas lisas había previsto (edición de 1829, p. 13) que ese signo tendría la "propiedad de elevar cuatro grados la serie del signo al que precede", de suerte que los 10 de la primera serie precedidos del de número representaban los correspondientes de la quinta, esto es, las cifras.

Sabemos asimismo (101) que el alfabeto de puntos de Braille se utilizó a partir de 1830 en las clases para escribir los deberes, iniciativa feliz que iba a hacer caer en desuso los caracteres que llevaban raya, difíciles de escribir.

La penuria de material hizo que en aquella época se escribiese más que se imprimía en braille, y eso fue lo que debió hacer abandonar en seguida la sexta serie de 1829 para representar en su lugar los signos de puntuación por los de la primera escritos en la parte baja del cajetín, lo que ha venido a constituir la quinta serie del alfabeto tal como habitualmente se presenta ahora y como lo hayamos en todos los diccionarios.

Este alfabeto, así como lo esencial de una nueva musicografía figuraban ya en 1834 como algo definitivo, puesto que están en las 36 páginas añadidas hacia esa época a las 32 de la edición primitiva.

La Institución Nacional conserva un ejemplar de esa versión ampliada, precioso por dos motivos: porque fue el ejemplar personal de Braille y porque prueba una transición entre la primera y segunda ediciones del *Procedimiento*.

(100) Trátase de Henry Hayter, nieto del miniaturista inglés Charles Hayter e hijo de sir George Hayter, retratista de moda en la Corte de Francia durante la Restauración y que llegaría a ser primer pintor de la reina Victoria. Cuando Henry Hayter quedó ciego se reeducó en la Institución Real de Jóvenes Ciegos de París, donde fue alumno de Braille al que, según se dice (cf. Guilbeau, *Hist. de l'Inst.*, p. 47), hizo observar que se le había olvidado la *w* en su alfabeto, lo que explica la posición de dicha letra al final de la cuarta serie en el alfabeto de 1829. El texto de Guilbeau hace creer que esa letra se añadió en 1836, o al menos entre 1829 y 1837, lo que es un error puesto que figuraba ya en su sitio en el alfabeto de 1829.

(101) Pignier. *Essai historique*, p. 107.

El texto de 1837 es mucho más claro que el de 1829. Se ve que Braille, durante esos ocho años, ha madurado su proyecto. Renuncia a las explicaciones largas y a los comentarios, prefiriendo los cuadros que resultan suficientemente expresivos por sí mismos. El que ocupa las páginas 6 y 7 permite localizar en un momento el o los valores que se atribuyen a los signos. Hasta la z, los signos no tienen más que su valor alfabético; pero después algunos tienen doble y hasta triple significado: ç-ieu, ù-oin, etc. La raya lisa ha desaparecido y los signos de puntuación se representan igual que en la actualidad. Una sola diferencia: al igual que hoy en mecanografía, hay un solo signo para abrir y cerrar las comillas.

Más adelante (p. 18), se dice cómo se han de representar las cifras, las cuales, de acuerdo con una regla ya en germen, según hemos visto, en el sistema de 1829, se representan por los signos de la primera serie precedidos del que hoy llamamos numérico. Si los signos matemáticos no son exactamente los que los ciegos utilizan en nuestros días, eran bastantes para cubrir las necesidades de la aritmética y el álgebra elemental. ¿Quién en tiempo de Braille, se hubiera atrevido a tener más altas pretensiones?

Así, pues, la segunda edición del *Procedimiento* fija el alfabeto, los números, los signos ortográficos; dota a los ciegos de un sistema estenográfico; resuelve sus necesidades escolares y literarias; pero hace más aún: Les proporciona una notación musical coherente que, en sus grandes líneas, forma lo esencial de la actual musicografía braille internacional.

En 1829, a pesar de lo que el título de la obra significaba de promesas, el *Procedimiento para escribir las palabras, la música y el canto llano* no innovaba nada. Valentín Haüy, como sabemos, no había encontrado mejor solución al problema que la de hacer repujar las partituras ordinarias para que resultasen en relieve. Su lectura, por otra parte, resultaba muy difícil y, además, eran muy caras de hacer. Por todo esto Guillé, como recordaremos, prefería hacer tararear la música a sus alumnos a ponerlos a descifrarla.

Algo más tarde, Galliod, a quien Guillé había dejado en los Quinze-Vingts como maestro de capilla, imaginó una notación muy sencilla en la cual las características de los himnos y de los salmos se representaban por series de cifras. Las hojas que hizo imprimir según ese sistema se usaban todavía por los *chantres* de los Quinze-Vingts en 1885.

Hacia 1819, los repetidores de la Institución Real idearon y pusieron a punto un procedimiento imitado del de J. J. Rousseau: las 25 letras del alfabeto y las cinco vocales acentuadas representaban una escala de 30 notas suficiente para cubrir con amplitud lo que cabe dentro de un pentagrama y sus líneas adicionales; una nota con sostenido se representaba por la mayúscula correspondiente o por algún otro acento; una nota con bemol, con una mayúscula invertida, y el becuadro, por las comillas.

Todo aquello, ciertamente, era muy ingenioso, por lo menos para quien leyese con facilidad esa clase de signos, pero bastante impreciso en cuanto a la indicación de los valores: para representarlos, en efecto, lo mejor que se les había ocurrido era dejar después de la nota un espacio mayor o menor según el valor que tenía, un cuadratín, medio cuadratín, etc.

En 1829, Braille no modificó esencialmente este sistema, contentándose con sustituir las letras minúsculas que representaban las notas naturales, por los caracteres correspondientes de su alfabeto, y tomar de su *Procedimiento*

algunos otros signos. Por ejemplo (102), en lugar de la distancia variable adoptada para representar los valores, propuso indicarlos mediante los siete primeros signos de su séptima serie que, como se recordará, llevaba puntos y rayas. Proporcionaba asimismo un signo para el sostenido, otro para el bemol, y otro para el becuadro. Parece que en este camino no fue muy seguido por los demás, puesto que en 1831 se publicó: *Nouvelle méthode á l'usage des aveugles, pour représenter la musique au moyen de lettres, de chiffres, etc., par les élèves de l'Institution Royale des Jeunes Aveugles, Paris, imprimé par les Jeunes Aveugles* (Nuevo método para uso de los ciegos para representar la música por medio de letras, cifras, etc., por los alumnos de la Institución Real de Jóvenes Ciegos, París, impreso por los Jóvenes Ciegos), procedimiento en que no figura signo alguno braille. La razón de ello es, quizá que ya por entonces Braille había ideado en sus grandes líneas una notación musical que la segunda edición de su *Procédé* iba a dar a conocer (103).

Hasta entonces seguían más o menos apegados al principio de la notación de los videntes, y si no trazaban ya pentagramas en relieve, tendían a representar de una u otra manera la posición de las notas en el pentagrama.

Rompiendo resueltamente con ese modo de simbolizar la altura de los sonidos, al igual que Barbier había roto con el uso de caracteres hechos para la vista, Braille partió de un principio diferente: el teclado del piano y la escala. En dicho teclado, las siete notas de la escala se repiten en el mismo orden, de octava en octava, así es que bastaba para representar esos siete sonidos con tomar siete signos consecutivos de una misma serie Braille y encontrar otros siete signos o "claves de octava" que se pondrían cuando ésta cambiara en una sucesión de notas. En cuanto a los valores, nada más fácil: no había más que atribuir tal serie a tal valor, y tal otra a otro. Ciertas consideraciones hicieron que Braille eligiese los signos números 4 a 10 de cada serie para indicar los grados de la escala de do: los de la primera, para los corcheas; los de la segunda, para las blancas y las fusas; las de la tercera, para las redondas y las semicorcheas y, por último, los de la cuarta, para las negras y las semifusas (fig. 10).

(102) *Procédé*, edición de 1829, p. 17.

(103) Si hemos de creer a Guilbeau (*Essai sur l'histoire de la Musicographie Braille*, "Le Valentin Haüy", 2, 1922, p. 26), los condiscípulos de Braille fueron quienes le animaron a hacer esta nueva adaptación de su alfabeto; Braille, según se dice, vaciló bastante al principio en hacerles caso. Guilbeau seguramente sabía ese detalle por los contemporáneos de Braille que había conocido siendo joven. Según Pignier (*Essai historique*, p. 138), Jaillet, después organista en Rennes, fue quien colaboró con Braille para esta aplicación a la musicografía de su sistema.

		Ut	Re	Mi	Fa	Sol	La	Si
	ou							
	ou							
	ou							
	ou							

Fig. 10.- Cuadro de las notas y valores. Los signos de la 1.^a línea están también en las siguientes, en las que añadiendo puntos suplementarios se indica el cambio de valor. Examinando el compás se evita toda confusión entre las redondas y las semicorcheas, las blancas y las fusas, y las negras y las semifusas.

Las series del sistema Braille, como sabemos, derivan unas de otras por la añadidura de uno o dos puntos en la parte inferior del signo, por lo que la figura correspondiente al sonido de las notas permanecía siempre igual aunque el valor cambiara, ya que entonces las variaciones afectaban sólo a la parte inferior.

Otros signos tan coherentes como éstos servían para representar los silencios, las alteraciones, los acordes, etc.

Un verdadero sistema estaba, pues, a la disposición de los músicos, quienes no sólo podían leerlo mejor que los anteriores, puesto que se componía únicamente de signos que convenían muy bien al tacto, sino que, además, podían escribirlo en la pauta Braille corriente, sin necesidad de material especial. Desde hace más de un siglo -hoy, añade el traductor, podríamos decir de siglo y medio- ese sistema se sigue usando en el mundo entero. El Congreso que en 1929 estableció una "Notación Musical Braille Internacional" no hizo más que aportar pequeñas modificaciones de detalle.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

CAPITULO IV

LA ORIGINALIDAD DEL SISTEMA BRAILLE SU DIFUSIÓN

Como ya dijimos, no han faltado gentes amargadas que han reprochado a la *Institution Nationale* y, más generalmente a los ciegos, haber pretendido eclipsar el nombre de Barbier, el vidente, en provecho del de Braille, el ciego. Como prueba damos a continuación una página de *Les Emmurés* (Los Enclaustrados), novela de Lucien Descaves. Esta obra naturalista se publicó primeramente en folletín en *Le Journal*, en 1894 y pone en escena a ciegos, y transcurre sobre todo en la *Institution Nationale des Jeunes Aveugles* y en la entonces naciente *Association Valentin Haüy*: Annette, casada con un ciego, ha inventado también su sistema de escritura que, según piensa, va a destronar al braille (104). No ha sido bien recibida por la comisión encargada de examinar su proyecto, y se expresa de este modo:

"No pienso seguir chocando contra los prejuicios sistemáticos de un mundillo hostil a todo progreso que no proceda de sus adherentes. La Institución no es en el fondo más que una sociedad de bombos mutuos, en la que la ceguera se agrava con otra peor: la ceguera moral...

Ahora bien, ¿quién sabe si Luis Braille hubiera madurado su famoso sistema sin las semillas que sembró Carlos Barbier, verdadero Cristóbal Colón de ese Américo Vespucio? ¿Y Valentin Haüy, el primer maestro de ciegos? ¡Vidente como Barbier!: No importa; Braille es el no va más, ofrece la panacea anagliptográfica (105): es un antiguo discípulo de la Institución, la cual vive de él. ¡Bueno! Puesto que los ciegos quieren tanto a su Braille, que se lo guarde; que sigan con ese alfabeto de presidiarios para corresponder secretamente con sus amigos de afuera. (106)".

Evidentemente Luis Braille es para los ciegos un símbolo, el símbolo del ciego que libera de un gran obstáculo a sus hermanos de infortunio. La confianza en sí mismo y la de los demás son tan necesarias a los ciegos para el éxito en la vida, que ven como venido del cielo el hecho de deber a uno de ellos la liberación intelectual. Si Braille no es un puro símbolo, ya que su alfabeto está ahí como una patente realidad, es por lo menos un "símbolo puro": imposible encontrar en su vida nada que pueda parecerse a vanidad o espíritu corporativo. Además, cuando Annette habla de un "alfabeto de presidiarios", el reproche apunta más bien a Barbier, cuyo sistema era esencialmente una "escritura secreta".

(104) Hoy podemos poner nombres reales a cada uno de los personajes de la novela Annette representa en parte a Mlle. Mulot, que fue directora de la Escuela de ciegos de Angers y cuyo sistema de escritura metió mucho ruido en su época.

(105) Braille no es responsable de ese nombre bárbaro de "anagliptografía" por el cual Levitte, censor de estudios en la Institución, designó después la escritura en puntos de relieve.

(106) Lucien Descaves, *Les emmurés*, 2ª edición, 1925, p. 288-289.

Si Annette hubiera sido algo más culta y menos pedante, habría sabido dos cosas:

1.^a No son los ciegos, al principio, sino los videntes, quienes oponen Braille a Barbier. Fueron Pignier, Dufau, Guadet... quienes proclamaron en sus escritos los méritos del nuevo alfabeto, y no por vanidad o por gloria de su Institución, sino porque, como directores o jefes de enseñanza de una escuela de ciegos, se daban perfectamente cuenta del inmenso servicio que Braille acababa de hacer a sus hermanos.

2.^a No fue con los ciegos con quienes el propio Barbier tropezó, sino con los videntes. Pignier escribe (107) hablando de la sonografía: "M. Barbier, como muchos inventores... termina quizá por exagerar el mérito y la utilidad, sin embargo reales de su invento. Acaso también su espíritu se exhaltó en este punto, ya que sus exigencias se hacían cada vez mayores". En efecto, en 1821, Barbier presentaba su sistema como accesorio y secundario; en tanto que en 1825 lo presenta como "base fundamental de la enseñanza".

Si, como dijimos en el capítulo III, la gloria de Carlos Barbier desde el punto de vista psicológico, fue el descubrir que el punto en relieve es lo único que satisface las exigencias de la lectura táctil, no podríamos hablar, sin embargo, de intuición genial, porque, no lo olvidemos, la "expeditiva francesa" estaba destinada a los militares y a los diplomáticos, y ese sistema, concebido para videntes, tenía ya puntos que se podían hacer con el lápiz, o la pluma. Si se le ocurrió la idea del relieve, no fue pensando en los ciegos, al principio, sino en la necesidad que podía tener un oficial en campaña de enviar mensajes durante la noche, -de donde el nombre de "escritura nocturna"- sin tinta ni lápiz, así como de multiplicar rápidamente el número de copias por simple perforación. Barbier, pues, no hizo más que llevar a los ciegos un sistema pensado para los videntes, y en esto tiene más mérito que Valentín Haüy, ya que éste, para que los ciegos pudiesen leer se contentó con reproducir en relieve los caracteres de imprenta comunes. Si el punto triunfó sobre la letra corriente, ¿No será porque tenía que triunfar?

Que esto haya sido o no efecto de la casualidad, que Barbier llegase a pensar en los ciegos inducido o no por los sabios que examinaron su invento, cuyas conclusiones hemos reproducido anteriormente, lo cierto es que el capitán comprendió que los que no ven necesitan una escritura especial.

En un folleto que debe datar de 1830 (108) esto es, que es posterior a la aparición del sistema Braille, Barbier escribió la siguiente frase que, por otra parte se puede aplicar tanto al braille como a su propio sistema: "Una escritura privada, adecuada a su situación, es la única que realmente les conviene: hasta ahora, nadie se ha ocupado de ello".

(107) Pignier, *Essai historique*, p. 102.

(108) *De l'Instruction des aveugles*, París, imprenta Huzard-Courcier, en 12.º, 12 págs. sin fecha, pero conteniendo el informe de la Academia de Ciencias firmado Cuvier y Molard y fechada el 11 de enero de 1830.

Los derechos de Barbier a la prioridad no son discutibles, y si alguien lo dudase no tendría más que comparar fechas: 1821-1823, Barbier aplica los principios de su sonografía a un sistema de escritura para ciegos; 1825-1829, Braille ultima su alfabeto. Bastaría también con recordar el testimonio del propio Braille, que hemos citado al principio del capítulo anterior. Mas entre el Barbier y el Braille existe mayor parentesco que la anterioridad, hay verdadera filiación:

1.º En el propio principio de ambos sistemas, a saber: el empleo de puntos en relieve.

2.º En la plantilla del signo: el rectángulo generador de todos los caracteres Braille es exactamente, como sabemos, la mitad del rectángulo en que se encuadran los signos Barbier, y además está orientado en igual sentido. Hubiera podido no estarlo, y hasta así ha ocurrido, como veremos, en América donde durante cierto tiempo se utilizaron signos hechos sobre un cajetín con dos puntos de alto y tres de ancho.

3.º En cuanto a la técnica, Barbier es indiscutiblemente el inventor de la regleta y la pauta de surcos. El informe que hizo la Academia de Ciencias firmado por los señores Prony, Molard y Bréguet, en 1820, reprochaba a Barbier haber hecho construir una máquina demasiado complicada para hacer sus signos. Barbier aprovechó la lección, y si la sencillez del material (*fig. 11*) que los ciegos usan para escribir sorprende siempre, se debe indudablemente a esa circunstancia.

Coltat dice que Braille realizaba de cabeza todas sus combinaciones; sin embargo, la existencia previa del material Barbier hizo posible la experimentación, la difusión y dar a conocer su sistema a sus compañeros y sus discípulos.

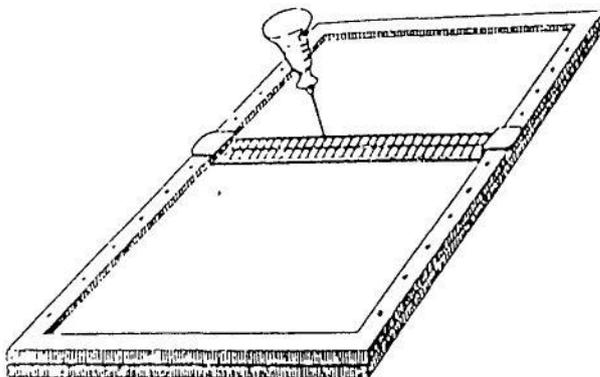


Fig. 11.- Pauta Braille con su punzón en posición

Pero hay más: el Museo Valentin Haüy posee una pieza curiosísima cuya antigüedad, según Guilbeau se remonta a 1826. Es una auténtica regleta Barbier convertida en regleta Braille por la simple añadidura de una barra que parte en dos cada cajetín de la rejilla Barbier. Los paleontólogos le llamarían un tipo de transición (compárense las *láminas II D* y *III C*).

4.º En la combinación de rayas y puntos que constituye la característica del alfabeto Braille de 1829.

Sabemos, en efecto, que Barbier había ideado un cuadratín que tenía en un extremo una media luna y en el otro una raya lisa. Superponiendo la media luna y la raya en diversas posiciones se llegaba a representar los 36 sonidos de la expeditiva.

5.º En el hecho de que, desde el principio, el sistema Braille tiene una estenografía indudablemente derivada de la Sonografía Barbier.

Por nuestra parte, no dudamos, pues, en proclamar que sin Barbier, quizá nunca hubiéramos tenido a Braille. En aquella época se continuaba pensando que había que ceñirse al principio enunciado por Valentin Haüy: "Es menester aproximar todo lo posible el ciego al vidente (109)". Se aplicaba esa máxima a la lectura de los ciegos y se empeñaban en hacerlos leer caracteres que descifraban trabajosamente. Barbier tuvo el mérito de liberarse de tal principio y de liberar al propio tiempo a Luis Braille, lo que no es poco para un vidente.

Como ya lo hemos hecho notar, a falta de Braille, algún otro hubiera perfeccionado sin duda el sistema elaborado por el capitán Barbier.

Pero es que Braille hizo mucho más que perfeccionar; modificó hasta el mismo fundamento del sistema, esto es, inventó; así que si los ciegos no se lo deben todo, le deben lo mejor. Barbier contaba con sus ojos, mientras que Braille sólo tenía sus dedos. De ahí ese rectángulo de seis puntos tan perfectamente adaptado a las necesidades del tacto: un punto de más en altura o en anchura y el signo resultaría menos legible.

Y no es sólo una pobre sonografía lo que el joven ciego sacó de sus 6 puntos, sino un alfabeto, un alfabeto completo igualito al de los videntes, y además una notación matemática elemental, una notación musical y, por si fuera poco, una estenografía. En una palabra: ¿no podemos decir con Pignier: que "modificar así las cosas no es perfeccionar, sino inventar"? (110).

(109) V. Haüy, *Essai sur l'éducation des aveugles*.

(110) Pignier, *Not. biogr.*, p. 14.

El propio Barbier, en una carta que, desde luego no carece de reticencias, rindió homenaje al joven inventor. El 31 de marzo de 1833 le escribe: "He leído con mucho interés el método de escritura ideado por usted para uso de las personas que carecen de vista, y nunca aplaudiré bastante el bondadoso sentimiento que le impulsa a hacerse útil a los que comparten su infortunio. Lo hubiera empleado para dar a usted las gracias si no me hubiera sido preciso cierto tiempo para poder servirme de él con facilidad... Es hermoso, a su edad, empezar como usted lo ha hecho, y puede esperarse mucho de los inteligentes sentimientos que le guían". Y el 15 de mayo del mismo año, en una nota que envía a la Dirección de la Institución Real y que estaba destinada a figurar en una nueva edición de su *Escritura nocturna* -como se ve, no se daba por vencido- Barbier dice lo siguiente: "M. Luis Braille, joven alumno y hoy repetidor en la Institución Real de París, ha sido el primero a quien se le ha ocurrido la feliz idea de reducir la escritura de puntos a una regleta con tres surcos. Así, los caracteres ocupan mucho menos y se ven mejor, de modo que, en este doble aspecto, se le debe un servicio realmente esencial... Además, M. Braille ha dado a su método otras aplicaciones, lo que le hace recomendable en un establecimiento cuya misión es ocuparse de todo cuanto concierne a la instrucción de los chicos ciegos (111)".

Después de haber escrito esto, Barbier, si hubiera jugado limpio, debiera haber abandonado la partida.

En lo que Edgard Guilbeau, fundador del museo Valentín Haüy, llamó la "Ascensión del Braille" hemos de distinguir tres periodos:

- 1.º Triunfo del braille en la Institución de París.
- 2.º Extensión del braille a las lenguas europeas.
- 3.º Su aplicación a las lenguas extraeuropeas.

(111) Citado por Pignier, *Not. biogr.*, p. 15, al igual que el texto precedente. Le gustaría a uno saber lo que pudo haber tras los puntos suspensivos que representan los cortes que Pignier hizo.

Respecto a la utilización del braille en la propia escuela donde nació, se ha dicho que hicieron falta más de 25 años para que se impusiera, dándose la fecha de 1854 como la de la adopción oficial del braille en Francia (112). Se ha hablado también de un eclipse del sistema, pero hay que ponerse de acuerdo sobre lo que se entiende por ese pretendido eclipse. Entre 1825 y 1840, durante el mandato de Pignier, no sería justo decir que la administración de la escuela fuese hostil a la nueva escritura. Como hemos visto, en 1827 se permite la transcripción en braille de unos fragmentos de una gramática entonces clásica, y a partir de 1830 se autoriza el uso del braille en las clases para los ejercicios escritos. Las dos ediciones del *Procedimiento* se hicieron en la imprenta de la Institución, de la que llevan la marca oficial. Como pronto veremos, un poco después, el segundo de esos dos volúmenes se hizo pensando claramente en dar a conocer el sistema y facilitar su difusión en el extranjero. En 1834 se exhibieron textos en braille por la propia administración de la escuela en la Exposición de los Productos de la Industria que aquel año se celebró en la plaza de la Concordia. Evidentemente ya se apuntaba por entonces a un reconocimiento oficial del nuevo procedimiento de escritura, el cual se menciona en los informes que el director de la Institución envía al ministro el 31 de mayo de 1833, el 31 de marzo de 1837 y el 27 de septiembre de 1839 (113).

Por último, en 1837, la imprenta de la Institución Real publicó un compendio de Historia de Francia, en tres enormes volúmenes, lo que claramente indica que en aquella fecha, tras una docena de años de experimentos parecía que se orientaban francamente hacia el uso del braille para todas las necesidades escolares.

El primer tomo es un grueso volumen que, a pesar de no tener más que 152 páginas de formato 22 por 28, pesa más de 1750 gr., encuadernación y tapas comprendidas. Las hojas están pegadas reverso contra reverso, tal y como se venía haciendo con los libros impresos en relieve lineal hacia la misma época. Cada página tiene 27 renglones de unos 34 espacios por término medio. La distancia entre la parte alta de dos puntos consecutivos o, lo que es lo mismo, entre el fondo de dos surcos inmediatos, es de 25/10 de milímetro, poco más o menos la que se sigue usando hoy, y la que se empleó en un libro de poesías impreso en 1828 en sonografía Barbier. A imitación de la tipografía en tinta, "justificaban" la composición, cosa que se ha seguido haciendo durante muchos años en la imprenta de la Institución de París (114).

(112) Cf Sir Clutha Mackenzie, *Rapport sur la situation mondiale du système Braille* (presentado en nombre de la UNESCO, el 20-9-49), p. 5.

(113) Cf Pignier, *Essai histor.*, p. 107 y p. 253.

(114) En España también, en lo que se imprimió en nuestro Colegio Nacional así como en Valencia en la segunda mitad del siglo pasado y los primeros años del actual. El naciente Museo Tifológico de la ONCE conserva libros en los que esto puede verse (N. del t.).

Hay que decir, si hemos de ser francos, que tal "justificación" no tiene el menor interés para el dedo del lector, y en cambio tiene el inconveniente de que obliga al tipógrafo a estrechar ciertos signos y a estrechar o ensanchar algunos espacios. La lectura braille resulta así muy incómoda a veces, ya que no se respeta la uniformidad de los cajetines de dicha escritura. Por eso, como decimos, la lectura del libro de 1837 que antes hemos mencionado resulta dificultosa para nuestros modernos dedos. El espacio entre palabras suele tener la anchura de medio signo, lo que no ocurre cuando la "justificación" obliga a que sea mayor. En cuanto al espacio entre renglones es algo menor que el adoptado hoy.

El primer libro impreso en Braille lleva por título *Précis sur l'histoire de France divisée par siècle, accompagné de synchronismes relatifs à l'histoire générale places à la fin de chaque règne*, por L. C. y F. P. B., 10.^a edición.

Una primera cuestión se nos plantea: ¿Por qué el primer libro impreso es una obra de historia, y no, por ejemplo, un método de lectura o una gramática? Acaso sea porque ya había libros de lectura y de gramática en relieve lineal. Quizá también, sencillamente, porque los textos de historia son largos y su transcripción a mano en braille, con pauta y punzón, tomaba mucho tiempo en las clases, por lo que se hacía sentir la necesidad de una obra de este género impresa. En todo caso, la publicación de ese Compendio de historia tiene interés desde otro punto de vista. Según el Catálogo de los impresos de la Biblioteca Nacional (de Francia), L. C. es Luis Constantin (en religión, F. Anaclet), F. P. B. es Mathieu Bransiet (en religión, F. Philipe). Esto que parece no tener importancia para la historia del braille, la tuvo, sin embargo. Dos corrientes se enfrentaban entonces en la Institución Real: el director Pignier era acusado de clericalismo por su adjunto Dufau, el primer maestro. Más tarde, Guadet en su *Instituí des Jeunes Aveugles* (115) no da (p. 93) la lista de las obras impresas bajo el mandato de Pignier más que con la intención de probar que entonces no se imprimía más que libros piadosos u obras procedentes de las ediciones de la "buena prensa". Cosa notable, no cita el compendio de Historia de 1837, sin duda porque creyó útil redactar uno nuevo que se imprimió algunos años después, aunque en relieve lineal esta vez, en un momento en que el sistema braille sufría una especie de "caída en desgracia oficial". Siempre que las cuestiones confesionales se han mezclado con las pedagógicas, la enseñanza de la historia se pone en primer plano. Tales discusiones no nos interesan ahora, mas tuvieron el mérito de suscitar tres obras respectivamente de Guadet, Dufau y Pignier, en orden cronológico, donde podemos hayar preciosos detalles sobre los orígenes del braille.

Estuvieron a punto de comprometer para siempre la difusión del sistema, ya que, como veremos ahora, tuvieron bastante que ver con la destitución de Pignier, director que tan bien había comprendido todas las ventajas del procedimiento.

(115) Esta obra se publicó primeramente en los *Annales de l'éducation des sourdsmuets et des aveugles*, editados Eduardo Morel, no apareciendo en volumen hasta 1849. A esta última edición es a la que nos referimos.

En 1840, en efecto, Pignier, a quien acusaban de corromper a la juventud mediante la enseñanza de la historia, fue prematuramente jubilado, y su segundo, Dufau, que ocupó su puesto, no se mostró al principio tan favorable al nuevo sistema. Si hubo eclipse del braille, fue únicamente entre 1840 y 1850, esto es, durante los 10 primeros años de la dirección de Dufau; pero tal eclipse no fue más que parcial. Desechado para la escritura literaria el sistema braille, conservó oficialmente sus "derechos de ciudadanía" para la escritura musical. Si en el *Oficio de difuntos* que se imprimió en 1838 (M. V. H., n.º 478) se sigue usando la notación lineal, los *Principios de Armonía*, de Gauthier (M. V. H., n.º 1404), Los *Estudios de Cramer* (M. V. H., n.º 1413) y la *Colección de cánticos a tres voces*, de Gauthier (M. V. H., n.º 1413 bis) los tres publicados en 1839, ofrecen la particularidad de que el texto literario está escrito en letras comunes de bulto, en tanto que la música está en braille. Esa solución híbrida se siguió adoptando por Dufau, puesto que, en 1841 se imprimió así un *Método de piano* de Lemoine (M. V. H., n.º 1414) y, en 1845 el *Método de Kalkbrenner* (M. V. H., n.º 1415). Del citado método de Lemoine, añade el traductor, el naciente Museo Tifológico de la ONCE posee un ejemplar ofrecido por mí.

Durante todo ese tiempo, alumnos y profesores ciegos de la *Institution* se servían de la escritura braille para todas sus cosas personales. Y, sin embargo, se ha pretendido que lo hacían a escondidas de la Dirección, cosa que, en verdad, no es muy creíble. En el Museo Valentín Haüy hay unos manuscritos de aquella época, en alguno de los cuales que es un Viacrucis, aparece bien visible la siguiente indicación: "Transcrito por J.-P. Lamirault, alumno de la Institución Real, 1844". Se pregunta uno, pues, cómo podrían ocultarse para producir braille, escritura ruidosa y que, además, necesita un material especial para poderse hacer.

A partir de 1847 en la *Institution* se volvieron a imprimir textos exclusivamente en braille, primero sin pie de imprenta, pero luego con él, en todo caso, hechos siempre en los locales y con el material de la imprenta de ese establecimiento; *Petit Solfège* (M.V.H., 1410, en 1847 probablete); *Office noté* (M.V.H., n.º 1431; en 1849); *Imitation de J.C.* (M.V.H., n.º 1434; en 1849).

Hecho aún más significativo: en los palmarés de la *Institution*, aparece un premio de escritura, en 1849 en el departamento de chicos, y al año siguiente, en el de chicas, cosa que no había ocurrido desde hacía 30 años, desde los tiempos heroicos en que, en la *Institution*, se empeñaban en conseguir que los ciegos trazasen con lápiz los caracteres de la escritura manuscrita de los videntes. La concesión de un premio en escritura braille supone que se enseñaba en las clases ese sistema, prueba evidente de que se reconocía de modo oficial (116).

Dufau, por otra parte, no había de tardar en confesar públicamente la superioridad de los caracteres braille sobre los ordinarios en relieve lineal imitados de los que se usaban entonces en Edimburgo y en Filadelfia y que él había tratado de imponer en París.

(116) El artículo III del reglamento interior de 28 de octubre de 1843 tiene en cuenta para las clases elementales la "Enseñanza de la escritura en puntos". Lo que no sé es si se trata de la escritura braille propiamente dicha o de la que el mismo autor ideó para representar en relieve por medio de puntos las letras ordinarias. Sobre ese procedimiento, véase cap. V.

Mientras que en la primera edición (1837) de su obra, Dufau no dice ni una palabra del braille, en la segunda (1850) dedica al sistema varias páginas elogiosas.

En el solemne reparto de premios que tuvo lugar el 17 de agosto de 1852, declara: "Ella (la muerte) nos ha robado uno de nuestros profesores, el hábil y excelente Luis Braille, a quien los ciegos deben ese descubrimiento tan sencillo como fecundo, que es la escritura en puntos de relieve y que posibilita realmente todos sus éxitos" (117).

Por si esto fuera poco, Dufau acababa de encargarse a un ciego, Rémi Fournier, la organización como imprenta braille de la que allí existía.

Esta serie de fechas y de referencias quizá no interese más que al historiador. No obstante, se desprende de ellas que el braille se impuso, no por un conjunto de influencias, sino por su propia virtud, por un impulso interno y por el entusiasmo de los que, al usarlo, comprobaban diariamente su auténtico valor, así como por el reconocimiento por parte de los videntes responsables de la educación de los ciegos. Todos veían los innegables progresos que su adopción producía.

Hay un hecho que, en rigor, simboliza el entusiasmo de los ciegos por el nuevo procedimiento: cuando en 1837 se decidió imprimir en braille el *Précis d'histoire de France*, del que antes hemos hablado, se mandó realizar, diríamos grabar, por economía, un único "punzón" (118) para fundir un solo tipo con los seis puntos, en un gran número de ejemplares. Y fueron los alumnos y repetidores ciegos quienes, con martillo y cincel, iban quitando los puntos que sobraban para constituir una auténtica caja tipográfica: unos hacían "aes", otros "bes", otros "erres" etc, y así gracias a la fe y a la paciencia que animan a los verdaderos pioneros, consiguieron tener todo el material tipográfico necesario para la impresión de la obra (119).

Y este material improvisado es el que muy probablemente se siguió usando para la tipografía braille en la Institución hasta 1854, fecha en que se imprimió en dicho sistema un método de lectura en lengua portuguesa (M.V.H., n.º 1439). Esta vez sí que se hicieron grabar todos los "punzones" necesarios para la producción de los diferentes caracteres, ya que fue el emperador del Brasil en persona, Don Pedro II, quien sufragó de su bolsillo el costo del trabajo, especialmente la fundición de los nuevos tipos.

(117) Palmarés, 1852, p. 7.

(118) En el sentido en que aquí se emplea, la palabra "punzón" es lo que sirve para hacer los moldes tipográficos (N del t).

(119) No sé si el lector captará bien lo que esto supone de paciencia. Yo sí, porque justamente para saberlo lo he hecho. Estoy, pues, en condiciones de decir como nuestro Lope "Quien lo probó, lo sabe" (N del t).

Esa fecha de 1854 puede ser considerada como el punto de partida de la difusión del braille fuera de Francia. Ya, con vistas a tal difusión, la segunda edición del *Procedimiento* (1837) presentaba (p. 5 a 18) la oración del Padrenuestro en seis lenguas (latín, francés, italiano, español, alemán e inglés), con texto correspondiente en relieve lineal en la columna de al lado (lámina III B). Y sabemos (120) que ese volumen se envió a todas las instituciones para ciegos existentes entonces: Filadelfia, Glasgow, Edimburgo, Bruselas, Madrid, Pest (parte de la actual Budapest), Copenhague, etc.

El padre Carton, director de la escuela de Brujas, dedica al braille un comentario en cada uno de los tomos de la obra que publicó acerca de los ciegos y los sordomudos en 1838 y 39 (121). Pero sobre todo Guadet (122) contribuyó muchísimo a difundir el braille por el extranjero. Apreciaba ese sistema al cual, en 1844, cuando la inauguración del nuevo edificio de la Institución en el Bulevar de los Inválidos, consagró un importante trabajo explicándolo (123).

De 1855 a 1863, publicó *L'instituteur des aveugles*, periódico muy estimado por los educadores extranjeros, en el que varias veces (124) trató de las ventajas del procedimiento braille.

A pesar de toda esa propaganda, la ascensión del braille fue lenta, ¡tan tenaz era la idea de que los ciegos no debían tener un alfabeto distinto al de los videntes!

La Suiza francófona dio ejemplo, ya que en 1852 el braille hizo su aparición en el *Asile des Aveugles* de Lausana, recién fundado (1843). Los alumnos no tardaron en apreciar sus muchos méritos, tanto que, en 1858, se empleó ya oficialmente en las clases. El director Hirzel sólo dio la preferencia a ese sistema después de haber hecho un viaje de estudios por Francia, Alemania e Inglaterra. En 1860 fundó la imprenta braille del Asilo, que, el 31 de diciembre de aquel año, publicó el primer libro impreso en braille fuera de Francia (125), un Evangelio según San Juan, al que pronto siguieron, en 1861, un Silabario y una Geografía (M. V. H., n.º 1454).

(120) Pignier, *Essai historique*, p. 107.

(121) Abbé Carton, *Le sourd-muet et l'aveugle*, t. I, 1837, p. 223; t. II, 1839, p. 81.

(122) Sobre José Guadet (1795-1880), cf. M. de La Sizeranne, *Guadet et les aveugles*, Tournon, 1885.

(123) *Annales de l'éducation des sourds-muets et des aveugles*, 1844, p. 80 a 91.

(124) Véase principalmente t. I. (1855-1856), p. 68-75-93-116-121; t. II (1856-1857), p.95-141-162.

(125) Desde 1835, esto es, casi desde su fundación, el Instituto de Woluwe-Saint-Lambert, próximo a Bruselas, imprimió en Braille, aunque al parecer, únicamente música.

En 1866 la prensa de Lausana había producido seis obras escolares en francés, 5 en alemán (probablemente las primeras impresas en esa lengua) y esa prestigiosa edición de la Biblia, versión protestante de Osterwald, en 32 imponentes volúmenes en 4.º (35 x 25), 24 para el Antiguo Testamento y 8 para el Nuevo, o sea 4.600 páginas con un peso total de más de 60 kilos, comprendida la encuadernación (126).

En los países germánicos, el braille -al menos en su forma original- necesitó 40 años para triunfar. J.-W. Klein, fundador de la institución de Viena, conocía ya su existencia en 1837 (127), y Knie, fundador de la escuela de Breslau, en 1841. Esas dos personalidades, sin embargo, no fueron favorables a su generalización, porque le reprochaban que levantaba un muro suplementario entre ciegos y videntes. Reconocían que el Braille presentaba indiscutibles ventajas para los ciegos, pero rechazaban un sistema no apto para la vista, puesto que los videntes no lo podían leer sin tomarse el trabajo de aprenderlo. Como Köhlin (128) habría de decir, exigían del pobre un gran esfuerzo en beneficio del rico.

La autoridad de Knie, sobre todo, se invocaba porque era ciego y además profesaba la opinión de que "para enseñar a los privados de vista hay que servirse en todo lo posible de los procedimientos descubiertos por ellos". No obstante, en 1858, Knie, influido sin duda por Guadet, insertó un alfabeto Braille al final de la quinta edición de su libro (129), y, al propio tiempo, contribuía a propagarlo comentándolo en el "Órgano" de los Establecimientos de Sordomudos y Ciegos.

Una nueva emboscada, sin embargo, esperaba al sistema francés. Jugando al puzzle, como otros antes lo habían hecho, con los caracteres braille, Saint-Marie, de Leipzig, fabricó un alfabeto en el que los signos que tienen menos puntos representaban las letras más usadas en alemán.

La primera serie del sistema venía así a representar: **e, n, r, u, i, l, p, g, d, f.**

La economía de puntos era, más o menos, el 20%, pero ello no era ninguna ventaja más que para la escritura con punzón y no daba ninguna ganancia de espacio puesto que el número de signos seguía siendo el mismo.

De todo esto resultó que el Primer Congreso de Maestros de Ciegos (Leipzig, 1873) hubo de enfrentarse con una gran confusión.

(126) Cf. L. Bolli, *Chronique de l'asile des aveugles de Lausanne* (1843-1943), Lausana, 1944.

(127) J.-W. Klein, *Geschichte des Blinden-Unterrichtes und der den Blinden Gewidmeten Anstalten in Deutschland* Viena, 1837.

(128) Fundador de la Escuela de Ciegos de Ilzach, cerca de Mulhouse. Como ciego que era preconizó desde 1864 las ventajas del braille y lo defendió vigorosamente en el Congreso de París (1878).

(129) Knie, *Anleitung zur zweckmaessigen Behandlung blinder Kinder.*

En Austria, por ejemplo, el plan de estudios del 16 de septiembre de 1867, aprobado por el Ministerio de Instrucción Pública, introdujo el uso del braille en la Institución Imperial y Real de Viena (130); pero el director del establecimiento, Pablasek, siguió siendo partidario de hacer estudiar simultáneamente el braille y los caracteres romanos.

En el Segundo Congreso (Dresde, 1876), 14 escuelas se pronunciaban todavía por el braille adaptado al alemán, y sólo 11 por el braille original. Más adelante veremos cómo el Congreso de París iba por fin a inclinar la balanza en favor de este último.

En Inglaterra, la adopción del Braille fue particularmente ardua. En 1868, 4 sistemas por lo menos de caracteres ordinarios en relieve (Moon, Fry, Alston y Grall) y dos estenográficos (Lucas y Frere) se disputaban el favor de los directores de las escuelas inglesas de ciegos. Y fue cuando intervino el Dr. Armitage, fundador de la "British and Foreign Blind Association for Promoting the Education of the Blind".

Comenzó por hacer admitir que sólo los usuarios, o sea los ciegos, estaban calificados para decidir el sistema de escritura que les convenía. El comité que creó estaba formado únicamente por ciegos que practicaban al menos tres de los sistemas entonces en uso y entre los cuales tenían que elegir. En mayo de 1870, el comité se pronunció a favor del braille como procedimiento de escritura, reservando una forma modificada del sistema Moon (lámina IV C) para los impresos en relieve lineal.

El braille habría de imponerse pronto, tanto para los impresos como para los manuscritos.

En 1871, entre 46 obras dedicadas en su mayoría a la educación de ciegos a domicilio, el braille sólo se menciona en el prospecto de una; en 1883, gracias a la enérgica acción del Dr. Armitage, así como a sus publicaciones, la primera de las cuales -bien modesta- databa de 1870, casi todas las escuelas de ciegos inglesas habían adoptado el sistema francés (131).

(130) Cf Al Mell, *Geschichte des K K Blinden Erziehung Institutes in Wien*, Viena, 1904, p. 183.

(131) Cf Armitage, *Education and Employment of the Blind*, 2ª edición, Londres, 1886.

En 1878 se celebró en París un importante Congreso Universal para mejorar la suerte de los ciegos y los sordomudos. La Comisión H había sido encargada de "estudiar los diversos métodos de impresión y de escritura, con miras a la unificación de los sistemas". Alemania, Inglaterra, Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, Italia, Suecia y Suiza estaban representadas en él. Sus conclusiones, formuladas por M. Meyer, director de la Escuela de Ciegos de Amsterdam, fueron ampliamente discutidas en la sesión plenaria que se celebró en las Tullerías, pabellón de Flora, el 27 de septiembre de 1878, por la tarde. Después de haber dejado aparte el Moon como sistema principal y de haber desechado una proposición del americano Smith que quería que en cada lengua se escogieran los signos más rápidos de escribir para representar las letras más usadas (132) -lo que equivaldría a crear tantos alfabetos como idiomas-, la Comisión tuvo que sufrir un último asalto de los partidarios de poner pura y simplemente en relieve los caracteres ordinarios. Su portavoz, el inglés Johnson, seguía opinando : "El braille convencional, especial, separa al ciego de los videntes... Debe, pues, darse el primer rango a los caracteres romanos en relieve (133)". Por último, después de que el director Meyer hubo concretado: "Proponiendo la adopción del sistema braille, entiéndase bien, el Braille no modificado, nos referíamos a él exclusivamente" (134).

Tras larga discusión, "el Congreso, sigue diciendo el informe (p. 153), se pronuncia en favor de la generalización del sistema braille no modificado" , decisión capital en la que se apoyarían ulteriormente todos los partidarios de la universalización del orden en que están clasificados originalmente los signos del sistema.

Desde el siguiente año (III Congreso de Maestros de ciegos, Berlín, 1879), Alemania aplica íntegramente este procedimiento, renunciando a los sistemas disidentes.

De todos los países de lenguas europeas, los Estados Unidos fueron los únicos que tardaron mucho en seguir el movimiento general. Hacia 1885, la situación de los impresos en relieve era allí muy confusa. En San Luis se utilizaba el braille y los caracteres romanos en relieve; en Filadelfia, el braille, el Moon y las letras romanas; en Boston, estas últimas y el "braille americano", formado de los mismos signos que el braille original, pero dispuestos según la opinión de Smith de que antes hablamos, esto es, en un orden que se estimaba más conveniente para la lengua inglesa. En todas las demás instituciones se usaban en competencia los caracteres romanos y el "New-York Point" o "Wait System"

(132) Véase su memoria en el informe de los trabajos del Congreso, París, Imprenta Nacional, 1879, p 287 Hay que observar que algunos trabajos contemporáneos han hecho ver que los signos braille más fáciles de leer no son los que tienen menos puntos, sino los que hacen mejor imagen (cf sobre esto Burklen, *Blindenpsychologie*, Leipzig, 1924).

(133) Cf Informe del Congreso, p..145.

(134) Ibid , p. 148.

Hacia 1866, Russ, director de la escuela de ciegos de Nueva York, pensó que tumbando horizontalmente el eje mayor del rectángulo generador del signo braille, se ahorraría espacio, y edificó sobre tal principio una especie de estenografía Su sucesor Wm. B. Wait, recogió la idea y estableció un alfabeto (fig 12) en el que los caracteres tenían sólo dos puntos de alto y, en cambio, tres de ancho como máximo en las letras minúsculas, y cuatro para las mayúsculas y los signos de puntuación Así se ahorra espacio (aproximadamente el 25%), pero, entre otros inconvenientes, la lectura era mucho más incómoda porque el signo caía peor bajo el dedo

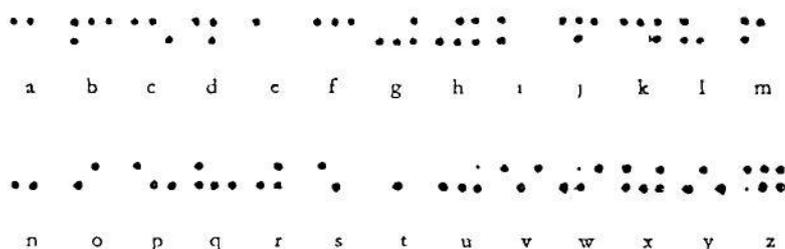


Fig. 12 - Alfabeto Wait Disposición horizontal de los caracteres

La lucha se entabló primeramente contra los caracteres romanos Los partidarios de esa solución seguían tercamente aferrados al principio de Valentín Haüy, según el cual era necesario que el ciego no se distinguiera del vidente por su sistema alfabético A esto Wait contestaba preguntando qué acercaba más al ciego del vidente los caracteres que éstos podían leer fácilmente pero que los ciegos sólo descifraban con dificultad, o un sistema especial, pero que les permitía acercarse a la velocidad de lectura de los que ven.

Luego la cosa fue entre los partidarios del braille puro y los del braille americano. Hacia 1890, Hall inventó una máquina de escribir y otra de estereotipar que servían para ambos sistemas, y entonces los defensores del Wait blandieron sus "kleidógrafos", aparatos que permitían escribir más aprisa el "New-York Point".

Dos circunstancias estuvieron a punto de dar la victoria al "New-York Point" Wait gozaba de mucha influencia sobre los directores de escuelas Se formó así una mayoría, y la *American Printing House for the Blind* de Louisville, sostenida con los fondos federales, imprimía con toda naturalidad lo que la mayoría pidiese. Además, las tasas que pesaban sobre la importación de libros en braille clásico impresos en Inglaterra, perjudicaban mucho a la difusión del sistema allí. Pese a todo esto y gracias a su propia virtud, el braille clásico acabó por triunfar. Había que terminar de una vez con aquel despilfarro de tiempo y dinero que era, por ejemplo, publicar una misma obra o una misma revista en tres alfabetos diferentes.

El Congreso de Little Rock (1910) marcó desde este punto de vista un giro decisivo, y desde 1917 ya no hubo más que un solo sistema de escritura para ciegos: el braille original.

Dos fechas importantes jalonan todavía la historia de la expansión del braille: 1929, 1949.

En 1929, una comisión de especialistas reunida en París, en la sede del "American Braille Press", formada por representantes de Alemania, Inglaterra,

Estados Unidos, Francia, preparó una Notación musical Braille internacional. Hacia mucha falta porque sin hablar de los ensayos esporádicos (135) y decisiones que nunca se aplicaron (136), dos clases de ediciones se disputaban el favor de los impresores, ya que no siempre el de los usuarios. Alemania, Francia, Italia y todos los países que se proveían de música Braille en París, permanecían fieles a la notación unificada que se estableció en el Congreso de Colonia (1888), notación que, salvo en algunos detalles, era la que habían ultimado los profesores de la Institución de París y que Levitte había presentado en el Congreso de 1878.

Por otra parte, el *National Institute for the Blind* de Londres, actuando como "caballero solo", en plena guerra mundial, e inspirándose en el sistema propuesto por el escocés Stericker en 1912, publicaba en 1917 un nuevo código para la escritura de la música en relieve.

La verdad es que no había divergencias en lo referente a los signos fundamentales ideados por Braille para representar las notas, los valores, los silencios, etc. (1837), sino únicamente en la manera de colocarlos. Tales diferencias tenían por base una dificultad de orden psicológico: la lectura táctil exige una disposición exclusivamente horizontal de los caracteres, lo cual no crea problema alguno cuando se trata de transcribir un texto literario cuyos signos se suceden alineados renglón por renglón. Pero ¿cómo arreglárselas para perder lo menos posible las ventajas que para el vidente tiene la superposición en altura de los caracteres musicales y, cuando llega el caso, de las palabras? Ahí es donde empieza el problema, al que se han dado varias soluciones, según las épocas y los países y, además, las preferencias personales (137).

Ese problema va unido también a una cuestión pedagógica: la de encontrar la mejor forma para facilitar la asimilación por un lector ciego de un texto musical, y, a la vez, va unida a un problema práctico, el de poder "descifrar", o sea, leer a "primera vista", repentizar mediante el tacto.

Esto es muy interesante para los cantores, ya que conservan libres ambas manos; para los profesores de música que han de poder seguir con una mano la partitura al mismo tiempo que, con la otra, observan el "doigté" y la posición del alumno; y, en fin, para los organistas que pueden acompañar con una sola mano y eventualmente con el pedal.

(135) Ensayo Savary-Mahaul (Jersey 1886) Notación musical del sistema Wait (cf *Key to the New-York Point*, Nueva York, 1893, p. 10).

(136) Congreso de Dusseldorf, 1903.

(137) Justamente, el hecho de que se haya intentado resolver la cuestión de varias maneras, prueba que ninguna de ellas es plenamente satisfactoria. Por lo que toca a mi experiencia personal, debo decir que, cuando estudiaba armonía y contrapunto, prefería escribir cada voz en una línea, lo que me permitía seguir mejor su marcha (N del t).

En las primeras ediciones de música en braille (138),-suprimían pura y simplemente todo lo que podía hacer más lenta la lectura (indicaciones de matiz, articulación, dedos, etc.).

Después (1860-1870), los profesores y los profesionales en general se hicieron más exigentes, aunque fue a expensas de la rapidez de la lectura musical. Por eso Ballu, ya en esa época (139) se inclina hacia imprimir la misma obra en dos ediciones: una simplificada y otra completa. Al principio, (*Études* de Cramer, 1839), escribían alternativamente una línea braille de mano derecha y una de mano izquierda. En 1852 (*Études* de Kalkbrenner), optaron por escribir alternativamente frases más o menos largas de una y otra mano, disposición que se sigue usando en Francia y otros países, mientras que en Inglaterra prefirieron y prefieren escribir alternativamente lo que corresponde a un compás de una y otra mano (sistema "bar and bar"), primero lo de la mano izquierda y luego lo de la derecha (140).

Divergencias similares van a surgir al transcribir obras con música y palabras. La edición de 1837 del *Procédé* de Luis Braille reproduce una romanza de Loisa Puget: la correspondencia entre la música y las palabras, escritas alternativamente por frases, se asegura mediante letras.

Para escribir el canto llano, Ballu ideó hacia 1876 poner cada palabra e inmediatamente las notas que le corresponden. Este modo de imprimir adoptado en las ediciones francesas de gregoriano en braille, trata de sustituir una lectura sucesiva pero rápida de palabras y música a su percepción simultánea (fig. 13).

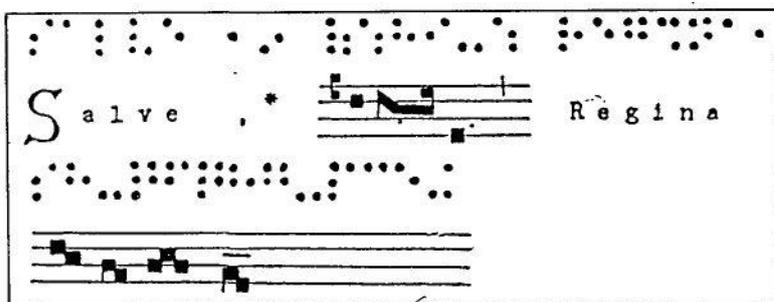


Fig. 13.- Texto en Gregoriano. Palabras y música en correspondencia alternativa.

(138) Véase principalmente *Etudes Kalkbrenner et exercices de Cramer* (Inst Nat, 1852).

(139) Cf Guilbeau, *Essai sur l'histoire de la musicographie Braille* ("Le Valentin Haüy", 1922, p. 27).

(140) La alternancia compás por compás se practicó en Francia ya en 1892 (Soeurs Aveugles de Saint-Paul) El compás de mano derecha precedía al de mano izquierda, lo que contribuyó seguramente a no tomar en serio la prueba.

Parece que satisface a los buenos lectores, bien entrenados en su práctica, la mayoría de los cuales prefieren no tener que seguir más que la música cuando la están interpretando, y confiar las palabras a la memoria. A estos les convendría quizá más frecuentes alternancias entre palabras y música, o, como a veces han propuesto, disponer palabras sin música, línea por línea o yuxtaponiéndolas.

El hecho de tener que escribir necesariamente (141) de modo horizontal los acordes, al no satisfacer del todo, dio lugar también a soluciones variadas. Como ya hemos visto, Braille ideó unos "signos de intervalo" (segunda, tercera, etc.) que, colocados inmediatamente después de una nota indican los acordes que dicha nota lleva. Con el fin de resaltar más, por una parte, el canto, y por otra, el bajo, pensó que era mejor escribir subiendo los pertenecientes a la mano izquierda, y bajando los de la derecha.

En Bélgica, Instituto Real de Woluwe Saint-Lambert, al lado de Bruselas, así como en Inglaterra (código de 1917), los acordes se escribían siempre subiendo (142). Hacia 1855 Gabriel Abreu, profesor ciego de música en el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos de Madrid, ideó un sistema que se estuvo usando en España durante 50 años. Tenía el inconveniente de emplear 4 puntos de alto en lugar de tres, y Guadet lo combatió mucho en sus *Instituteur des aveugles* (Enero de 1857, t. II, p. 90). Sin embargo, en ese sistema se resuelve de modo plenamente satisfactorio el problema de la escritura de los acordes (143).

(141) En el Tratado de Armonía de Roussel (*Inst. Impér. de París*, 1860), los acordes están escritos superponiendo las notas, lo mismo que en tinta.

(142) Esta disposición fue considerada también al principio por Braille, y figura en el apéndice que añadió, probablemente hacia 1834, a la edición original de su procedimiento (cf. más arriba, p. 60)

(143) Aquí, si algún lector compara las líneas que siguen en esta versión con las originales del autor, advertirá una patente divergencia, por lo que me creo en el deber de explicar a qué se debe.

En el original del texto que sigue hay evidentemente un error -el único que he hallado en la obra-casi seguramente debido a una falsa información.

Cuando, a poco de publicarse este libro lo leí en su original francés, advertí el error y, durante una de las frecuentes y cordiales entrevistas que el autor y yo teníamos cada vez que yo iba a París, se lo hice notar, explicándole donde estaba y como debería corregirse Pierre Henri lo anotó cuidadosamente con vistas a una posible segunda edición y así quedó la cosa hasta que llegamos a vislumbrar la posibilidad de que se publicara en Madrid, traducida por mi, una versión española, esto es, hacia 1958, fecha en que él me envió este apéndice que ahora publicamos y entonces, recordando la entrevista de que antes he hablado, quedamos en que subsanaría el error Así lo hago, pues, sabiendo que cuento con la plena conformidad del autor.

En el sistema Abreu los acordes no se representan por signos de intervalo sino por las notas reales sin indicación de su valor, puestas inmediatamente después de la primera del acorde que es siempre la más grave, ya que en dicho sistema los acordes se escriben siempre de abajo a arriba Los cuatro puntos de arriba, esto es, el 1, 2, 5 y 6, se emplean para representar las notas

por los mismos signos que en braille, en tanto que esos mismos signos escritos con los cuatro puntos de abajo (los números 3, 4, 7 y 8) sirven para marcar los siete valores, de la redonda a la semifusa.

Otra ventaja indiscutible del sistema Abreu es la facilidad con que se puede escribir el canto con palabras, ya que basta poner después de cada nota la sílaba a la que afecta, escribiéndola con los puntos inferiores, es decir, 2, 3, 4, 6, 7 y 8.

En cuanto a lo que se usó en España, fue desde luego bastante más de 50 años, puesto que en 1940 el Colegio Nacional de Ciegos de Madrid publicó una edición de esa musicografía ampliada y algo reformada por una comisión de profesores de dicho establecimiento presidida por D José M^a Franco A mi entender, puede calcularse en unos 80 u 85 años lo que el sistema se usó, siendo, además, curioso que su empleo varió mucho según las provincias así, por ejemplo, mientras que en Cataluña y Baleares no se empleó nunca, en Valencia, Madrid, las dos Castillas, Galicia y Vascongadas se siguió empleando mucho tiempo.

Tanto en el Museo Tifológico como en el Archivo Musical de la ONCE pueden hallarse obras escritas en Abreu (N del t).

Hacia 1920, otro profesor de música ciego, el mejicano Alejandro Mezza, pensó que las notas de los acordes podrían representarse por sus signos propios, escritos con los cuatros puntos inferiores del cajetín braille. Esto implicaba una verdadera revolución en la estructura del sistema, y quizá por eso no se tomó en cuenta la idea; pero es lástima que Braille no propusiera esa solución al principio, puesto que ya es evidentemente muy tarde para pensar en cambio semejante, hoy que el stock de música en braille es ya tan considerable en el mundo entero.

Si bien es verdad que en todas partes donde los ciegos leen lo hacen mediante el "sistema" braille, ya que la experiencia ha probado que es el más adecuado a lo que el tacto pide, también lo es que no siempre escriben con el "alfabeto" braille. Cuando en un país de lengua no europea se ha querido adaptar el alfabeto local al uso de los ciegos, se ha procedido frecuentemente así: se ha hecho coincidir el alfabeto local con el cuadro de los signos braille, y a la primera letra se ha atribuido el primer signo; a la segunda, el segundo, y así sucesivamente hasta que las letras se terminan. El procedimiento es, como se ve, de lo más simplista, y la hermosa simetría del cuadro realizado por Braille invita a seguirlo. Se pensaba que así los jóvenes ciegos y los que perdieron la vista, conociendo por una parte su alfabeto y habiéndose asimilado por otra fácilmente el orden de los signos del sistema, aprenderían con más rapidez a leer. Sin embargo, así se llegaba a un resultado singular: la tercera letra del alfabeto árabe tradicional, por ejemplo, corresponde al sonido t del alfabeto romano, y resultaba representada en braille por un signo -el tercero del cuadro- correspondiente a la c de dicho alfabeto, y esto bastaba para descolocar todas las siguientes. Aún hay más; resultaba que en un mismo país, por ejemplo, la India, a consecuencia de la multiplicidad de dialectos, cada cual con su alfabeto particular, el mismo sonido se representaba de modo distinto en braille según la región.

En 1949 y a petición precisamente del gobierno de la India, la UNESCO se ocupó del problema, encargando a Sir Clutha Mackenzie de realizar un estudio previo histórico-crítico. Del 15 al 21 de diciembre de dicho año, un Comité de Expertos, reunido en París, en la sede de la UNESCO, sentó los principios que habían de presidir a la uniformización de los diferentes alfabetos braille, principios que fueron adoptados en marzo de 1950 por una conferencia más general. En junio del mismo año los hindús renunciaron a la posición que habían tomado en 1947 (144) y aceptaron las recomendaciones de la UNESCO. En Febrero de 1951, en Beirut, el mismo resultado se lograba para las lenguas árabes.

(144) *Report of the Expert Committee... on Uniform Indian Braille...*, Nueva Delhi, 1947.

La obra de la UNESCO no está todavía terminada ni mucho menos. La aplicación del braille a las lenguas del Extremo Oriente plantea problemas particularmente difíciles. En Japón, donde la escritura es silábica, se ha realizado una curiosa adaptación del braille, en la cual la serie fundamental está formada por tres puntos en lugar de cuatro, como en el braille clásico (fig. 14). En la antigua Indochina (actuales Vietnam del Norte y del Sur), cuya escritura está romanizada desde hace varios siglos, se practica el alfabeto braille desde 1899. En China, donde se han propuesto varios alfabetos, el problema de los sonidos se complica con el de los tonos, los cuales difieren de una región a otra. Por último, las lenguas llamadas "tribales" de Africa o de otras partes necesitarán también un día su adaptación.

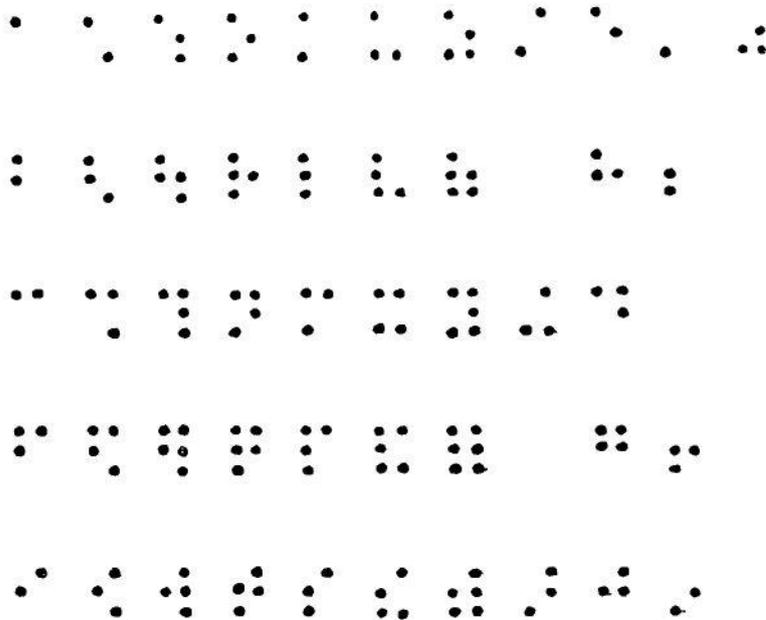


Fig. 14.- Adaptación del braille a la escritura silábica japonesa. Los signos de la primera columna constituyen la serie fundamental (tres puntos como máximo), y los signos de las columnas siguientes derivan de ellos.

Cuando una misma lengua se habla en varios continentes, es muy importante que, no sólo el alfabeto, sino también el código de abreviaturas utilizadas en braille sea el mismo. En 1932 se llegó a un acuerdo para el inglés entre imprentas británicas y americanas. No sucede lo propio con el español, ya que en Argentina se utiliza un sistema de contracciones bastante diferente del que se usa en Madrid (145).

Por último, la unificación de las notaciones matemáticas y científicas, iniciadas en el Congreso de Viena (1929), está por hacer todavía (146).

(145) Del 26 de noviembre al 2 de diciembre de 1951, los hispanoamericanos y los españoles se pusieron de acuerdo en Montevideo para utilizar un sistema uniforme de braille abreviado, y los portugueses y los brasileños hacían por su parte otro tanto.

(146) Esa será una de las tareas del Consejo Mundial del Braille, instituido por la UNESCO para resolver los problemas que pueda plantear la escritura de ciegos.

La técnica de la producción del braille queda fuera, en rigor, de nuestro propósito actual. Sin embargo, aunque el asunto fue tratado en 1917 por G. Pérouzer (véase *Le livre de l'Aveugle*, París), han pasado tantos años desde entonces y es tanto lo que la técnica ha adelantado que no estará de más dedicarle un capítulo en el apéndice que publicamos al final de esta obra. Por ahora, nos contentaremos con indicar brevemente cómo se han ingeniado los ciegos y sus amigos para disminuir en lo posible los dos inconvenientes mayores del sistema: el espacio que ocupa y la lentitud de su manejo.

Como es sabido el braille ocupa mucho espacio. En 1 dm² no se puede meter más que unos 140 caracteres braille (147), en tanto que en 1 dm² del presente texto caben unos 1350. En el pasado, se pensó en reducir el tamaño de las letras: durante mucho tiempo, en Woluwe-Saint-Lambert, cerca de Bruselas, se empleó lo que llamaron "fin lignage" (rayado fino, 1'8 mm. entre las dos partes superiores de dos puntos consecutivos); mas hubo que volver al rayado adoptado por Braille (2'4 a 2'5 mm.), ya que algunos ciegos, sobre todo los que perdieron tarde la vista, leen difícilmente el conocido como "punteado belga".

Bien pronto (148), se preocuparon por utilizar ambas caras del papel. Se fabricaron pautas llamadas de "interlíneas", que, separando las líneas del anverso por una anchura igual a la altura de un signo, e insertando las líneas del reverso en esos intervalos, permiten recuperar la distancia que habría normalmente entre renglón y reglón, realizando así un ahorro del 35%.

Hoy en día se practica corrientemente la escritura "interpunto", que se hace posible gracias a un desplazamiento de la página escrita en el anverso., de tal manera que los puntos de la otra caigan exactamente entre los de ésta, y entonces el ahorro es del 100%.

La imprenta ha seguido y a veces precedido a ese movimiento. Cuando en 1849, aún en vida de Braille, Laas d'Aguen, vigilante del internado en la Institución Nacional, inventó la estereotipia en relieve, hacía solamente un cliché para cada hoja, imprimiendo naturalmente por una sola cara. Hacia 1867, Ballu y Levitte, cuyos nombres volveremos a encontrar, tuvieron la idea de hacer a la vez dos hojas metálicas superpuestas, la segunda de las cuales sirve de matriz al relieve que lleva la otra y recíprocamente en caso de que se imprima en interlínea. Esto se realizó desde 1875, aunque bien pronto cedería el puesto al interpunto (procedimiento Ballu, 1888) o a la tipografía también en interpunto (procedimiento Balquet, 1899).

(147) Si los caracteres de Valentín Haüy (50 por dm²) y los de Guillié (100 por dm²) ocupaban mucho más espacio aún, los de Dufau (250 por dm²) eran más finos, pero, como recordaremos, se leían con mucho más trabajo y no se podían escribir.

(148) La primera prueba se intentó en 1834 por Alejandro Fournier, el antiguo alumno de Haüy, que no hay que confundir con Rémy Fournier, a quien Dufau encomendó la organización de la tipografía braille de la Institución en 1852, tres meses después del fallecimiento del inventor.

Si el extranjero, al llegar más tarde al sistema braille, solo tuvo que aplicar los perfeccionamientos logrados en la Institución de París, le debemos en cambio las primeras máquinas de escribir en dicho sistema (Hall en América, Picht en Alemania, 1895).

Estos mecanismos sólo tienen 6 teclas (una para cada punto) y un espaciador permitiendo así hacer de una sola vez todos los puntos de cada letra, por lo que aumentan mucho la rapidez de la escritura. Mientras que con pauta y punzón es difícil superar las 50 ó 60 letras por minuto, no faltan los escritores bien entrenados que, a máquina, alcanzan el doble fácilmente y con mucho menor esfuerzo.

En cuanto a la rapidez de la lectura táctil, varía mucho según los individuos: los lectores mediocres han de contentarse con unas 60 palabras por minuto, pero son numerosos los ciegos que leen más de 100 palabras, por no hablar de las velocidades excepcionales, más raras pero ciertamente reales.

Para disminuir el volumen de los libros, aumentando al propio tiempo la rapidez de la lectura y la escritura, se emplean en todas partes sistemas de abreviaturas o contracciones. Las que el propio Braille ideó eran, como hemos dicho, del género *estenográfico*, entendiendo el término en su sentido estrictamente etimológico; la llamada "de Soissons", que apareció algo después, era muy poco ortográfica, mientras que la que Maurice de la Sizeranne creó en 1882 intenta serlo. Este sistema, amplificado en 1924 y revisado más tarde es el que sigue usándose en los países galoparlantes. En él se hallan no sólo abreviaciones de palabras corrientes (**b**, bien; **c**, ce; **f**, faire; **q**, que; **qq**, quelque; **qf**, quelquefois, etc, etc.), sino además contracciones de grupos de letras dentro de una misma palabra (**an**, **en**, **in**, etc; **br**, **cr**, **dr**, etc.). Hay que conocer bien el braille para comprender del todo lo ingenioso que es todo esto y la economía de tiempo y de espacio que con ello se logra. Los signos son, en todo lo posible, evocadores, esto es, que por una particularidad cualquiera, recuerdan lo que significan. Si nos referimos al alfabeto braille (*fig. 9*, p. 58) y consideramos, por ejemplo, que el signo formado por los puntos 1, 4, 6, así como el formado por los puntos 2, 5, se derivan de la letra **c**, comprenderemos por qué el primero de los tres significa en escritura abreviada **ce**; el segundo, **cet**; el tercero, **con** o **cr**.

Todo esto parecerá sin duda bien confuso a los no iniciados, y el braille abreviado, un sistema muy difícil de aprender; pero esto no es más que una apariencia. Por una parte, bajo el dedo del lector ciego, lo mismo si lee en braille *integral* que en braille *abreviado*, se crean estructuras táctiles tan automáticas e inconscientes que, muy frecuentemente, si, con el libro cerrado, preguntamos al lector si el libro está o no en abreviatura, no sabrá decirlo.

Por otra parte, la inmensa mayoría de los libros que llenan las estanterías de las bibliotecas para ciegos están escritos en abreviatura, y, sin embargo, todos o la mayoría de tales libros han sido transcritos por copistas voluntarios, prueba patente de que el alfabeto braille y los sistemas que de él se han derivado, no son tan *esotéricos*.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

CAPITULO V

ULTIMAS INVENCIONES Y ULTIMOS AÑOS DE LUIS BRAILLE

Una vez que su alfabeto quedó definitivamente terminado, Braille no se contentó con ello: acababa de dotar a sus hermanos los ciegos del molde de leer más deprisa que antes, y, al propio tiempo, del modo de escribir, cosa que hasta entonces no habían podido prácticamente hacer. Esto era mejorar considerablemente para ellos las condiciones elementales indispensables para la adquisición de la cultura, dándoles además la posibilidad de corresponder entre sí. Sin embargo, si la escritura en relieve puntuado es lo único que responde a lo que el tacto exige, no es nada conveniente para la vista. Aunque un vidente puede asimilárselo muy rápidamente, leyéndolo con sus ojos incluso más deprisa que un ciego con sus dedos, así como escribirlo igualmente sin esfuerzo (149), no realiza las condiciones que exige una buena lectura visual. La letra es demasiado grande (150); se destaca únicamente por su relieve, es decir, por la sombra del punto sobre un fondo del mismo color, lo que hace que la lectura, a la larga, resulte fatigosa. Una página impresa en negro sobre blanco, por la variedad de tipos que en ella se emplean (mayúsculas, minúsculas, bastardillas, negritas, etc.), es un auténtico cuadro para la vista. Por el contrario, la página braille, con la multiplicidad de sus puntos moldeados todos en el mismo patrón, no forma imagen. Al vidente que lo mira por primera vez, le resulta francamente desagradable, y olvida con facilidad que no le parecería lo mismo si conociese el sistema y si cada signo tuviera para él un sentido.

No podríamos decir si Braille tuvo la intuición de la desesperante uniformidad de su escritura para los ojos que no tienen que practicarla diariamente y para un cerebro de vidente que no tiene el menor interés en montar las estructuras que el ejercicio y la necesidad construyen en el cerebro del ciego, cuando su dedo recorre aquellos misteriosos renglones de puntos.

El excelente buen sentido del genial inventor, sin embargo, no le habría clasificado desde luego entre los utopistas que, haciendo de su ceguera el centro del mundo, reclaman, aquí y allí y con cierta periodicidad, que el braille se enseñe obligatoriamente a los videntes en las escuelas primarias para que puedan escribirse con los ciegos y hasta transcribir libros para ellos.

(149) La mayoría de los volúmenes que llenan las estanterías de nuestras bibliotecas han sido escritos a mano o a máquina por copistas volúntanos y gratuitos que han aprendido, no sólo el braille integral, lo que no es verdaderamente más que un juego, sino los diferentes sistemas de escritura abreviada que permiten reducir el volumen de los libros a materna igual. Así, la biblioteca Braille de París tiene alrededor de 150 000 volúmenes manuscritos, la "National Library for the Blind" de Londres, otro tanto. Como se ve, no podría darse prueba más convincente de la facilidad con que un vidente puede practicar el sistema braille.

(150) 6 a 8 mm de altura por 3 ó 4 de ancho.

Sabía, sin embargo, que el aprendizaje de su sistema, pese a su fama de poco grato a la vista, no era más que un juego para cualquier chico. De acuerdo con el reglamento entonces vigente en la Institución admitían alumnos videntes que, a cambio de la instrucción que gratuitamente recibían, prestaban a los ciegos algunos pequeños servicios: les servían de acompañantes en las salidas, les escribían y leían la correspondencia, etc. Braille conocía bien las aptitudes de aquellos muchachos, puesto que, durante los cursos de 1831 a 1834, se le había encargado de enseñarles gramática y geografía (151).

Indudablemente, se interesaron desde el principio por lo que estaba haciendo su repetidor. Utilizados regularmente en la imprenta del establecimiento, ellos o sus sucesores fueron los que tipografiaron o hicieron los clichés de los libros en braille.

Si las personas que tienen cerca a un ciego pueden llegar a interesarse por el sistema de escritura que le es propio, esto no quiere decir en modo alguno que la mayoría haya de plegarse a las comodidades de una minoría, por otra parte, por fortuna, poco numerosa. Es a los ciegos a los que incumbe llegar a los videntes, y no viceversa.

Hoy día, la máquina de escribir, que se diría inventada especialmente para ellos, y que manejan sin que el aparato tenga que sufrir la menor adaptación, proporciona una solución elegante del problema; pero, en 1835, la mecanografía no existía aún. Para corresponder con los videntes sin ayuda de nadie, no tenían entonces otro medio que manejar la pluma o el lápiz, y para eso, como hemos visto, se hacía todo lo posible por enseñarles a hacerlo, si bien los resultados, como hemos visto igualmente, eran bastante mediocres. Braille, no obstante, parece haber practicado con bastante éxito la escritura a lápiz, como Pignier nos lo asegura y hasta añade: "Se han conservado, como precioso recuerdo algunas cartas escritas por él de esa manera (152)".

(151) Pignier, *Not. biogr.*, p. 11.

(152) Pignier, *Not. biogr.*, p. 18. Nuestras pesquisas para encontrar esas cartas han sido hasta el presente infructuosas, y lo deploramos tanto más, cuanto que, además de que poseeríamos así verdaderos autógrafos de Braille, esos documentos, por su contenido, nos habrían quizá informado sobre la personalidad de Braille, tan atractiva, al decir de sus amigos ¿Era él realmente uno de esos tres o cuatro ciegos de la Institución de París que, según el padre Cartón (véase más arriba, p 32), sabían escribir?. No podríamos afirmarlo. En su testamento, en efecto, figura la indicación "Después de nueva lectura al testador, que ha declarado no poder escribir ni firmar a causa de su ceguera".

Esa solución tan poco práctica no podía satisfacer al que había tomado como ideal el dotar a los ciegos de medios que les asegurasen su independencia. Sean los que fueren los esfuerzos que, tanto entonces como después, se hicieron (153) para hacer tangible la escritura a lápiz, para que los ciegos pudiesen controlar mediante el tacto lo que habían escrito, el rendimiento de tales tentativas fue siempre pequeño, no por motivos técnicos, sino por razones psicológicas, esto es, por las mismas que hicieron desear de todo procedimiento de lectura táctil la raya lisa, tanto curva como recta.

Era, sin embargo, esencial que el ciego no perdiese el control de lo que escribía (154) y que el vidente, aunque no gustase mucho de usar el braille, dispusiera de un aparato y un método poco complicados que le permitiesen enviar al destinatario ciego un texto que pudiera descifrar con los dedos.

Luis Braille fue también quien resolvió este problema. En 1839 se publicó un pequeño folleto de 16 páginas en 12.º impreso en negro: *Nouveau procédé pour représenter par des points la forme même des lettres, les caries de géographie, les figures de géométrie, les caractères de musique, etc., à l'usage des aveugles. Par Louis Braille, répétiteur à l'Institution Royale des Jeunes Aveugles.* ("Nuevo procedimiento para representar mediante puntos la propia forma de las letras, las cartas de geografía, las figuras de geometría, los caracteres musicales, etc., para uso de los ciegos. Por Luis Braille, repetidor en la Institución Real de Jóvenes Ciegos"). El principio de este procedimiento es esencialmente el de la tapicería o del bordado; se trata de un trabajo comparable al que hacían nuestras abuelas cuando marcaban a punto de cruz, sobre un cañamazo, y al que se entregan todavía colegiales y dibujantes cuando tienen que agrandar o achicar un dibujo. Hemos indicado en otra parte (155) la función de suplencia que desempeña el cálculo para el ciego que se dedica a trabajos manuales. Donde el vidente puede formarse una imagen mirando el modelo, el ciego cuenta agujeros, cajetines, casillas, líneas, hilos de trama (rejilla, zurcido), etc.

(153) Véase, por ejemplo, las pruebas del conde Beaufort (1882), que se guardan en el Museo Valentín Haüy en París.

(154) La máquina de escribir no resuelve este último problema. Por eso, en 1922, un ingeniero francés, ciego de la guerra de 1914-1918. M. Boquet, tuvo la idea de acoplar una máquina de escribir ordinaria y una de escribir en braille. Si el ciego utilizaba la primera, la segunda producía automáticamente el mismo texto en braille, y recíprocamente. Si esta invención no ha conocido los honores de la sene, ha sido sin duda por lo elevado de su precio (ambas máquinas más el mecanismo que las acoplaba eléctricamente). Quizás sea también por la segunda relativa que tiene el buen mecanógrafo ciego, al conocer bien su máquina, así como al saber las causas frecuentes de avería.

(155) *La vie des aveugles*, cap. III, p. 76.

Volvemos a hallar aquí al Luis Braille psicólogo por intuición, sin saberlo. Seguramente, cuando era contra maestre del taller de escaupines de orillo, tuvo que orientarse contando. Bien pronto comprendió así que para hacer realizar por ciegos la forma correcta de las letras que, sin ser complicadas, distaban mucho de la sencillez que necesita el tacto, no bastaba con presentarles los modelos en relieve, y si se hubiera puesto una cuadrícula orientadora superpuesta, no se habría logrado más que complicar la figura hasta el punto de hacerla ininteligible para los dedos. Era mejor establecer un cuadro cifrado que indicase -permítaseme la expresión- las coordenadas horizontal y vertical de cada punto, y eso fue precisamente lo que Braille hizo (lámina VII B).

Esta nueva iniciativa fue fecunda por lo menos desde dos puntos de vista: por un lado, suscitó la creación de aparatos que permitieran a los ciegos corresponder con los videntes y viceversa; por otro, constituye el punto de partida de toda una serie de procedimientos de escritura en relieve legibles por el vidente y controlables al propio tiempo por el ciego; por último, si la enfermedad no hubiera interrumpido sus trabajos, Braille hubiera quizá, partiendo de la misma idea, encontrado la solución de otro problema de máxima importancia para los compositores ciegos: la escritura musical en relieve según la notación de los videntes. Aunque su sistema de escritura específico para los ciegos estaba terminado desde 1825, Braille, como hemos visto, no se decidió a redactar la exposición del mismo hasta cuatro años después, tras minuciosa experimentación, y lo mismo hizo, siempre prudente y metódico, cuando se ocupó en buscar la solución del problema de la correspondencia entre ciegos y videntes. Para esto último, sin embargo, no disponía de ningún material, y tuvo que crearlo. Para indicar lo que hemos llamado más arriba las coordenadas de los puntos necesarios para reproducir fielmente la forma de las letras, hizo fabricar una rejilla, "regulador con huecos muy finos, dice Coltat (156), con la que pudo determinar exactamente la separación que debía haber entre los diferentes signos alfabéticos, así como el tamaño de cada uno de ellos". Al principio, -así lo esperaba el inventor- con ese aparato era con el que había que trazar las letras ordinarias en relieve, ya que para Braille el instrumento más sencillo y más barato -los ciegos no son ricos- era el mejor. Pero aunque con tal cajetín es una solución, contar es lento. Entonces es cuando intervino Foucault, un hospiciano de los Quinze-Vingts, de quien Braille era amigo -sus espíritus estaban hechos sin duda para comprenderse- y que tenía la pasión de las realizaciones mecánicas (157).

(156) Coltat, op. cit., p. 17.

(157) Curioso tipo de ciego el tal Francois-Pierre Foucault, un ejemplo de lo que más adelante (cap VI) llamaremos la "ceguera creadora". Nacido el 31 de octubre de 1797 cerca de Corbeil, quedó ciego a los seis años, fue alumno en la Institución Real, ingresó en los Quinze-Vingts en 1832 y el 17 de septiembre de 1871 murió en Rosny-sous-Bois.

Parece que estuvo poseído por el demonio de las invenciones y que encontró en esto su "compensación". Músico, perfeccionó una especie de trompa e inventó un contrabajo mecánico con teclas. Primero que otros, habría pensado en el ferrocarril, al que llamaba "chemin á coulise" (camino de corredera), así como en aplicar al telégrafo la electricidad. Lo cierto es que obtuvo tres distinciones de la Société d'Encouragement en 1843, una medalla de platino por su "placa con pistones", en 1849, una medalla de oro por la construcción de una máquina que algunos consideran como uno de los antecedentes de la moderna máquina de escribir, y otra medalla de oro en 1850. En 1851 ganó una "prize medal" en la Exposición Universal de Londres.

Foucault ideó en 1841 una máquina que hacía rápidamente y con seguridad las combinaciones ideadas por Braille para representar correctamente la escritura de los videntes. Braille se entusiasmó por esta solución y, siempre modesto, gustaba de llamar "Braille-Foucault" al sistema del que, en rigor el era también el inventor. El aparato al que Foucault llamó "planche á pistons" (placa con pistones) y al que Levitte bautizó luego con el nombre de "rafígrafo" (lámina VI A), producía al principio signos tangibles (158). Después se pensó -no sabemos si la iniciativa fue de Braille o de Foucault, dado lo estrecha que fue su colaboración (159) -que las letras podían presentarse directamente a la vista mediante la simple interposición de un papel de calcar. La descripción que Braille da del aparato en 1848 (160) nos hace ver que ha optado ya definitivamente por este último modo. Verdad es que al hacerlo así renuncia a una de las ventajas de su procedimiento de 1839: la posibilidad para el ciego de controlar su escritura. Seguramente el rafígrafo, al igual que hoy ocurre con la máquina de escribir, daba un margen de seguridad suficiente a quien lo sabía manejar bien. De hecho, durante la segunda mitad del siglo pasado, fueron muchos los ciegos que se sirvieron de ese medio para corresponder con los videntes. (Lámina VII A).

Sin embargo, el procedimiento no satisfacía del todo. El aparato era relativamente caro, y había que reconocer que la escritura era lenta.

Lo que Braille había hecho con Barbier respecto al sistema de escritura propio de los ciegos, otros iban a hacerlo con Braille respecto a este otro sistema. Para representar los caracteres ordinarios, Braille había juzgado suficientes las combinaciones que empleaban diez puntos de altura: cuatro para el cuerpo de la letra, tres para los trazos superiores y otros tres para los inferiores. Había pensado también en un sistema que no empleaba más que siete puntos de altura, si bien no había establecido su código de formación por parecerle que esa escritura era "más fina pero menos regular" (161).

(158) El Instituto Real de Sordo-Mudos y Ciegos de Brujas guarda cuidadosamente la carta que Braille escribió el 21 de mayo de 1842 al padre Cartón, fundador de esa escuela, mediante ese primer aparato Foucault, con objeto de darle a conocer ese procedimiento. Las señas, escritas del mismo modo, estaban tan claras que la carta, echada al correo en París el 22 de mayo, llegó a su destinatario al día siguiente en Brujas (lámina VI B). En su obra *Le sourd-muet et l'aveugle* (t II, 1839, p 252), Cartón señalaba ya que una carta escrita por Braille con la simple rejilla de que entonces disponía, había llegado a Brujas a los dos días.

(159) No obstante hay que observar que la idea de usar papel de calcar figura ya (p. 11) en el folleto de 1839 antes citado, a propósito de otro procedimiento de correspondencia con los videntes que Braille y otro ciego, Binet, habían ideado anteriormente.

(160) *Tableau chiffré destiné á faire écrire les aveugles avec les lettres ordinaires* (Cuadro cifrado destinado a hacer escribir a los ciegos con las letras ordinarias), París, 1848, p. 1-5, impreso en relieve lineal. En 1843, Braille había hecho ya imprimir en relieve un primer Cuadro cifrado.

(161) *Nouveau procede pour représenter par des points la forme même des Lettres*, (Nuevo procedimiento para representar por puntos la propia forma de las letras) 1839, p. 5.

Hacia 1865, otro profesor de la Institución, Victor Ballu (162), quien, además, había sido alumno de Braille, redujo el "decapuntos" a nueve puntos y el "heptapuntos" a cinco. Llegó a imaginar hasta un sistema de cuatro puntos de altura solamente e hizo construir una rejilla y luego una "regleta" barata con la que se podía producir a voluntad uno u otro de esos sistemas. El de cinco puntos se utilizó durante mucho tiempo por los ciegos franceses que no tenían máquina de escribir en tinta para corresponder con los dotados de vista.

En 1927, la Association Valentín Haüy reeditaba aún el método para escribir "en Ballu" (163).

Pero es que se ha ido todavía más lejos. Poco después de acabada la primera guerra mundial, un prelado de Mans, el Canónigo Nouét, y un oculista de París, el doctor Cantonnet, trabajando primero cada uno por su lado y luego juntos (164), concibieron el proyecto de figurar las formas de las letras usuales con caracteres puntuados que no tenían más que tres puntos de altura (fig. 15). Aquello era dar a los ciegos poco afortunados la posibilidad de utilizar simplemente el material de que se servían para escribir en Braille, ya que la rejilla de la pauta había de ser ligeramente modificada. Para escribir en Braille, el intervalo entre dos cajetines consecutivos está calculado de manera que la distancia sea ligeramente mayor a la que hay entre dos puntos pertenecientes al mismo signo. El Cantonnet-Nouét empleaba generalmente dos cajetines para representar una sola letra, por lo que hacía falta que la separación entre dos cajetines fuese igual a la de dos puntos hechos en el mismo. Braille habría seguramente renegado de semejante sistema de tres puntos de alto (165); porque los caracteres le habrían parecido demasiado esquemáticos, muy poco fieles.

(162) Víctor Ballu (1829-1907) fue también, lo mismo que Braille y que Foucault, un espíritu creador. Además de los sistemas de que aquí hablamos, los ciegos le deben la invención de una máquina de estereotipar (1851) un sistema de estenografía Braille. una ingeniosa regleta para escribir en Braille y algunas otras realizaciones. Espíritu que se interesaba por todo, sus memorias sobre las auroras boreales y sobre la "música óptica" llamaron la atención de la Academia de Ciencias, y sabios tan eminentes como Bréal, Havet y el padre Roussclot, se interesaron por sus trabajos de fonética. Al Arzobispo de Tours que le interrogaba cierto día sobre su carencia de vista y estaba convencido de que "considerándolo humanamente, aquello tenía que ser muy duro", le contestó "Hay en la vida tantas cosas que solicitan nuestra atención que sólo he pensado rara vez en ésta. La vista es una ventana por la que no he tenido todavía tiempo de mirar'.

(163) En España también se ha usado mucho tiempo la escritura "Ballu" . y lo mismo en Madrid que en Barcelona se vendieron hasta hace relativamente poco tiempo las regletas y las claves cifradas con que se escribía (N del t).

(164) Chanoine Nouet, *Le Braille usuel*. Le Mans. 1920. Cantonnet y Nouet. *L'écriture d'aveugles en caracteres usuels*, 1922.

(165) La idea no era nueva. Ya en 1837, el padre Cartón intentaba representar las letras usuales a partir del braille clásico (cf *Le sourd-muet et l'aveugle*, t. I, 1837. p. 227) Ese sistema se utilizó en Brujas en lugar del braille clásico durante unos cincuenta años.

De hecho, su lectura no exige mucha práctica, y hasta hay ciegos que, privados de otro medio, se sirven de ese procedimiento para escribir las direcciones, lo que no ha impedido que las cartas llegase a su destino. Si el Cantonnet-Nouét es menos bonito que el decapuntos, tiene al menos el mérito de escribirse mucho más deprisa y ocupar mucho menos espacio. Además, por otra parte, ya hace mucho tiempo que bajo el nombre de "estilografía" (fig. 16) se enseñaba y se sigue enseñando a los ciegos a trazar con lápiz las letras usuales, directamente legibles por los videntes, en los rectángulos de la pauta braille.

Si la generalización de la mecanografía ha hecho que todos estos procedimientos queden anticuados y en desuso, sigue siendo cierto que en su origen continúa apareciendo Luis Braille y su idea de reproducir la forma de las letras mediante puntos.

El marco de seis puntos que ideó para la escritura propia de los ciegos ha dado lugar a muchas otras aplicaciones, sobre las cuales no podemos insistir aquí: aparato de calcular (fig. 17); Graduaciones de cuadrante (fig. 18), etc. (166).

La facilidad con que los ciegos manejaban la máquina Foucault había de incitar aún más a Braille a perfeccionar su procedimiento de representar los signos musicales que emplean los videntes, de la que había ya sentado las bases en su exposición de 1839, cuando no disponía más que de una simple rejilla para realizar mediante puntos las figuras en relieve. No iba, sin embargo, a ir muy lejos por ese camino, ya que su sistema tenía mucho de convencional, y una persona que conociese la citada notación musical, pero que no estuviera iniciada en el valor que Braille atribuía a ciertos signos, no hubiera podido seguramente leer una partitura escrita según aquel método.

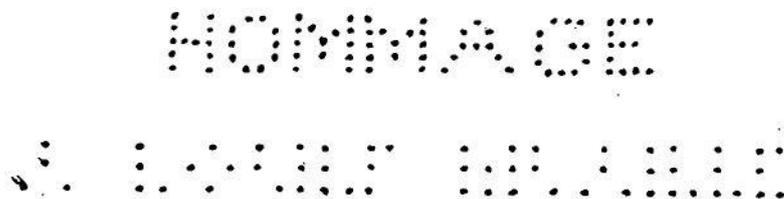


Fig. 15.- Ejemplos en "Ballu" (Homage) y en "Cantonnet" (a Louis Braille). Representación de los caracteres usuales por medio de puntos. (Cf. Sistema Mascará, Lámina IV B)

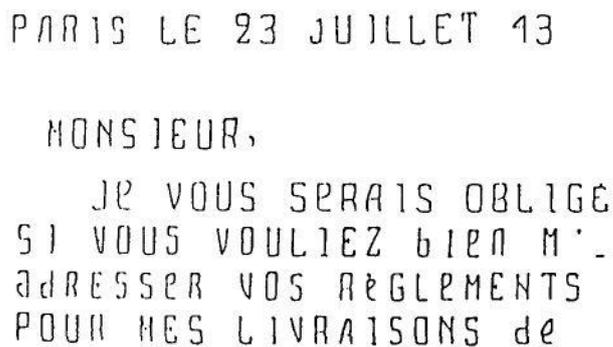


Fig. 16.- Muestra de estilografía: escritura a lápiz en los cajetines de la pauta braille.

(166) He tenido la ocasión de examinar ese último artilugio y puedo decir que nunca he comprendido su utilidad real (N del t).

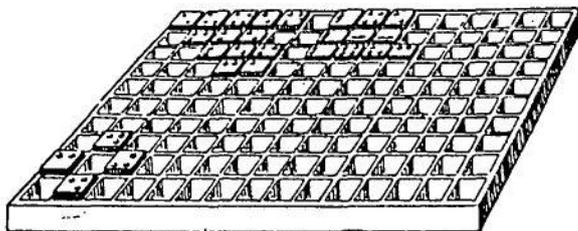


Fig. 17.- Cubaritmo: aparato para calcular por medio de cubos que llevan números braille en relieve.

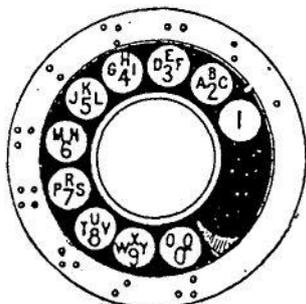


Fig. 18.- Corona adaptada al disco del teléfono automático destinada a facilitar su manejo.

Para disminuir ese margen de convencionalismo, Braille, nos dice Coltat (167), "hizo construir varias máquinas cada vez más perfectas". La que estaba experimentando cuando su última enfermedad interrumpió sus trabajos, permitía trazar con gran regularidad las claves, el pentagrama, las líneas adicionales inferiores y superiores, las figuras de las notas colocadas en sus correspondientes sitios y, si había lugar, las palabras. ¿Habría logrado dotar a los compositores ciegos del aparato de sus sueños? El problema con que se enfrentaba sigue todavía sin resolver, y es muy de temer que la solución que Braille se proponía darle hubiese sido muy lenta y ocupado mucho espacio.

Desde hacía mucho tiempo Braille conocía cuál era el mal que iba minando su salud. Hacia la edad de 26 años se presentaron las primeras manifestaciones de modo evidente, no dejando la menor duda sobre las causas que la alteraban. Su correspondencia de entonces, nos dice Pignier (168), lleva la marca clara de sus presentimientos. Dieciséis años del régimen de San Fermín habían llevado a resultado tan lamentable.

La instalación de la escuela, en 1843, en un edificio nuevo situado en un barrio bien aireado de París llegaba demasiado tarde. El mal estaba hecho. No obstante, los cuidados que se impuso, la gran regularidad de una vida cuasi monacal, y una perfecta sobriedad, retrasaron la fecha del desenlace, tanto que Braille, según nos dice Coltat, "se complacía a veces en dejarse mecer por graciosos proyectos para el porvenir".

(167) Coltat, op. cit. ,p. 20.

(168) Pignier, *Not. Biogr.* , p. 23.

El accidente de 1835 se reprodujo, por lo que Braille tuvo que irse a pasar varias temporadas con su familia y a viajar (169). Su servicio como profesor tuvo que ser disminuido, y a partir de 1840 no se le encargaron más que clases poco numerosas, ya que lo contrario hubiera fatigado mucho a sus pulmones. En 1844, el director le dispensó de toda enseñanza, si bien le pidió al ministro permiso para que siguiera en el establecimiento, con el fin de poderle "cuidar". Al comenzar el año 1847, reanudó su servicio durante algún tiempo, pero en 1850, sirviéndose para ello del rafígrafo de Foucault y de su propio sistema, dirigió una carta al director (170), rogándole que obtuviese del ministro la concesión para él del retiro, petición que no se tuvo en cuenta, ya que la pensión que le hubiese correspondido habría sido demasiado pequeña.

Desde 1840, sólo le encargaban clases de música (171). Antaño había recibido lecciones de los mejores maestros (172): Mme. Van der Burch para piano; Bénazet para el "bajo" (el violoncelo); Mangues para el órgano. "En el órgano, nos dice Coltat (173), su ejecución era exacta, brillante y desenvuelta, y representaba bastante bien el aire de toda su persona". Pignier, antes de ser director de la Institución Real, había sido médico del gran Seminario de San Sulpicio, circunstancia que le había hecho establecer relaciones en el clero, relaciones que él aprovechó luego para lograr que recibiesen como organistas a alumnos mayores y a repetidores de su establecimiento, primero en las misiones extranjeras, y después en diversas parroquias de París (174).

(169) Christopher Moley (*In memoriam Luis Braille, The Saturday of Literature*, Jan 1st, 1930) cuenta que durante uno de esos viajes, una temporada pasada en Auvernia, fue cuando Braille conoció a un pintor que, más tarde, jugó con él al ajedrez.

(170) Cf *Brochure sur l'inaguration du monument élevé á la mémoire de L Braille a Coupvray* (Folleto sobre la inauguración del monumento erigido a la memoria de Luis Braille en Coupvray), p. 15, discurso del director Emile Martin.

(171) La profesión mencionada en su testamento (dic 1851) es "profesor de música" Su clase era la 3 " de las clases de piano de la institución, y en ella enseñó más tarde su discípulo Ballu.

(172) Como la Institución no había formado todavía grandes músicos, se recurría entonces a profesores videntes de fuera Los maestros del Conservatorio Nacional no desdeñaban interesarse por los muchachos ciegos, asistían a sus exámenes y hasta dirigían a veces la pequeña orquesta de la calle San Víctor que pasaba por ser una de las mejores de París La tradición no se ha perdido, y todos los años los concursos finales y los diplomas de aptitud para la enseñanza de la música que se dan a los discípulos que terminan sus estudios siguen siendo sancionados por personalidades del mundo musical.

(173) Coltat, op. cit. , p. 15.

(174) Las condiciones en que se colocaba a los muchachos, sobre todo al principio, eran claramente características de la tutela que se ejercía sobre los repetidores Para obtener organistas suplentes había que dirigirse a la escuela, la cual designaba la persona, recibía el salario y el "casual", entregando todo o parte al ejecutante.

Y por eso Braille fue sucesivamente organista en varias, entre otras San Nicolás de los Campos -de 1834 a 1839- (175) y más tarde la Institución se mudó al bulevar de los Inválidos, en la capilla de la casa-madre de los Misioneros Lazaristas, en la calle de Sévres. Allí volvía a encontrarse con la gran sombra protectora y la inspiración de San Vicente de Paul, cuya reliquia había sido transportada a esa casa en 1830.

Braille ocupaba aún ese puesto cuando hubo de meterse en cama para no levantarse más.

En la noche del 4 al 5 de diciembre de 1851, dos días después del golpe de Estado (176), tuvo un vómito de sangre más violento e impresionante que todos los que había tenido hasta entonces, hemorragia cuya causa inmediata fue quizá un catarro mal cuidado (177). Durante los días siguientes el accidente se repitió cada vez más terrible según las personas que asistían al enfermo. Dejemos hablar a Hipólito Coltat:

"Luis Braille permanecía muy tranquilo; mas sintiendo que su vida estaba en peligro pidió por precaución los auxilios espirituales, recibiendo los sacramentos con una devoción y un respeto realmente edificantes".

Al siguiente día de esta conmovedora y solemne ceremonia, el enfermo dirigió las palabras siguientes al amigo que tenía el privilegio de visitarle más a menudo, el cual las guardó en lo más hondo de su corazón como un tesoro precioso: "El día de ayer es uno de los más hermosos y más grandes de mi vida. Cuando se ha pasado por esto, se comprende todo el poder y la majestad de la religión. Más ¡oh insondable misterio del corazón humano! Estoy persuadido de que mi misión sobre la tierra está terminada; ayer he saboreado las delicias supremas; Dios se ha dignado a hacer brillar a mis ojos los esplendores de las eternas esperanzas. ¿No parece que ya, después de todo esto, nada había de tener fuerza para apegarme a la tierra? Pues bien; aunque yo pedía a Dios ciertamente que me llevase del mundo... sentía que no se lo pedía muy fuerte...".

(175) Cf Félix Raugel, *Les organistes de Saint-Nicolas des Champs* ("Le Beffroi de Saint-Nicolas-des-Champs", boletín parroquial, 1 de diciembre, 1946, p. 3).

(176) El golpe de Estado tuvo lugar el 2 de diciembre, si bien las reacciones sangrientas no se produjeron hasta el 3 (barricada del *Faubourg Saint Antoine*) y sobre todo el 4 (fusilamiento de los bulevares) esto es, la tarde misma que precedió a la noche en que Braille tuvo su hemorragia. ¿Los acontecimientos que entonces sacudieron a París impresionaron a Braille? ¿Esos acontecimientos dieron lugar entre los profesores internos de la Institución a algún debate apasionado que si casi siempre cansa, puede ser peligroso para quien debe tener cuidado con su pecho⁹ La verdad es que no lo sabemos, y además tampoco conocemos nada de las opiniones políticas que tenía La revolución de 1848, al instaurar el sufragio universal, acababa de hacer de él un elector más. Lo que sabemos de la ponderación de su carácter nos permite inferir que un cambio político no le hubiera gustado demasiado. Acaso lo único que hay en todo esto es una simple coincidencia de fechas entre el acceso de hemotisis que padeció y los acontecimientos que tuvieron lugar en París el mismo día. Además hemos de advertir que aunque hubiera habido entre tales hechos una verdadera relación de causa a efecto, ni Coltat ni Pignier -a quienes debemos lo principal de nuestra documentación sobre los últimos

momentos de Braille- hubieran podido hacer alusión a ello el primero, en efecto, tomó la palabra en una ceremonia oficial, 18 meses apenas después del golpe de Estado y bajo el régimen que de él había resultado, en cuanto al segundo, escribe bajo el mismo gobierno, en una época en que la censura seguía imperando.

(177) En el mes de noviembre de 1851, el tiempo fue muy malo en París. Del 14 al 21, el viento es del norte y hay grandes heladas, el 18 al mediodía la nieve cae sobre la capital, el 22, la temperatura sube algo (2-4°), el viento cambia al oeste, la presión atmosférica baja (745 mm), se registran humedad y lluvias. El 6 de diciembre, es decir, al principio de la fase crítica de la enfermedad de Braille, tiene lugar una brusca subida de temperatura (hasta 12 grados), pero a partir del 12 el viento pasa al nordeste, la presión a 770 mm y hay nieblas en toda la región, al mismo tiempo que baja la temperatura Cf GayLussac y Arago *Anuales de Chimie et de Physique*, t XXXI, 1851 (Masson) Si nos referimos a ciertos estudios contemporáneos, existiría correlación entre tales variaciones de las condiciones meteorológicas y el aumento de la mortandad (Cf Sansón, el clima de la gripe, *Semaine del hôpitaux de París*, n ° 26, del 6-4-50, p. 1 200-1 203).

"Diez días después, al llegar la Navidad, el piadoso enfermo quiso celebrarla en su lecho recibiendo de nuevo al Dios que da paciencia y resignación. Para mantener su alma en un estado de dulce meditación, rogó a su amigo que le sugiriera algunos buenos pensamientos, inspirados sobre todo en las circunstancias de aquellos días y en el estado de enfermedad en que él se encontraba. Tales pensamientos debían ser breves y plenos de sentido, porque Braille, lo mismo que no gustaba de la palabrería en el lenguaje vulgar tampoco gustaba de ella en el piadoso.

"No hay que pensar que por poner en orden sus asuntos espirituales descuidaba los temporales. Llamó a un notario y dictó cuidadosamente sus disposiciones testamentarias (178), mostrando una generosidad cuyo secreto sólo Dios y los beneficiarios de ella conocieron. Uno de sus colegas que tenía el privilegio de comunicar con él más a menudo durante aquella última enfermedad, iba escribiendo a su dictado de cuando en cuando la nota de las buenas obras y de los recuerdos de amistad que quería dejar.

"Sus buenas obras tenían por objeto sobre todo a los ciegos, los pobres, la propagación de la fe (179).

"Así pues, Luis Braille disponía todo para su muerte con la misma tranquilidad con que se hacen los preparativos de un simple viaje. Cuando tratábamos de animarle con la esperanza de la curación, decía sencillamente: "Ya sabéis que no me dejo engañar y que no hace falta disimular conmigo".

"Sin embargo, por una ilusión bastante frecuente en la clase de enfermedad que padecía, algunos días antes de su fallecimiento parecía tener algo más de confianza en el restablecimiento de su salud, como si la Providencia, considerando la debilidad humana, quisiera velar en esas grandes circunstancias el aspecto de la muerte para disminuir su dolor.

"El 6 de enero de 1852 iba a ser su día supremo. Pidió por la mañana que le recordásemos el sentido simbólico del oro, el incienso y la mirra que, en tal día como ese, los Reyes Magos habían ofrecido a Aquél cuya estrella habían visto brillar en Oriente. Hacia el mediodía, sintiendo próximo su fin, quiso fortificarse para el temible paso y recibió el Viático con gran devoción. Antes y después de la santa ceremonia, sus amigos y su hermano le rodeaban y le besaban por última vez. Daba a todos las más conmovedoras muestras de afecto y cuando ya no pudo hablar hacía movimientos de ternura con los labios, que decían al corazón más que todas las palabras. Todos los allí presentes estaban conmovidos hasta el llanto. La agonía empezó hacia las 4 de la tarde, y a las siete y media, Luis Braille entregó a Dios su hermosa alma.

"Así murió, a la edad de 43 años, aquel profesor distinguido cuya vida entera no había sido sino abnegación, paz, dulce amistad y, en suma, práctica del bien.

(178) Ese testamento, que hemos hallado en las minutas de maître Paillat, notario, 77, me de Rennes, en París, fue dictado a maître Thiac, notario en París, plaza del Palacio de Justicia, 31, 26 de diciembre de 1851 "hacia las dos y media de la tarde" En él se declara que Braille es "ciego, enfermo de cuerpo, sano de espíritu" Entre los testigos que firmaron, por la ceguera del testador, figuran Joseph Guadet y Laas d'Agüen, que dejaron nombre en el mundo de los ciegos y de los que hemos hablado o hablaremos aún.

(179) Volveremos a hablar de estas disposiciones (capítulo VI)

"La habitación donde había expirado se convirtió en una especie de santuario al que alumnos y amigos iban a orar y llorar ante los restos de un maestro, un querido y venerado amigo (180)".

El funeral se celebró en la capilla de la Institución Nacional, y alumnos y profesores cantaron allí para su bienhechor el oficio de difuntos (Lámina VIII A).

Los amigos del difunto hubieran preferido que su cuerpo no descansara muy lejos de ellos, de aquella casa en que, durante su vida, tanto había querido. La familia, no obstante, dispuso que fuese inhumado en su pueblo natal, en el pequeño cementerio de Coupvray, al lado de su padre y su hermana que le habían precedido en la muerte. Su ataúd se depositó allí en plena tierra el 10 de enero de 1852.

(180) Coltat, op. cit. , p. 23-25 Entre las personas que rodearon el lecho de muerte de Braille estaba sin duda Pigmer, ya que hablando de él y de Gauthier (*Essai Historique*, p. 8) escribiría en 1856 "Yo he recibido su último suspiro" Aunque prematuramente jubilado, a consecuencia de intrigas que no parecen haber sido muy honrosas para Dufau, su sucesor en la dirección de la escuela, Pignier continuaba teniendo allí muchos amigos entre los profesores Seguramente, le avisaron desde los primeros momentos de que aquél al que parece haber querido muy sinceramente y al que después dedicó una de sus *Notices biographiques sur trois professeurs aveugles anciens élèves de l'Institution* estaba muy grave Iguualmente sabemos que los Lazaristas, en cuya casa tocaba el órgano por entonces, fueron a visitarle a menudo a la enfermería de la Institución durante su última enfermedad En cuanto al colega de que habla Coltat, se trata evidentemente de él mismo.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

CAPITULO VI

LA PERSONALIDAD DE LUIS BRAILLE

Después de la obra, el hombre. Pero, ¿cómo adentrarse en esa personalidad? Por lo general el biógrafo va descubriendo en la correspondencia íntima lo más hondo del ser. Aquí, lamentándolo mucho, no podemos hacerlo, ya que, como dijimos y deploramos amargamente en su momento, no queda prácticamente nada de esa correspondencia. Además, debió ser muy poca la que hubo. La vida modesta y cuasi claustral que llevó el inventor del alfabeto de ciegos no fue nada favorable para ese modo de expresión de pensar y de sentir. En el propio internado donde vivió la mayor parte de sus días tenía a todos sus amigos, y en la conversación con ellos fue donde descubría principalmente su alma. Sus vacaciones, las largas temporadas que tuvo que pasar en Coupvray o en alguna otra parte a causa de lo delicado de su salud, debieron dar lugar, sin embargo, a cierto intercambio de cartas. Pero, a sus amigos de la Institución, Braille debió escribirles desde luego "en braille", y este sistema que tanto abulta no se suele conservar. Gauthier, Coltat u otros hubiesen guardado amorosamente algunas de aquellas cartas después de la muerte de quien las escribió; más aunque así hubiese sido, sus herederos, al no entender nada de aquellos escritos, e ignorando el valor que para algunos hubieran podido tener "esos papeles" de aspecto tan poco atractivo, los hubieran destruido sin duda inmediatamente. Y además, ¿quién, en 1850, hubiera tenido la intuición de que podría algún día interesar a alguien lo que pensó y sintió aquel ciego humilde entre los humildes?.

Del propio Braille sólo tenemos, pues, sus modestísimas publicaciones: un *Memento* (epítome) de aritmética y los cinco opúsculos que constituyen las exposiciones de sus diferentes sistemas (181). Esos textos son, por naturaleza, de lo más impersonales y no nos abren mucho el corazón del hombre. Excepción hecha del "Nuevo procedimiento para representar por medio de puntos la propia forma de las letras", que, como ya hemos dicho, es un pequeño folleto de 16 páginas impresas en negro, los otros trabajos, destinados a ser leídos directamente por los ciegos, están en relieve lineal, es decir, "repujados" en un sistema que vuelve muy voluminoso el libro más pequeño. Braille solía decir (182): "Nuestros procedimientos de escritura y de impresión ocupan mucho papel, así que tenemos que reducirlos, expresando el pensamiento en el menor número posible de palabras".

(181) Varias veces (p. 57, 70, 75, 76, 90, 127, 147, de su *Essai historique*) Pignier de extractos de "observaciones" que le habría dado Braille y que él utilizó para su propia defensa contra los ataques de que fue objeto por parte de Guadet y de Dufau. Por nuestra parte, no hemos hallado el original de tales notas.

(182) Coltat, op. cit., p. 16.

Así, esas cinco publicaciones no nos muestran más que un espíritu preocupado por la más fría concisión. Lo que cabe notar al compararlas es que, aún desde ese punto de vista, su autor, buscando claramente la perfección, va adquiriendo más soltura cada vez. En 1829, la preocupación por una exactitud exagerada, da como consecuencia una expresión trabajosa y algo confusa, en tanto que en 1837, al sustituir por ejemplos la descripción, resulta mucho más clara y sencilla. Si juzgamos el estilo de un ciego que escribe para ciegos, no hemos de olvidar nunca, por otra parte, que, para éstos, no existe la ilustración, y que hay que reemplazarla a menudo por largas explicaciones. Un vidente captará mucho mejor lo que es el rafígrafo de Foucault echando una ojeada al grabado, que leyendo -por muy atentamente que lo haga- la descripción que redactó Braille (183), tan experto, sin embargo, en escribir con precisión.

En la reedición, esta vez en caracteres braille, que la Institución de París publicó en 1868 del *Tableau chiffré á faire écrire les aveugles avec les lettres ordinaires*, leemos, páginas 13 a 15:

"Muchas personas se imaginan que hay que aprender de memoria toda esa serie de números... para llegar a escribir por el Procedimiento Braille-Foucault, error tanto más grave cuanto que puede desviar a no pocos ciegos de la idea de recurrir a tan precioso medio de corresponder con los videntes. Examinando atentamente las letras que aparecen como modelo en el cuadro, se tiene en el pensamiento una imagen suficientemente clara de su forma, impresión que sirve luego de guía para trazar su configuración sobre el papel, de suerte que las cifras no tienen más objeto que proporcionar el medio de dar a las letras una regularidad perfecta".

Este texto no figura en ninguna de las tres ediciones del sistema publicadas en vida de Braille. La experiencia ya había demostrado sin duda que convenía intercalar esta oportuna nota. Su ausencia en las ediciones originales nos plantea un problema: ¿a qué tipo intelectual pertenecía Braille? Como sabemos, entre los ciegos, unos -los que perdieron la vista bastante tarde, por lo menos después de los seis o siete años- continúan durante más o menos tiempo "visualizando"; otros construyen sintéticamente sus imágenes a partir de datos analíticos que el tacto les va proporcionando (184); por último, otros se contentan con representaciones espaciales de lo más esquemático y pobre, llenando su espíritu con imágenes-sustitutos y, hasta muy a menudo, sencillamente con palabras (185). Nada nos autoriza a pensar que Braille haya sido uno de esos verbalistas, y aún resulta imposible concebir que pudiera trabajar en la realización de sus sistemas sin tener una representación mental de tipo espacial de las diversas combinaciones que manejaba.

(183) Cuadro cifrado, 1848.

(184) Sobre este punto, cf. Pierre Villey, *Le monde des aveugles* (El mundo de los ciegos), cap. IX-XIII.

(185) Véase nuestro estudio *Ceguera y Verbalismo* (*Journal de Psychologie*, 1948, p. 216-240)

Mas, aparte de las estructuras geoméricamente bastante simples que constituyen esos "conjuntos de puntos", como el los llamaba, no podemos asegurar que haya sido un "globalizador". El modo como procedió a establecer su *Cuadro cifrado* nos induce más bien a pensar en un espíritu que construía pacientemente y siempre con método sus representaciones, y no una imaginación que las captaba en conjunto. Su práctica de la enseñanza a los chicos ciegos no le permitía concebir que un no vidente pudiera actuar de otra manera que por análisis y síntesis. Por eso, la Institución Real, de seguro por consejo suyo, hizo fundir unos tipos que representaban "verticales de 10 puntos sensibles o no sensibles", que se podían combinar como las piezas de un rompecabezas para formar, agrandada, la figura de las letras (186). Por eso igualmente no se le ocurrió a Braille aconsejar a los ciegos que querían practicar su sistema que procurasen ante todo imaginar la forma de las letras, y no se esforzasen por retener de memoria el cifrado de sus combinaciones.

Cuando preguntaban a Coquet, que fue profesor en la Institución de Ciegos de Nancy y que de niño había conocido a Braille: "¿Qué impresión dejaba, Braille? ¿qué aspecto tenía?", contestaba, tras un ratito de duda que indicaba su escrúpulo de dar con lo que iba a decir una nota falsa: "Il avait l'air bête" ("Parecía tonto"). Desde luego dejamos al que lo dijo la responsabilidad de semejante apreciación, tan chocante en su forma, y si la ponemos aquí es por entender que, en el fondo, no lo es tanto como parece. No sólo no contradice, sino que confirma en cierto modo los juicios que hemos recogido y los que ahora vienen (187). La verdad es que, bajo un aspecto exterior poco expresivo, debido a la precocidad de su ceguera, Braille tenía en reserva preciosas cualidades.

Edgard Guilbeau -que, aunque no conoció personalmente a Braille, fue alumno de sus contemporáneos- nos confiaba hacia el fin de su vida: "Para nosotros, desde luego, Braille es un símbolo. Mas verdaderamente le faltaba cultura... Cuando piensa uno que al hacer su alfabeto, se le había olvidado la **w**..." Ya dijimos (188) lo que pensamos de ese supuesto olvido. Por pequeña que hubiera sido la cultura de Luis Braille, tuvo que haber oído hablar del tratado de Westfalia o de Waterloo. El sitio anormal en apariencia que ocupa la **w** después de las letras acentuadas se explica, a nuestro juicio, de modo muy otro que por una omisión involuntaria. Nosotros no vemos en esto sino una prueba más de la preocupación por lo metódico que caracterizaba el espíritu del joven inventor. Como es sabido, la **w** (189) no figuraba en el cuadro de las letras minúsculas en relieve que servía para enseñar a leer a los ciegos antes de que se practicase la escritura en puntos; no era un signo esencial del alfabeto romano.

(186) *Nouveau procede*, 1839, p. 7.

(187) Cap. I, p. 9 y 11.

(188) Nota 100.

(189) Guillié, *Essai sur l'Instruction des Aveugles*, p. 147.

Cuando Braille hubo terminado de representar las 25 letras simples de éste, clasificó cuidadosamente los caracteres que no representaban más que particularidades ortográficas: la ç, la é, las tres letras que llevan acento grave, las cinco con circunflejo, las tres vocales con diéresis, las "oe" juntas y por último la famosa w, y todo ello siguiendo rigurosamente el orden alfabético. Si la w aparece la última es pura y simplemente porque la v de la cual participa, ocupa en el alfabeto romano el sitio último de las letras que pueden llevar alguna modificación tipográfica. Braille carecía de cultura en el sentido de no haber estudiado ni inglés ni alemán, pero no le faltaba lógica. Dentro de su misma sequedad, los textos que debemos a su punzón nos revelan desde luego uno de los aspectos de la personalidad moral de su autor: el hombre honrado, probo y recto aparece en ellos plena y naturalmente sin la más pequeña afectación. Contentémonos con recordar al lector las frases tan simples mediante las que, en la "Advertencia" que encabeza cada una de las dos ediciones de su "Procedimiento", rinde homenaje a Charles Barbier, su precursor (190). En 1839 (191), a propósito de un sistema que no tenía gran cosa que ver con las concepciones del veterano capitán de artillería, escribe: "M. Barbier ha ideado la manera de representar los sonidos y las articulaciones por medio de grupos de puntos basadas en combinaciones ingeniosísimas, permitiendo después que yo modificase su procedimiento, y redujese el número de puntos de cada grupo, lo cual proporciona una nueva escritura muy difundida hoy entre los ciegos (192)".

Braille no considera que el "yo" sea odioso, y lo usa con gusto, tanto en su forma de "yo" como en la de "mi", cuando habla de sus propias iniciativas, sin que jamás trate de eclipsar ni aún de debilitar o disminuir por ello los méritos ajenos. Al prologar la segunda edición de la Exposición de su sistema, escribe, como ya hemos dicho: "Aprovechamos esta oportunidad para añadir útiles observaciones y aplicaciones ingeniosas que debemos a una larga práctica y a la amabilidad de muchos ciegos distinguidos".

Dos años después, presenta su sistema de representación de las letras ordinarias y de las figuras como "un procedimiento al éxito del cual ha contribuido mucho M. Fournier, digno alumno y entusiasta colaborador de Valentín Haüy" (193). Asimismo sabemos que, cuando Foucault hubo realizado la máquina que permitía trazar más aprisa las combinaciones ideadas por Braille, éste, desde entonces, no designó ya el sistema del que en rigor era inventor más que bajo el nombre de "Braille-Foucault".

(190) Véase anteriormente nuestro [cap III](#).

(191) *Nouveau procédé pour représenter par des points la forme même des lettres...*

(192) *Ibid* , p. 4.

(193) *Ibid* , p. 4. Ese Fournier fue el que Haüy se había llevado con él a Rusia y que, el 7 de Septiembre de 1806, presentado por su maestro al futuro Luis XVIII, exilado por entonces en Mittau, trazó sobre la mesa de madera blanca en la que, según se dice, se redactó la Carta de 1814, la halagueña y profética frase siguiente "Bajo el reinado de Luis XVIII, la Institución de Ciegos llegará a la perfección ". En la época en que colaboró con Braille, Fournier era pensionista interno de los Quinze-Vingts, donde murió

Cuando Braille murió, preguntábamos anteriormente quién hubiera podido sospechar que su nombre llegaría a ser un día conocido en ambos hemisferios. Ciertamente nadie. Sí, sus amigos ciegos que fueron los primeros beneficiarios de una invención que sentían vagamente llamada a los más altos destinos. Ellos y también sus superiores videntes, directores o jefes de estudios de la Institución, que habían sido testigos al mismo tiempo del nacimiento del sistema, del entusiasmo y de la inmensa esperanza que había suscitado entre los ciegos, tanto profesores como alumnos y de los progresos considerables que gracias a él se estaban realizando en la enseñanza, así como de los empleos profesionales que iba a permitir conquistar.

Los colegas de Braille tuvieron claramente el presentimiento del valor de aquellos inventos, y por eso, así como por el afecto que a Braille profesaban, hubieran deseado para él la cruz de la Legión de Honor (194); pero su deseo nunca se cumplió y Braille murió sin haber recibido esa distinción (195).

Y además, ¿cómo habría recibido él ese honor? Seguramente con sencillez, como alguien que habiendo hecho resaltar debidamente los méritos de los demás, tiene justa conciencia de lo que él ha aportado. "Si alguna vez, dice Coltat (196), deseó honores que, desde luego tenía bien merecidos por sus trabajos, no los quería por su interés personal, sino porque igualmente los habría reclamado para otro cualquiera y porque la gloria se reflejase sobre todo el cuerpo de profesores de la Institución al que se honraba en pertenecer".

(194) Pignier, *Not. Biogr.* , p. 21. Probablemente, la concesión de la Legión de Honor a Montal en 1851 fue lo que hizo nacer en ellos ese deseo.

(195) Por entonces, que nosotros sepamos, un solo ciego de infancia había recibido la Legión de Honor Penjon que, siguiendo las huellas de Saunderson, hizo los cursos del Liceo Carlomagno, obtuvo en 1807 un segundo premio de matemáticas en el Concurso general, y bajo la Restauración, las enseñó en el liceo de Angers. Fue nombrado caballero de la Legión de Honor en 1820. Después, Montal, ex-alumno de la Institución, que fue afinador de los pianos de la emperatriz Eugenia, y Alejandro Rodenbach, alumno de Haüy y uno de los que trabajaron de firme para obtener la independencia de Bélgica, obtuvieron tal distinción, el primero en 1851, el segundo, de manos de Napoleón III con ocasión de la inauguración de la estatua erigida a Valentín Haüy en el patio de honor de la Institución, en 1861.

Después, la lista de los ciegos titulares de la Legión de Honor, con carácter civil, se ha prolongado considerablemente.

(196) Coltat op. cit. , p. 22.

Como ya dijimos, se ha reprochado a los ciegos haberse apropiado la personalidad de Braille, haberla engrandecido para engrandecerse ellos mismos, y haber hecho de ella un símbolo, un estandarte. El espíritu corporativo ha sido siempre uno de los componentes de lo que se ha llamado a veces "complejo de minoría", y acaso se podría hallar algo de exageración en el elogio que Coltat pronunció el 25 de mayo de 1853, del que hemos dado aquí amplios extractos. Tal impresión, no obstante, no sea después de todo más que uno de los efectos que en nosotros produce ese estilo, al no estar ya habituados a él; nos choca el tono, un tanto académico y hasta a veces rebuscado que adoptó Coltat para rendir a su amigo desaparecido el homenaje que la amistad le dictaba. Por otra parte, los videntes, Pignier, Dufau, Guadet, Levitte -por no hablar más que de los que conocieron directamente a Braille- nos han dejado un retrato de su carácter que concuerda en todo con el que Coltat nos pinta.

No hemos de hacer el inútil esfuerzo de volver ahora a pintarlo después de todos ellos y, necesariamente, de acuerdo con sus datos, que son lo único que poseemos, y con lo que no haríamos más que quitarle color al sacarlo de su marco. Más bien escuchemos a Coltat hablar del que primero fue su profesor y luego su íntimo colega:

"En él la amistad era un deber de conciencia al mismo tiempo que un afectuoso sentimiento, y a ella habría sacrificado todo: su tiempo, su salud, su fortuna... Más de una vez lo probó. Por ejemplo, uno de sus mejores alumnos que acababa de salir de la Institución y no tenía lo suficiente para vivir recibió de él el puesto que venía ocupando como organista en una parroquia de París.

"Quería que su amistad fuese provechosa a aquellos a quienes se daba; se preocupaba por su conducta y esto le inspiraba firmes y saludables consejos. Cuando había que decir a alguien alguna cosa que podía importarle pero cuyo enunciado era desagradable, si los demás mostraban contrariedad y repugnancia en cumplir aquella difícil misión, solía decir sonriendo: "¡Bueno! Me sacrificaré yo". Y era tan frecuente que fuese él quien cumpliera esa delicada misión, que esa frase se hizo familiar entre nosotros y sus amigos le llamaban gustosos el censor.

"Su espíritu observador ni siquiera se dejaba traslucir en la conversación habitual, pues entonces ponía todo su cuidado en que no se le escapase nada que pudiera desagradar o contrariar. Sabía mantener el diálogo de manera interesante y variada. Se ha dicho que Labruyère (*sic*) había logrado liberarse de una de las mayores dificultades del estilo: las transiciones. Luis Braille poseía naturalmente ese talento y además siempre lo cultivaba. Sus conversaciones pasaban insensiblemente de lo jocoso a lo serio, de la gracia a la severidad. Teniendo como tenía un espíritu muy positivo, no dejaba por eso de gastar bromas, siempre de buen gusto, dejando traslucir de cuando en cuando ocurrencias encantadoras, y hasta se permitía a veces lanzar alguna que otra pulla. Entre esas frases no faltaban las que se difundían entre sus amigos, pasando pronto de boca en boca, con la autoridad y los honores de proverbios.

"Su palabra y el tono de su voz llevaban siempre cierto sello de finura que representaba muy bien su fisonomía, donde no era nada fácil discernir entre sus pensamientos y sus impresiones, puesto que sabía guardarlos en su interior por un esfuerzo constante de su carácter y su voluntad. Cuando había resuelto una cosa, la hacía, tanto si le era agradable como si no.

"Lo sensato de su espíritu y la rectitud de su razón, así como la penetración de su inteligencia le hacían prever el enlace y las consecuencias de los acontecimientos, y así, entre las personas con quienes tenía más confianza eran muy pocas las que no le tomaban como consejero y que, después no se alegrasen mucho de haber hecho caso de lo que tan prudentemente les había dicho que hicieran.

"Por todas estas razones, siempre se le pedía que tomase parte en los Consejos de las diferentes sociedades (197) que se fundaban en favor de los ciegos, donde siempre contribuyó de modo plenamente inteligente.

"No se limitaba a la influencia benéfica de sus palabras, sino que unía a ella la acción y la entrega. Gustaba de servir y socorrer aliviando en lo que podía los sufrimientos de los desgraciados. Cuando hacía el bien, mostraba tanta sencillez y delicadeza que se escondía, digámoslo así, para que el beneficiado no viera la mano del bienhechor. Sabía que no basta con dar, sino que es menester hacerlo con ese espíritu de caridad cristiana que respeta ante todo la dignidad del alma humana en la persona del pobre. La profunda fe que le animaba le inclinaba a la nobleza de sentimientos, y como decimos, la religión que siempre había cultivado con tanta asiduidad como convicción le permitía contemplar la proximidad de la muerte si no sin emoción, al menos sin miedo (198)".

El desprendimiento de Luis Braille sólo podía compararse con su discreción. Ya hemos dicho que en 1839 dejó a uno de sus discípulos, entonces sin colocación, su órgano de Saint-Nicolas-des-Champs, antiguo y hermoso instrumento del que egoístamente hubiera podido seguir disfrutando. Asimismo se cuenta (199) que de su propio bolsillo proporcionaba libros en relieve, pautas,, etc, a los chicos ciegos que eran demasiado pobres para poderlos comprar.

A la hora de su muerte, no quiso que se tocara nada del patrimonio familiar: legó a su anciana madre la mayor parte de sus rentas (300 fr.), repartiendo el resto (50 fr.) entre su sobrina, Louise-Céline Marniesse, y su sobrino, Louis Isidore Caron, reservando a su hermano el pedazo de tierra que poseía en Coupvray. Se creyó, no obstante, con derecho a disponer de las economías que su vida de asceta le había permitido reunir, a pesar de lo modesto de su situación y de sus liberalidades. En el testamento declara formalmente: "Las cantidades de dinero prestadas por mí con anterioridad al 1 de diciembre de este año, no se reclamarán". Coltat, su amigo, recibió su libreta de la Caja de Ahorros (948 fr.), su piano (que se vendió en 250 fr.), sus muebles y diversos "instrumentos"; pero él se consideró como su albacea y tomó, a su dictado, la lista de los beneficiarios de la realización de aquellos bienes. Pignier (200) nos ha conservado esa lista, donde los más modestos no son olvidados:

(197) Sociedad de Patronato y Socorro para los Ciegos fundada en 1841 por Dufau, director entonces de la Institución. Sociedad de Colocación y Socorro.

(198) Coltat, op. Cit. , p. 21-22.

(199) P. Villey, Conférence, 1909, op. cit. p. 8.

(200) *Not biogr*, p. 24.

A la Sociedad de Patronato para los Ciegos 120 Fr.; a la Obra de Colocación de los Ciegos recién salidos de la Institución 400 Fr.; a la Enfermería Marie-Thérèse "para hacer decir misas por el descanso de su alma", 40 fr.; al señor cura de Coupvray, "para misas y un recuerdo para la iglesia de mi pueblo", 60 fr.; para la Conferencia de San Vicente de Paul, de Saint-Nicolas-du-Chardonet (parroquia a que pertenecía San Fermín y donde él había tocado el órgano), 50 fr.; para la Obra de los Buenos Libros en puntos de Mlle. Champion, de Metz, 50 fr.; para la Obra de la Propagación de la Fe, 50 fr.; a su pequeño lazarillo, 40 fr.; al mozo de enfermería, 30 fr.; a la celadora de noche, 30 fr.; al criado que cuidaba su cuarto, 40 fr.

Levitte, que sucesivamente fue vigilante, vigilante-general, censor de estudios en la Institución, conoció a Braille cuando no era todavía más que alumno vidente en ese establecimiento. Bajo el título un tanto bárbaro de *Anaglyptografía y Rafigrafía de Braille*, publicó en 1880, con motivo del Congreso de París, una nueva edición del sistema de Luis Braille. En una frase que resume todo cuanto se ha podido escribir acerca de Braille, caracteriza al inventor del siguiente modo:

"La fisonomía dulce y apacible de Braille revelaba las amables cualidades de que estaba dotado; sus consejos, siempre inspirados por su penetrante razón, eran muy solicitados; su fe profunda y viva y su generosidad de alma le inclinaban al bien que practicaba con una sencillez y delicadeza verdaderamente cristianas (201)".

Sabemos por Coltat que los amigos de Braille, para suavizar los rigores de la separación y prolongar en cierto modo su permanencia entre ellos, hicieron que lo retratasen. El arte naciente de la fotografía, que se llamaba entonces "daguerrotipia", permitió reproducirlo en tantos ejemplares como pedía el afecto de sus amigos. El texto de Coltat no aclara si el retrato se hizo en vida de Braille o después de su muerte, si bien la segunda hipótesis parece más verosímil. Lo cierto es que Dufau, director en ejercicio de la Institución, hombre culto que seguramente recordaba que se había hecho lo mismo con Pascal, hizo que tomasen la mascarilla de su cara, que permanecía sonriente y plácida, logrando así un retrato más tangible del que tanto había hecho por los ciegos y que iba a dejarlos ya para siempre. De acuerdo con ese precioso molde, el escultor Jouffroy (203) cinceló en mármol el busto que hay en el vestíbulo de la Institución, cuya inauguración tuvo lugar el 25 de mayo de 1853, 16 meses después del fallecimiento de Luis Braille.

(201) Levitte, *Anaglyptographie el raphigraphie de Braille*, (1885, 1897, 1912). Las dos últimas -añade el traductor- fueron traducidas y publicadas igualmente en braille por el español don Ramón Domínguez Sans: la primera, hacia 1900 por "La Literatura" y la segunda por el Instituto Catalán para Ciegos, hacia 1922-23.

(202) Coltat. op. cit. p. 25.

(203) Trátase de François Jouffroy (1806-1882), a quien se debe igualmente la decoración de la fachada de la Institución, una estatuilla de Lamartine, un busto de Monge, otro de Merlin, etc.

Una suscripción abierta entre los alumnos y profesores de la escuela permitió cubrir los gastos de esa escultura.

En 1882, otra suscripción permitió erigir un monumento a Braille en la plaza de su pueblo natal. La cantidad de 5.486 fr. que se obtuvieron, bastante importante para la época, permitió que el escultor Etienne Leroux (1836-1906) realizase no sólo un busto, sino además un bajorrelieve. Ambos fueron fundidos por la Casa Siot-Decauville, que ofreció gratuitamente el bronce necesario. El busto, de 78 cm. de altura, representa a Braille en uniforme de profesor, con su palma en la solapa de la chaqueta, y la capa sobre el hombro izquierdo. Para los rasgos de la fisonomía, Etienne Leroux se inspiró además en la mascarilla de que antes hemos hablado, pero añadió "una expresión de vida y de aguda inteligencia". En el bajorrelieve, de 94 cm. de alto y 90 de base, Braille, visto de perfil, con la cabeza inclinada un poco sobre el hombro izquierdo, va guiando la mano de un niño ciego sobre un alfabeto en puntos de relieve. El pelo del inventor está un tanto desordenado, sin duda para simbolizar la poca atención que todo genio suele conceder a su persona física, pero que en este caso no coincide con la objetiva realidad necesariamente, ya que Coltat nos dice (204) "tenía un especial cuidado en no hacer nada que pudiese distinguirlo, hacerle notar", manteniéndose siempre de acuerdo con las más estrictas reglas del buen parecer. El pedestal de piedra lleva la siguiente inscripción, bastante elocuente en su sencillez: "A Braille, les Aveugles Reconnaisants" (A Braille, los ciegos agradecidos).

Otros homenajes póstumos fueron rindiéndose a Braille. Desde que, en 1867, Larousse le consagró un importante artículo (205), la palabra "Braille" figura en todos los diccionarios franceses y extranjeros. En 1883, Péphau, director por entonces de los Quinze-Vingts, dio el nombre de École Braille al establecimiento que, tres años después, iba a pasar a cargo del departamento del Sena, al propio tiempo que, bajo la iniciativa del propio Péphau, el Ayuntamiento de París decidía llamar "rue Louis-Braille" a la prolongación de la rue Montempoivre, en el barrio Picpus.

En 1883 igualmente Maurice de La Sizeranne puso al primer periódico francés en puntos, el nombre de "Le Louis Braille". Después, son numerosos los periódicos en relieve que, en todas las lenguas y en las más diversas partes del mundo han incorporado ese nombre a su título: La Reveu

Braille, Le Courrier Braille, Le Braille magazine, El Correo Braille Hispano-Americano, La Revista Braille española, La Revista Políglota Braille, The Braille Mail... La pronunciación es distinta según los países, más en el mundo entero, usada unas veces como nombre propio y otras como nombre común, la conoce todo ciego que haya aprendido a leer (206).

(204) Op. cit. , p. 22.

(205) *Grand Dictionnaire Universel du XIX' s.* , par Pierre Larousse, edición de 1867. t. II, p. 1195.

(206) Según Guilbeau (cf *Histoire de la musicographie Braille*, op. Cit., p. 28), fue a partir del Congreso de 1878 cuando se tomó la costumbre de hablar del "braille" para designar el sistema de escritura en puntos de relieve ideado por Luis Braille.

En 1909 la Institución Nacional de París celebró brillantemente el centenario del nacimiento del más ilustre de sus alumnos. Por último, el 19 de enero de 1948 la administración francesa de correos emitió un sello que dio a conocer a todos los filatélicos de ambos hemisferios (207) la efigie de Braille.

La última guerra mundial dificultó la realización del proyecto concebido en 1937 de erigirle un monumento en la vía pública en pleno París, en el mismo barrio en que acabó sus días, ¿Se realizará aún?

Ahora se están haciendo los preparativos para celebrar con amor e interés el centenario de la muerte del inventor. A tal efecto se ha lanzado la idea de trasladar sus restos al Panteón ¡Al Panteón... el ciego, uno de los que antaño se consideraban como verdaderos parias! aparentemente, ¡que ironía, qué antítesis! Si a él se lo hubieran anunciado, habría sonreído o acaso protestado; pero, para los ciegos, es más que un hombre: es un símbolo, el símbolo de la independencia arrancada por uno de ellos a la más cruel de las minusvalías. Para un francés, es uno de los obreros de la irradiación intelectual y humanitaria de Francia. Un porvenir inmediato va a decirnos si esto es suficiente para figurar entre los Grandes Hombres y merecer la Gratitud de la Patria.

(207) Puedo añadir que en varias ciudades de España hay una calle dedicada a Luis Braille. (N del t).

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

APENDICE I

La edición francesa -original- de la presente obra se preparó con ocasión del centenario del fallecimiento de Luis Braille, y salió de imprenta en marzo de 1952, por lo que evidentemente no se pudo dar en ella cuenta de los actos conmemorativos que tuvieron lugar en París, del 15 al 22 de junio de aquel año. Uno de los méritos de esta versión española será, pues, dar a sus lectores ese complemento de información que, a solicitud del traductor, el autor redacta con tal fin.

Permítasenos solamente sustituir aquí el orden cronológico por una clasificación más racional de los acontecimientos que se fueron sucediendo durante aquella gran semana.

Comenzaremos por evocar las ceremonias religiosas, ya que, tanto la profunda fe del inventor, como el sentimiento de buen número de los actuales beneficiarios del invento, así lo exigen.

Dichos actos comenzaron en la capilla de la Institución Nacional, el 15 de junio, con una Misa celebrada en el mismo sitio donde, cien años antes, fue entonado el Oficio de Difuntos ante el cuerpo de Braille. La voz de las ondas permitió que los ciegos ausentes de París pudiesen unir sus oraciones a las de los presentes, en tanto que el sermón del R. P. Avril, O. P., comentador religioso de la Radiodifusión Francesa, revelaba a los oyentes no iniciados quién fue aquel Luis Braille y cuál fue su obra.

Luego, el jueves siguiente, en la célebre catedral de Notre-Dame, se celebró una solemne Misa Mayor, bajo la presidencia y con una alocución de Monseñor Feltin, Cardenal-Arzbispo de París. Por último, el sábado 21 por la mañana, la pequeña iglesia de Coupvray abrió de par en par sus puertas a varios cientos de peregrinos, ciegos y videntes, franceses y extranjeros, que unos veinte autobuses habían llevado al pueblo natal de Braille. Allí el Padre celebrante, canónigo de Jager, cura-decano de Lagny (208), evocó con frases emocionadas lo que los ciegos deben al que calificó como "taumaturgo de la luz".

En todos esos homenajes espirituales participaron bajo la dirección del maestro Jean Langlais los coros mixtos de la Institución Nationale que, entre otras obras, cantaron en Notre-Dame la célebre Misa de Louis Vierne, ex-alumno de la Escuela del Bulevar de los Inválidos y antiguo titular del gran órgano de la catedral. En todas las manifestaciones musicales que, en diversas ocasiones, fueron marcando los acontecimientos de aquella brillante conmemoración (velada en la Institución el 18 de junio; recepción del ministro y de los delegados en el mismo establecimiento el 20; gala organizada por la Escuela Braille; parte artística de la sesión de la Sorbona), vemos con gozo el testimonio de gratitud de los músicos ciegos hacia el creador de su musicografía. Durante uno de aquellos conciertos, el del 20 de junio en la Institución Nacional, fue cuando Madame Henri dijo con toda la sencillez y la emoción que el caso requería, una "guirnalda" de diez sonetos, verdadero fresco de la vida de Braille, que inspiró al poeta ciego Fermín Le Guével, antes citado, la lectura de la presente biografía.

(208) Lugar cercano a Coupvray y más importante que él.

Las ceremonias oficiales fueron múltiples y, por así decir, jerarquizadas: el 19 de junio, a la caída de la tarde, tuvo lugar el homenaje de París y del departamento del Sena, seguido de la recepción de los asistentes en los magníficos salones del Ayuntamiento de la capital. En la mañana del 21, el homenaje de Coupvray y del departamento del Sena-y-Marne (209), y, en la tarde de aquel mismo día, la grandiosa sesión académica en la Sorbona, bajo la presidencia del ministro de Sanidad Pública, Paul Ribeyre; por último, el 22 de junio por la mañana, el homenaje de la nación, con la subida al Panteón.

Durante la sesión académica tuvo lugar la entrega de unas 15 condecoraciones de la Legión de Honor (210). Gérard Borré, delegado de Bélgica y vicepresidente de la Organización Mundial para la Protección Social de los Ciegos, hablando en nombre de las representaciones extranjeras, evocó el respetuoso saludo de todos los beneficiarios del sistema braille repartidos por todo el mundo; y Helen Keller, la célebre ciega y sorda americana, siempre presente cuando se trata de simbolizar una victoria sobre el infortunio, pronunció, bajo la luz de los focos y los incesantes disparos de las cámaras, una alocución en francés, lo que llevó al límite de lo doloroso la emoción de los asistentes.

En cuanto a nosotros, tuvimos el honor -siempre lo es hablar en el Gran Anfiteatro de la venerable Sorbona- de desarrollar ante un selecto auditorio el siguiente tema: "Significación de la obra de Luis Braille" (211).

En el apogeo de aquella memorable serie de evocaciones se encuentra el traslado al Panteón de los restos de Luis Braille. ¿Al cabo de un siglo, qué se iba a encontrar de aquel cuerpo que se depositó en plena tierra, según la costumbre popular? La exhumación reveló de hecho un estado perfecto de conservación de los huesos, a propósito de lo cual se oyó pronunciar la palabra "milagro". El municipio de Coupvray pidió y obtuvo que quedase en tierra natal el brazo derecho del genial ciego, el que llevó "los dedos que leen" (212), en tanto que el resto del esqueleto se trasladó a París.

(209) El *departamento* es, como es sabido, una división territorial y administrativa francesa, al frente de la cual hay un prefecto. París es la capital del departamento del Sena, Coupvray no es sino un municipio del departamento de Sena-y-Marne.

(210) La más alta condecoración francesa, creada por Napoleón.

(211) El texto de esta charla fue publicado por la Association Valentin Haüy, 8 p. en octavo, París, 1952.

(212) Tal es el título de otra biografía de Luis Braille -véase el prólogo del traductor- publicada al mismo tiempo que la nuestra (Montecarlo, 1952) cuyo autor es M Jean Roblin. Menos técnica que nuestra presente obra, un tanto novelada en su conjunto, sin duda para hacer más evocadores los hechos, esta biografía añade sin embargo algunos detalles inéditos, sobre todo respecto a Coupvray y a la vida de Braille allí.

Escortado por el prefecto de Sena-y-Marne hasta el límite de su demarcación, al que relevó el prefecto del Sena, el furgón fúnebre hizo su entrada en el patio de honor de la Institución Nacional a las 10 de la noche del 21 de junio en un hermoso anochecer de verano. La presencia de los oficiales, la luz de los focos, la ausencia de discursos, el silencio de los asistentes, todo en fin, confirió un carácter realmente impresionante a aquel fugitivo regreso del cuerpo de Braille a un lugar que había dejado cien años antes. Colocado sobre un catafalco en el vestíbulo del establecimiento, el féretro fue velado toda la noche exclusivamente por ciegos que, de seis en seis, se relevaban cada media hora.

A la mañana siguiente, la subida al Panteón resultó típica y grandiosa (213). Tras la carroza fúnebre, precedida por una banda militar y rodeada por piquetes de soldados, iba la familia, luego la Administración, el cuerpo de profesores y los alumnos de la Institución Nacional, después el largo cortejo de los ciegos con sus acompañantes y sus amigos, ya que, al contrario de lo que el protocolo exige para las exequias nacionales, ninguno de los grandes dignatarios del Estado tomó parte en el desfile, no obstante lo cual el orden fue impecable.

En la propia nave del Panteón, el Presidente de la República, M. Vincent Auriol, y las delegaciones de los cuerpos constituidos de la nación esperaban al féretro y su séquito, que penetraron en el templo entre un doble seto de Guardias Republicanos de gran gala, impasibles, con los sables a la funerala.

Se pronunció un único discurso, el del Ministro de Salud Pública (214), después el féretro fue bajado a la cripta, únicamente acompañado por la familia, algunos oficiales y, desde luego, Helen Keller.

Como ya hemos señalado en otra parte (215), el que penetró en el Panteón es ante todo y mucho más que un ciego francés, uno internacional.

Y para terminar este epílogo a nuestro libro, nada mejor que reproducir algunas frases del final de nuestra conferencia dada el 21 de junio de 1952:

"Braille en el Panteón es ante todo un símbolo; desde luego para los ciegos en particular, pero también para todos los minusválidos, porque significa esperanza, posibilidad de rehabilitación profesional y social. El Panteón no es una llegada, sino una etapa. Mañana, la marcha hacia el progreso continuará, conservando y acelerando la velocidad adquirida que con su invento le imprimió Luis Braille".

Pierre Henri. Septiembre de 1958.

(213) El Panteón, donde a partir de la Revolución Francesa, son inhumados cierto número de grandes franceses, está en la cima de una histórica colina, la Montaña de Santa Genoveva, en el Barrio Latino, no lejos de la Sorbona.

(214) Para los que deseen conocer ese documento, diremos que reproduce casi textualmente lo que dijimos en dos artículos que publicamos en el periódico belga: "La canne blanche", Bruselas, 1947.

(215) *Les avegles et la société*, tesis para el doctorado de Estado, París, Presses Universitaires de France, 1958.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

APENDICE II

Tuve la fortuna -así lo considero- de tomar parte en las manifestaciones con que se conmemoró en París, del 15 al 22 de junio de 1952, el centenario de la muerte de Luis Braille, de las que el autor de esta obra da cuenta en el precedente apéndice con toda exactitud no exenta de auténtica emoción. Puedo, pues, afirmar que no hay en sus palabras la más pequeña exageración, ya que aquello fue algo realmente inolvidable para cuantos lo vivimos.

A mi regreso a Madrid, publiqué en "ABC" un artículo sobre dichos actos, el cual puede hallarse en el número correspondiente al día 12 de julio de dicho año.

De entonces a acá ha pasado mucho tiempo, y ello justifica este segundo apéndice, si el libro ha de estar hasta cierto punto actualizado en lo referente a los adelantos técnicos que desde la publicación de la obra han tenido relación con el sistema braille, de los que me voy a ocupar a continuación brevemente:

Las bibliotecas braille circulantes.- Por lo general se venían nutriendo del trabajo de copistas voluntarios que dedicaban una parte de su tiempo a enriquecerlas. Solían ser jubilados y mujeres que aprendían para ello el braille tanto integral como abreviado. La Asociación Valentín Haüy contaba con varios miles de ellos, y así llegó a formar una inmensa biblioteca. Las circunstancias han ido cambiando y el número de copistas voluntarios ha ido disminuyendo considerablemente.

En España nunca cuajó este tipo de ayuda: lo que sí hacían algunas personas, tanto en el Centro Instructivo Protector de Ciegos como en el Lyceum Club Femenino era ir a dictar gratuitamente a copistas ciegas, o también costeadando el importe de copias realizadas por otros ciegos. Entre estas personas benefactoras es justo citar a Carolina Mahou que pagó la transcripción de muchísimos volúmenes.

El punto sólido.- Entre los años veinte y treinta ya se habían hecho algunos ensayos de este procedimiento para reducir el volumen de los libros braille, pero parece que ha sido en Inglaterra donde, al menos durante algún tiempo, se ha llegado a practicar de modo efectivo. El punto sólido está formado por gotitas pegadas a un papel-base que, naturalmente, puede ser mucho más fino que el que se emplea para escribir en braille ordinario. Dichas gotitas son de una sustancia viscosa que, al adherirse al papel y solidificarse dan un punteado agradable al tacto. Al parecer, la gran dificultad estaba en hallar una sustancia que se adhiriese al papel y secase con la suficiente rapidez. El Royal National Institut for the Blind fabricó el material necesario y realizó así algunas publicaciones que tuve ocasión de conocer hacia 1970. A lo que parece, la razón que les hizo desistir de seguir haciéndolo fue que los lectores (algunos, pienso yo) arrancaban los puntos fácilmente. Recuerdo haber tenido así un catálogo del Instituto de Londres al que sometí, para probarlo, a los peores tratos, y la verdad es que no se deterioró. Creo que es una pena que ese procedimiento no se siga usando porque, desde luego, el volumen y el peso de los libros eran mucho menores.

El thermoform.- Permite reproducir cualquier relieve en hojas de plástico. Dicen los que lo han usado mucho que, para una lectura seguida, no resulta grato al tacto por los fenómenos de electricidad estática a que da lugar. No obstante, gracias a él y a partir de un ejemplar único, es muy fácil obtener varias copias.

El braille sin papel.- Es el que producen máquinas tales como la digicassette y el versabrilie que, a partir de una cassette producen una línea braille mediante puntos móviles, siendo de advertir que el paso de un renglón al siguiente se hace de modo automático. Estos aparatos permiten tener muchos más libros, ya que una cassette o disquete es de tamaño muy inferior al que tiene un volumen braille.

El braille y el libro hablado.- Desde que el libro hablado se popularizó entre los años 30 y 50, no faltan los ciegos que prefieren leer por ese procedimiento a hacerlo en braille. Yo, desde luego, no estoy entre ellos, ya que si me dan a escoger, prefiero leer en braille que escuchar la lectura. Quizá esta desafección respecto al braille se deba a que la falta de vista en los niños es mucho menos frecuente que antes, y no hay que olvidar que si se aprende de pequeño a leer con los dedos es cuando se consigue hacerlo con facilidad y rapidez. Esto, añadido a que actualmente hay muchas más distracciones que antes al alcance de los ciegos (radio, televisión, discos, etc.), explica que, en general, hoy se lea peor que antes, al menos así me lo parece.

Las máquinas de escribir en braille.- El auge extraordinario y la difusión que ha logrado entre nosotros la máquina Perkins ha hecho creer a algunos que el braille se escribe a máquina desde hace poco, lo cual es un error, ya que no se trata de un invento reciente. Cuando yo fui al Colegio Nacional de Ciegos en mayo de 1913 ya había máquinas braille allí. En realidad, la invención data de fines del siglo pasado o principios de éste. Existían ya la máquina Hall, la Picht, la Stainsby y algunas otras, cada cual con sus características. Después yo he conocido la Constançon, la Berger y la Jauny. Cada una de ellas resuelve alguno de los problemas que plantea la escritura braille, pero, que yo sepa, no existe aún una máquina que los resuelva todos.

El braille y la informática.- En una época en que los ordenadores van ganando cada vez más terreno, se encuentran en todas partes y realizan lo que hace bien poco hubiera parecido imposible, no puede faltar aquí un apartado referente a ellos y su influencia sobre nuestro sistema.

Con aparatos tales como la digicassette, el versabrilie y otros similares, se puede almacenar gran cantidad de información en un pequeño espacio (una cassette normal), información que, en un tiempo mínimo, estará a nuestra disposición cada vez que la necesitemos.

Además, escribiendo en braille en tales aparatos queda suprimido uno de los mayores inconvenientes que parecía antes insoslayable en este sistema: la limpia corrección del texto. Imaginemos que hemos olvidado un párrafo que convendría introducir entre dos ya escritos; pues bien, gracias a los ordenadores podemos intercalarlo en su debido sitio con toda facilidad.

Pensemos ahora en el mecanógrafo ciego, cuyo único problema es la incapacidad en que se encuentra de poder leer lo que va escribiendo. Esa dificultad ha dejado de existir, ya que un ordenador conectado a la máquina de escribir es capaz de reproducir lo último que se ha escrito, ya sea en una línea braille, ya, mediante la voz sintética en sonidos, lo que a su vez puede ser de dos maneras: deletreando, incluso con los signos de puntuación, o leyendo correctamente.

Creo que ya se ha llegado a construir un ordenador capaz de hacer funcionar una máquina impresora o los procedimientos antes mencionados de braille sin papel. Gracias a ellos, no son pocos los bancos que facilitan a sus clientes

ciegos extractos de sus cuentas en braille.

¿Qué más se puede pedir? Ante todo esto uno se pregunta hasta dónde se va a llegar. Mas, de todo ello, resulta una nueva confirmación del valor del maravilloso sistema de que dotó a los ciegos del mundo entero, hace ya más de un siglo y tres cuartos, el hijo del guarnicionero de Coupvray.

Julio Osuna.

Noviembre de 1987.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

APENDICE III

EN TORNO AL SISTEMA BRAILLE EN ESPAÑA

Como es sabido, el sistema braille consta de 63 signos simples -64 si se cuenta el signo *vacío*, esto es, la ausencia de signo-, y su autor lo hizo pensando sobre todo en el francés, su lengua. Las combinaciones, tal y como él estableció, son de una lógica perfecta, y justamente por eso forman un *sistema*.

Parece ser, sin embargo, que ya en la segunda edición de su *Procedimiento* (1837), empezó a haber la posibilidad de que se aplicase a otras lenguas, puesto que en dicha edición aparece el Padrenuestro en latín, francés, italiano, español, alemán e inglés.

Ahora bien, dado el número relativamente pequeño de combinaciones que permiten los seis puntos del sistema, al adaptarlo a otros idiomas fue necesario dar más de un significado a un mismo signo, de acuerdo con el idioma que fuese. No siempre, ni mucho menos, los signos necesarios para escribir el francés coinciden con los que hacen falta para escribir el español, el portugués, etc.

Muchas veces se ha tratado de dar solución a este problema, para que al leer en un idioma determinado se pudiera saber el significado que había de darse a tal o cual signo. Ya desde comienzos del siglo actual, la Asociación Internacional de Estudiantes Ciegos, con sede en Ginebra, que fundó Jean-Jacques Monnier y que ya no existe, se ocupó bastante del asunto. Anteriormente, cada uno de los pocos ciegos intelectuales que en aquella época había, resolvía el problema como mejor le parecía. Más tarde, en el período de entreguerras, la imprenta francesa llamada "La roue" publicó un librito llamado "Manual Braille Internacional", en el que iban los alfabetos y demás signos de varios idiomas, Pero quienes atacaron de frente la cuestión fueron los esperantistas ciegos que, justamente por el carácter internacional del grupo a que pertenecían, chocaban con la dificultad a cada paso. Así, en 1930, Miklos Bano, esperantista ciego húngaro, redactó una obrita muy interesante, publicada en ocho cuadernos (en esperanto, naturalmente) dando a conocer las letras de varios idiomas así como su representación en braille. En todo caso, que yo sepa, siempre se ha tratado de no vulnerar la magnífica estructura del sistema braille, puesto que si se vulnera, se asistemiza.

El braille, pues, entró pronto en España, ya que, como antes hemos visto, la segunda edición del "Procedimiento" se envió a Madrid. Parece ser que en el ahora llamado Colegio Antonio Vicente Mosquete (antaoño Colegio Nacional de Ciegos) hubo un ejemplar de dicha edición, a la que yo, pese a mis intentos, no he llegado a tener acceso (216).

(216) Justo es rendir homenaje aquí a la memoria de Don José Aragonés que hizo lo posible para reunir, con miras a un museo, documentos interesantes de todas clases.

No tardó en ir difundiéndose por las distintas provincias españolas, pero hay que reconocer que ya desde los primeros momentos empezó a sufrir cambios, no sólo los indispensables para adaptarlo a nuestro idioma, sino muchos otros que en realidad no lo eran. Entre los primeros, esto es, los indispensables, figuran la ñ y las cinco vocales acentuadas, que no tienen uso en la ortografía francesa. La ñ, propuesta por el Colegio Nacional, no ha sido modificada desde entonces. En cambio, las cinco vocales acentuadas estuvieron en vigor hasta 1924 en que fueron sustituidas por las actuales.

Hay otra letra que es la ü que desde el principio hasta 1924 fue distinta de la que Braille había propuesto en su sistema, cambio, a mi entender, absolutamente innecesario. También fue innecesario el cambio de la ll por el signo formado por los seis puntos, que estuvo en vigor hasta 1924 y que luego, al cabo de muchos años, a vuelto a estarlo.

Ahora se pretende imponer a todos los países de habla española una serie de diferencias con el braille puro que propone Francisco Rodrigo Domínguez, y así se acordó en la reunión de representantes de las imprentas braille de habla hispana que tuvo lugar en junio de 1987 en Montevideo. Leyendo atentamente las dos obras relativas a esto de que he podido disponer, observo que la proposición no carece de lógica y que supone un estudio largo y concienzudo del problema. No obstante, cabe pensar si tales cambios valen la pena ya que no es de esperar que las naciones de habla no hispana los acepten. Todo es cuestión de perspectiva, esto es, de estimar qué es mejor y qué no. Acaso sea yo el que estoy en error; el tiempo lo dirá.

He citado antes la fecha de 1924 en que se produjeron algunos cambios. Fue la de una asamblea que tuvo lugar en Madrid en aquel año.

Al hablar de la difusión del braille en España hay que citar a don Ramón Domínguez Sans, ciego catalán que tuvo en esto una influencia decisiva. Desde principios de siglo comenzó a editar en braille, haciendo a mano los clichés y en escritura interpunto, una pequeña revista que tituló "La Literatura". Fue un paso realmente gigantesco para la difusión del braille en España, siendo de notar la utilización del braille puro, sin más variaciones que la ñ y las cinco vocales acentuadas que antes cité. Además de la revista publicó alguna música para piano y, en folletín encuadernable, algunas obritas literarias, entre las que recuerdo "La gitanilla", de Cervantes, "El clavo", de Alarcón, "Pachín González", de Pereda y "La vuelta al mundo en ochenta días" de Julio Verne. Publicó también una traducción del *Procedimiento* de Braille, así como una "Estenografía española".

Ramón Domínguez marchó luego a Buenos Aires, donde tuvo también bastante actividad en la difusión del braille, y hacia el año 20 regresó a España. Logró entonces interesar a los dirigentes de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, entidad que proporcionó lo necesario para adquirir una imprenta braille. Así, a fines de 1921, Ramón Domínguez difundió por toda España una circular anunciando la creación de la "Revista Braille Hispano-Americana", publicación que ha existido hasta hace muy poco. En esa imprenta se editaron muchas obras, tanto didácticas como musicales y literarias. Según tengo entendido, al desaparecer ahora esa imprenta braille, todo el material de que ella disponía se ha transferido al Centro de Producción Braille que la ONCE tiene en Barcelona.

En la circular que precedió a la aparición de la "Revista Braille Hispano-Americana" fue donde comenzaron a usarse las actuales letras acentuadas españolas, y, como he dicho, dos años después, en la Asamblea de 1924, se acordó la generalización de su uso.

Cuando ingresé en el Colegio Nacional de Ciegos y tomé contacto con el sistema braille (mayo de 1913), allí se usaban más o menos tres variantes: en los libros impresos en la primera época, como, por ejemplo, el "Método de solfeo" de Hilarión Eslava, cuya primera edición lleva la fecha de 1859, se empleaba una puntuación determinada (217). Además, los acentos no se ponen, ni los guiones tampoco. Más adelante, en la segunda edición de dicho método, los signos de puntuación siguen siendo los mismos, pero las otras deficiencias se han ido corrigiendo. Esta segunda edición data de 1872-73.

Hacia la misma época y, naturalmente, con los mismos signos, se editaron allí algunas otras obras, como, por ejemplo, una Historia de España y una Aritmética.

Más adelante, hacia principios de siglo, las pocas obras que se imprimieron en ese centro empleaban ya otros signos de puntuación y, por primera vez, se hacía uso de un signo de mayúscula (puntos 3, 4 y 5), que no es el que se usó en Francia. Esto tiene cierta disculpa si se piensa que en París, todos los libros impresos antes de 1880 no emplean signo alguno para indicar la letra mayúscula. Esto prueba de modo evidente que el signo de mayúscula no fue ideado por Braille, sino por sus sucesores. En cuanto a los demás signos de puntuación y a la ü, hay que decir que tampoco son los que Braille ideó, sino los últimamente mencionados que, por lo demás, en el Colegio se siguieron usando en las pocas publicaciones que después se hicieron hasta 1924.

En cambio, en la Biblioteca Circulante del Centro de Ciegos de Madrid se empleó el braille puro, excepto en la 11 y las cinco vocales acentuadas que antes mencioné.

Volviendo a hablar de Ramón Domínguez Sans, es justo reconocerle el mérito de haber impuesto desde principios de siglo el braille puro, pese a la oposición que esto suscitaba a Pedro Llorens, que seguía luchando por imponer su sistema.

Los tipos de la primitiva imprenta del Colegio Nacional estaban ya inutilizables hacia los años veinte, y lo que con ellos se imprimía tenía un relieve muy bajo. Por eso intentaron estereotipar el braille en una máquina que hicieron fabricar y que se parecía mucho a la Picht, con la diferencia de que, para poder imprimir en sistema Abreu, tenía ocho teclas en lugar de seis.

Con este material rudimentario, en el verano de 1923 el Colegio inició la publicación de una pequeña revista llamada "Ayúdate", que desapareció hace muchos años.

(217) Como ya he dicho anteriormente, en España, a excepción de Barcelona y Baleares, se empleaba para la música el sistema Abreu.

En 1925, iniciaron la publicación del "El Quijote", que quedó interrumpida en el capítulo diecisiete, si no recuerdo mal. Y, puesto que de el Quijote se trata, mencionaré que la imprenta francesa "La roue", que antes cité, imprimió para uso de los estudiantes ciegos de español unos cuantos capítulos de dicha obra.

Lo que de todo esto se deduce es que en España había una gran necesidad de libros en braille. Así, hacia 1930, una profesora ciega de Pontevedra, M.^a del Carmen García Cabezas, publicó (en tinta) un pequeño libro titulado, creo, "Abogación para crear en España una editorial braille", que, si no me equivoco, se presentó en la Asamblea que celebró la Federación Hispánica de Ciegos en 1932.

Por mi parte, y también con medios absolutamente rudimentarios, publiqué durante algún tiempo la "Revista Políglota Braille", en esperanto, alemán, español, francés, inglés, italiano y portugués, para facilitar a los ciegos el estudio de dichas lenguas. No se piense, al leer esto, que yo alardeo de haber conocido todos esos idiomas, ya que tenía personas que me hacían las correspondientes traducciones.

Debe además mencionarse otra publicación braille, la "Revista Braille española", que apareció Palma de Mallorca en el período de entreguerras, impresa también con medios harto rudimentarios.

Hacia 1928 el Colegio Nacional de Ciegos adquirió una máquina de estereotipar alemana, así que las cosas mejoraron un poco, aunque, a decir verdad, menos de lo que cabía esperar.

Otra revista llamada "El Tiflófilo" apareció a partir de los años treinta y duró hasta nuestra guerra civil. El primer año fue impresa gratuitamente en Suecia por Harald Thilander, el redactor e impresor de la revista "Esperanta Ligilo", y los siguientes la imprimió también gratuitamente el "American Braille Press".

Asimismo hay que mencionar la biblioteca no-circulante que había en la primera Escuela Municipal de Ciegos de Madrid, en la que en una serie de imponentes volúmenes estaban todas las obras de Cervantes, razón por la cual dicha biblioteca se llamaba cervantina.

En 1939 creé en Málaga, también con medios rudimentarios, la que entonces se llamó "Imprenta Municipal Braille de Málaga" y que pasó luego a ser la "Imprenta Braille Nacional de España". En ella publiqué la revista "Rumbos", que duró varios años; además se publicaron varios libros escolares encargados por la jefatura de la ONCE. En 1947, con motivo de cumplirse el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, empecé a publicar, por primera vez, una edición completa en braille del Quijote, que terminó estando la imprenta ya en Madrid, edición que tiene varias ilustraciones en relieve.

He mencionado el "American Braille Press", y debo explicar en qué consistía. Era una asociación filantrópica norteamericana, sostenida únicamente por donativos de capitalistas, que nació hacia 1920 para difundir el braille principalmente entre los ciegos de guerra. Disponía de numerosas máquinas e imprimía, además de diversas revistas mensuales, en los idiomas de los países aliados, un noticiario que salía los martes y viernes llamado "Le Courier Braille". Proporcionaba además, siempre gratuitamente, numerosos libros a las bibliotecas y muchísimas partituras. Bueno es decir que no sólo las bibliotecas recibían esos donativos. También había particulares, entre los cuales me contaba yo, que se beneficiaban de aquella generosidad.

Hacia 1930 el "American Braille Press" inició la publicación de una revista en español que se llamaba "Correo Braille Hispano-Americano", que duró hasta 1934, si mal no recuerdo, y terminó porque dicha sociedad, en lugar de seguir publicando revistas en los idiomas de los países aliados, decidió ofrecer equipos completos de imprentas braille a los países en que hicieran falta. No se si he dicho que la sede del "American Braille Press" estaba en París y en Nueva York y que el secretario general para Europa era M. Raverat. Él vino a Madrid a ofrecer, como había hecho en otros países las máquinas de imprimir, pero se dijo que no había dinero para mantenerlas en funcionamiento, lo cual, en rigor, no era muy cierto, ya que existía un Patronato de Ciegos que disponía de bastantes recursos.

Yo estuve muy metido en todo aquello porque Raverat me pidió que le acompañase como intérprete, y es fácil imaginar la vergüenza ajena que pasé cuando, al despedirle en la estación, me dijo que era la primera vez que se volvía a París sin haber podido dejar las máquinas. Las proporcionaba con la única condición de que funcionasen, lo que a mi entender era perfectamente lícito.

Desde 1937 estaba yo en Málaga como profesor en el Conservatorio de la ciudad, y desde entonces tomé parte muy activa en la creación de la ONCE. Aprovechando un local que, aunque preparado para taller de ciegos según se decía, estaba inutilizado, conseguí del alcalde la creación de la imprenta de que antes hablé.

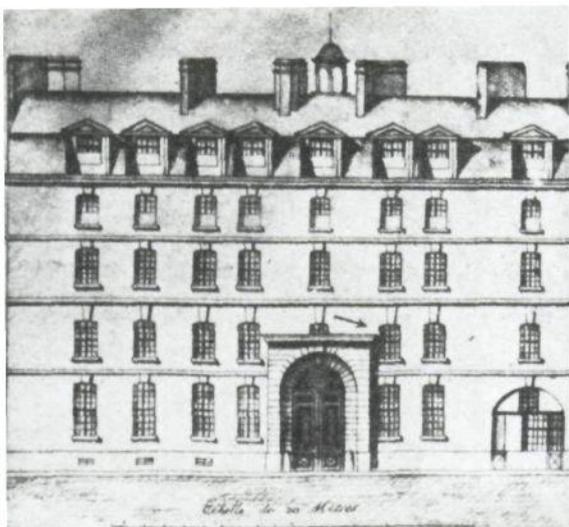
La imprenta que nació tan pobre y tan pequeña, fue creciendo con los años y hoy está dotada de material modernísimo y perfeccionado. Parece que así se ha realizado por fin el deseo con que yo la inicié, es decir, que los ciegos que viniesen después de mí tuvieran menos dificultades para realizar sus estudios que las que yo tuve para realizar los míos y elevar al mismo tiempo su cultura.

Julio Osuna.

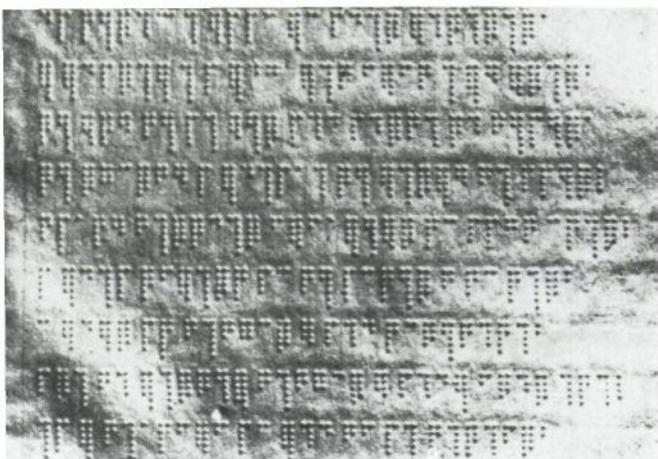
Noviembre de 1987.

[Volver al Índice / Inicio del Capítulo](#)

LAMINA I

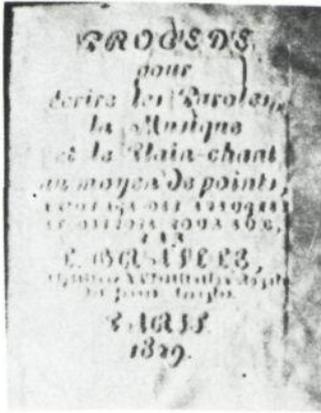


A) Fachada sur del antiguo Seminario de San Fermín actualmente desaparecido. La flecha indica la habitación que ocupó San Vicente de Paul en el siglo XVIII.

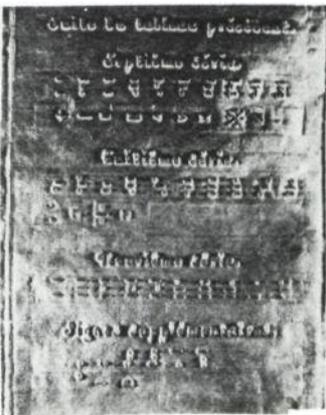


B) Página de un libro impreso en sonografía Barbier. (M. V. H.)

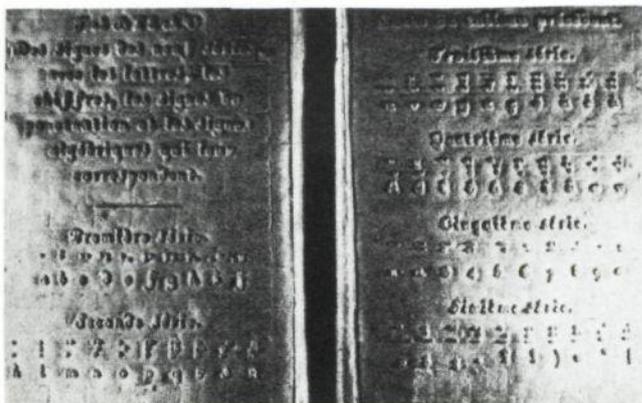
LAMINA II



A) Portada del "Procédé" de Luis Braille. Edición de 1829.



B) Página 16 de del "Procédé" de 1829 que muestra las tres últimas series y los signos del alfabeto braille original.

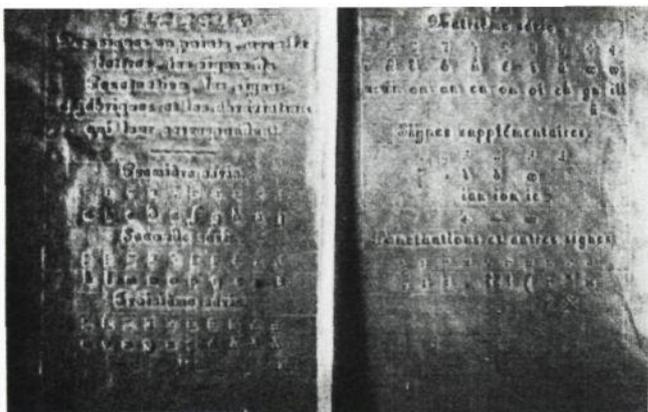


C) Páginas 14 y 15 del "Procédé" de 1829 que muestra las 6 primeras series del alfabeto braille original.



D) Regleta Barbier. Por cada cajetín se ven seis surcos.

LAMINA III



A) Páginas 6 y 7 de la edición de 1837 del "Procédé" que muestran la versión definitiva del alfabeto braille.

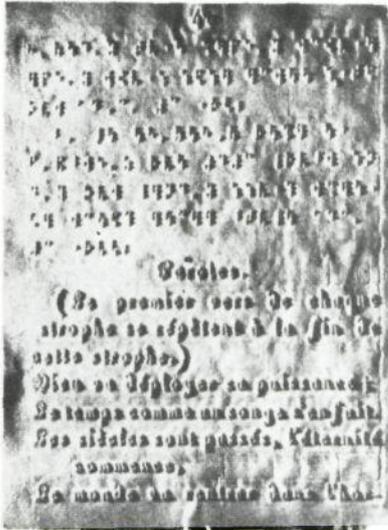


B) Páginas 16 y 17 de la edición de 1837 del "Procédé" que muestran el Padrenuestro en inglés y en alemán.

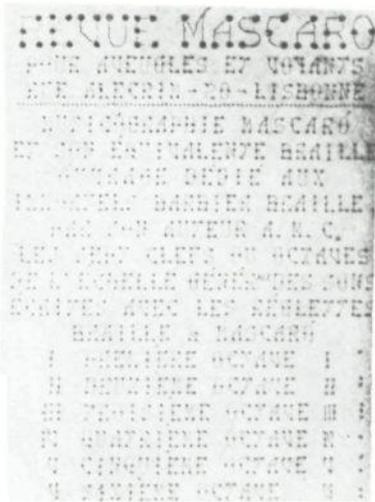


C) Regleta Barbier modificada para la escritura braille. Cada cajetín se ha dividido en dos por una barrita transversal soldada. Un surco, practicado abajo, compensa el que está cubierto por la barrita.

LAMINA IV



A) Página de el "Recueil de Cantiques" por Gabriel Gauthier, 1839. Música en braille y letra en relieve lineal. (M. V. H.)



B) Sistema Mascaró: tentativa de esquematizar las letras corrientes mediante puntos tomados de las combinaciones de Braille. (M. V. H.)



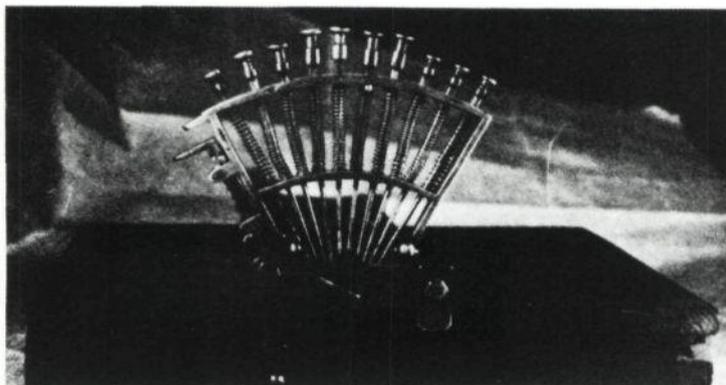
C) Sistema Moon, que aún se enseña en Inglaterra a las personas que pierden la vista en edad avanzada. (M. V. H.)

LAMINA V



Carta de Braille (3-12-1840) escritura de decapunto con la rejilla ideada por él en 1839 (Enviada por el Dr. A. Mell, Vierta)

LAMINA VI

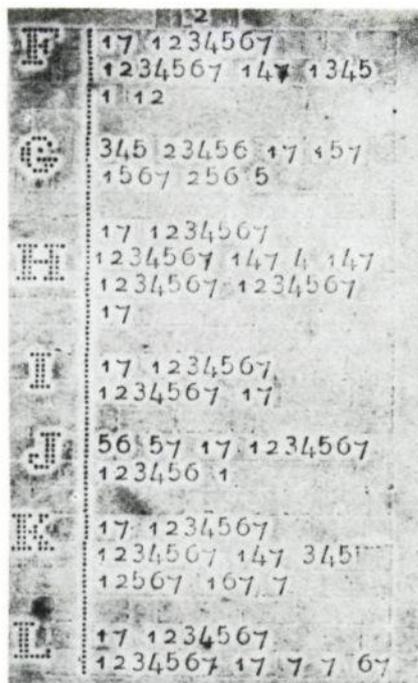


A) Raifigrafo Foucault, para hacer mecánicamente las combinaciones de puntos imaginadas por Braille para representar los caracteres ordinarios. (M. V. H.).

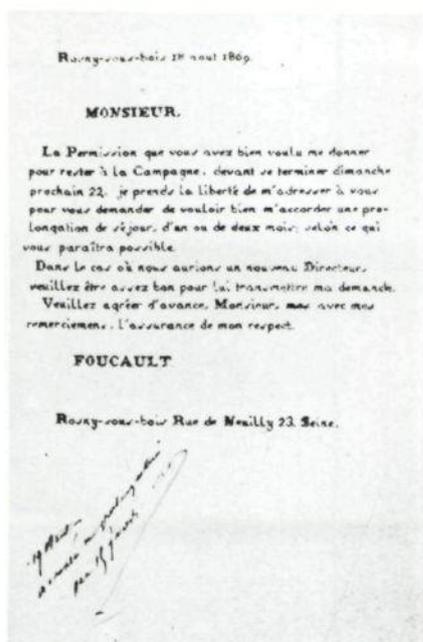


B) Carta de Braille al padre Cartón anunciando la invención del raifigrafo y escrita con ese aparato. (Archivo de la Institución de Ciegos y Sordo-mudos de Brujas).

LAMINA VII



A) Carta escrita por Foucault con su rafígrafo. (Archivo de los Quinze-Vingts).



B) Página 2 del "Cuadro cifrado destinado a hacer posible a los ciegos escribir las letras ordinarias". Cada grupo de cifras indica el número de orden de los puntos que hay que hacer en una línea vertical.

LAMINA VIII



A) Capilla de la Institucion Nacional, donde se celebro el funeral antes del traslado de los restos de Braille a Coupvray



B) Monumento erigido en 1887 en memoria de Luis Braille, en la plaza del Ayuntamiento de Coupvray debido al cincel de Etienne Leroux

